
UNA
SEGUNDA
OPORTUNIDAD
NICK Y EM: BAILANDO
CON EL AMOR PROHIBIDO #2
A VECES, EL ÉXITO NO ES LO QUE
PARECE.
A VECES, EL AMOR NOS DA
UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD.
ELODIE NOWODAZKIJ

Una segunda oportunidad

(Em y Nick #2)

Una novela de sueños rotos

***

Por

Elodie Nowodazkij

Traducido por Sybila Canobra

Una segunda oportunidad, por Elodie Nowodazkij
Escrito por Elodie Nowodazkij
Copyright © 2018 Elodie Nowodazkij
Todos los derechos reservados
Distribuido por Elodie Nowodazkij
www.elodienowodazkij.com
Traducido por Sybila Canobra
Diseño de portada © 2024 Elodie Nowodazkij

Tabla de Contenido

Título

Derechos de Autor

Una segunda oportunidad (Nick y Em: Bailando con el Amor Prohibido, #2)

DEDICADO A

CAPÍTULO 1 - EM

CAPÍTULO 2 - NICK

CAPÍTULO 3 - EM

CAPÍTULO 4 - NICK

CAPÍTULO 5 - EM

CAPÍTULO 6 - NICK

CAPÍTULO 7 - EM

CAPÍTULO 8 - NICK

CAPÍTULO 9 - EM

CAPÍTULO 10 - NICK

CAPÍTULO 11 - EM

CAPÍTULO 12 - NICK

CAPÍTULO 13 - EM

CAPÍTULO 14 - NICK

CAPÍTULO 15 - EM

CAPÍTULO 16 - NICK

CAPÍTULO 17 - EM

CAPÍTULO 18 - NICK

CAPÍTULO 19 - EM

CAPÍTULO 20 - NICK

CAPÍTULO 21 - EM

CAPÍTULO 22 - NICK

CAPÍTULO 23 - EM

CAPÍTULO 24 - NICK

CAPÍTULO 25 - EM

CAPÍTULO 26 - NICK

CAPÍTULO 27 - EM

CAPÍTULO 28 - NICK

CAPÍTULO 29 - EM

CAPÍTULO 30 - NICK

CAPÍTULO 31 - EM

CAPÍTULO 32- NICK

CAPÍTULO 33 - EM

CAPÍTULO 34 - NICK

CAPÍTULO 35 - EM

CAPÍTULO 36 - NICK

CAPÍTULO 37 - EM

CAPÍTULO 38 - NICK

CAPÍTULO 39 - EM

CAPÍTULO 40 - NICK

CAPÍTULO 41 - EM

CAPÍTULO 42 - NICK

CAPÍTULO 43 - EM

CAPÍTULO 44 - NICK

CAPÍTULO 45 - EM

CAPÍTULO 46 - NICK

CAPÍTULO 47- EM

CAPÍTULO 48 - EM

CAPÍTULO 49 - NICK

CAPÍTULO 50 - EM

CAPÍTULO 51 - NICK

CAPÍTULO 52 - EM

Un pequeño mensaje para mis lectores

AGRADECIMIENTOS

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

Algunas veces, el éxito no es lo que parece.
A veces, el amor nos da una segunda oportunidad.



Por
Elodie Nowodazkij
(Traducido por Sybila Canobra)

¿Hablas inglés? Únete a mi grupo de Facebook: Elodie Cozy Nook
(Fragmentos exclusivos, regalos, grupos de discusión y más...)

ALGUNAS VECES, SER la primera no es lo que esperabas. Algunas veces, tienes una segunda oportunidad para amar.

La bailarina Emilia Moretti, de diecisiete años, está cansada de ser siempre la segunda mejor. Quiere demostrarle al mundo que merece ser la primera: en su próxima presentación en la Escuela de Artes Escénicas, a los ojos de sus padres biológicos y en el corazón del chico que ama. Pasa horas ensayando, soñando con convertirse en la número uno, imaginando cómo toda su vida está a punto de cambiar. Pero cuando nada sale como lo planeó, tendrá que darse cuenta de lo que realmente significa ser la primera.

A sus dieciocho años, Nick Grawski ya no quiere seguir las reglas de su querido papá. Va a demostrar que está destinado a ser bailarín, no abogado, y no se mantendrá alejado de Em solo porque su padre así lo exige. Necesita mostrarle a Em que, esta vez, está allí para quedarse y que no volverá a romperle el corazón. Incluso cuando su mundo se desmorona, incluso cuando descubre que su padre puede haber estado tratando de protegerlo todo el tiempo, incluso si estar ahí el uno para el otro es más difícil que enamorarse.

Una Segunda Oportunidad es una novela de esperanza, pero también de corazones y sueños rotos. Es una novela sobre enamorarse y descubrir que ganar no siempre es lo más importante.

DEDICADO A

Este libro está dedicado a mis padres, hermanas, sobrinos, primos, tíos, abuelas y abuelos; a mi familia completa...
Se dice que uno no elige a su familia, pero yo los elegiría a ustedes. Siempre.
A mi marido: nosotros nos elegimos mutuamente y estoy agradecida de que lo hayamos hecho una y otra vez. Te amo.



CAPÍTULO 1 - EM

DEBÍ HABERME QUEDADO en la Escuela de Artes Escénicas este fin de semana. Debí haber pasado más tiempo ensayando para la audición del gran espectáculo de fin de año. Debí haber repetido cada uno de los movimientos hasta que salieran perfectos...

Nunca voy a estar lista.

Se me aprieta la garganta. Necesito más horas, más días, más tiempo.

«¿Quieres más lasaña?», pregunta mi abuela Nonna. Lleva su pelo gris corto y aunque sus arrugas son más profundas y su rostro luzca pálido y más delgado, aunque se canse fácilmente, su sonrisa sigue siendo la más luminosa de todo Nueva York. «¿O más ensalada, quizás?». Vuelve a mezclar la ensalada de tomate con mozzarella. Cultiva su propia albahaca y cree que podría elaborar un menú completo de recetas elaboradas solo con albahaca, como filetes al pesto o sorbetes de albahaca.

«Un poco más de ensalada, por favor». Le paso mi plato. El restaurante de Nonna siempre está lleno de gente riendo y mozos que intentan no chocar entre sí, pero esta noche somos solo ella y yo. Los domingos, Nonna abre el restaurante solo a la hora de almuerzo y se toma su noche libre.

«Aquí tienes». Toma un sorbo de agua. «Tu padre era tan dulce cuando era pequeño. Un día, me trajo un ramo de rosas de nuestro jardín y no pude decirle que no debió de haberlas cortado. Preferí poner una en su libro de bebé», dice e inhala profundamente como que si estuviese intentando recuperar el aliento. Estira el mantel rojo de nuestra pequeña mesa. Bautizó el encuentro de esta noche como «la cita abuela-nieta», con velas y algo de música italiana de fondo.

Aunque debería estar ensayando, no pude rechazar su invitación. No quise rechazarla, pero no porque la lasaña que ella prepara sea la mejor de la ciudad.

«Hablo y hablo, pero sé que tienes que irte», dice levantándose de la mesa apoyándose en su silla.

«Me puedo quedar», respondo.

«Eres muy dulce, pero comenzaste a moverte en la silla y eso significa que ya estás atrasada».

Me avergüenzo; no me había dado cuenta de que estaba haciendo eso. «La cena estuvo realmente deliciosa. Gracias». Junto los platos, pero ella me los quita.

«Yo me encargo. Vete».

Es tanta la ternura con la que me mira, que quisiera meter la emoción en alguna parte para sacarla cuando tenga un mal día... o cuando vea a Nick, mi eterno amor platónico, el mejor amigo de mi hermano, el chico que me rompió el corazón el verano pasado. Tomo su brazo mientras caminamos hacia la entrada. El restaurante huele a pan con ajo y albahaca recién horneado. Huele a la infancia que pasé en la cocina con ella y Poppa.

Tiempos en que todo era mucho más fácil.

Tomo mi abrigo, procurando no tumbar ninguna de las fotos que ella tiene en la pared. Su pared de los recuerdos, como la llama. En ella hay muchas fotos de Poppa, de mi padre, de toda mi familia y de Italia. Hace poco agregó una del Sr. Edwards, el hombre que ya lleva casi un año cortejándola.

«Adiós, *bellissima*», dice mientras me da un sonoro beso en la mejilla. «Gracias por pasar tiempo con tu anciana abuela». Guiña un ojo.

«No eres vieja».

«Tienes razón. Soy antigua». Se ríe y me vuelve a abrazar. El perfume que lleva es el que Mamá siempre le regala en Navidad y es otro recordatorio de los momentos felices que he pasado con ella. Tose y se apoya en la pared. «Sé que querías quedarte en la escuela este fin de semana; otra vez, gracias por venir». Y antes de poder contestar, me empuja fuera del local. «Ahora, vete. No querrás llegar tarde».

«Te amo», le digo. Me pongo el abrigo y la bufanda.

«También te amo, *bellissima*». Hace una pausa. «Y saluda a Nick de mi parte», dice.

Nicholas. Nick. Fuerzo una sonrisa y también hago esfuerzos para no pensar en Nick. Me obligo a agitar la mano para despedirme de Nonna. «Nos vemos la próxima semana».

La miro una vez más antes de caminar lentamente hacia el metro. Antes, me encantaba volver a la escuela el día domingo. Solía esperar a Nick en la esquina de nuestra calle y caminábamos juntos. Hablábamos del fin de semana. Me hacía reír y yo intentaba no fijar la mirada en sus labios mientras hablaba de sus padres, de nuestra última audición, del videojuego que sabía que me habría gustado jugar y que había logrado obtener antes del lanzamiento, porque conocía a la persona correcta.

Eso era antes.

Ahora, tomo el metro en Brooklyn, barrio al que se mudó mi familia luego que el padre de Nick despidiera a mi papá.

Sola.

Ya no paso la mayor cantidad de tiempo posible con Nick. Ya no le envío mensajes espontáneos para hacerlo reír. Ya no le sonrío cada vez que lo veo.

Ahora, lo evito cada vez que puedo y le miento al decirle que estoy saliendo con un chico que conocí en el restaurante de Nonna.

Ajusto el bolso a mi hombro y miro el cielo gris. Hubo mucha nieve y hielo en las aceras de Nueva York este año y, a pesar que ya llegó marzo, todo indica que seguirá nevando. Hay una pequeña cafetería enclavada entre dos edificios a una cuadra del metro. El local está lleno y siento ganas de empujar la puerta para ponerme en la fila. Esconderme ahí para olvidar la vida real. Olvidarme de la escuela.

Pero sigo mi marcha en línea recta en vez de entrar a la cafetería. Paso al lado de un grupo de estudiantes que hablan sobre la fiesta épica a la que asistieron anoche y casi choco con una pareja tan efusiva que incluso hubiese jurado escuchar a mi hermano sugerirles que se fueran a un motel. Me acomodo en un asiento vacío del andén.

Y mi mente comienza el juego de siempre. Si la tercera persona que entre al vagón es mujer, entonces, hablaré con Nick. Voy a hablar con él, en serio. Confesaré que no estoy saliendo con nadie.

La primera en ingresar al vagón es una mujer con el cabello hasta los hombros y una gran sonrisa que revela que le falta un diente; va de la mano con otra mujer de pelo oscuro, la segunda en entrar al vagón. Le da un beso en los labios a su novia antes de susurrarle algo al oído. Ambas comienzan a reír. La tercera persona en entrar al vagón es un chico. El chico no lleva un abrigo a pesar de las heladas temperaturas. Su camisa Hugo Boss, ceñida a sus músculos, y sus jeans deben costar más que todo un semestre en la Escuela de Artes Escénicas. Según el precio de su atuendo, no creo que no tenga dinero para comprarse un abrigo; marca tendencia en la moda. Una moda que podría matarlo de frío.

Quizás podría contar a la pareja como una sola persona. Si la siguiente es una mujer, hablaría con Nick. Un grupo de chicos entra al andén.

Me hundo en mi asiento.

El universo se ha manifestado: hoy no hablaré con Nick.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo trasero y lo saco. Un mensaje de texto de mi hermano, no de Nick.

Siento no haber podido ir a casa este fin de semana. Este experimento me está matando. Literalmente, podría matarme. Jugar con un virus es peligroso.

Esbozo una sonrisa. Roberto puede ser un poco exagerado, pero también es un genio en física, medicina o cualquier otra disciplina en la que esté interesado. Se graduará de la universidad dos años antes y salvará al mundo.

Escribo la respuesta: *Ten cuidado.*

Siempre.

Me vuelvo a acomodar en mi asiento tratando de no recordar lo que dijo Roberto sobre todos los virus y bacterias que hay en el transporte público. Un chico sentado cerca de mí come bocadillos de pollo y el aroma me envuelve. Aunque no tengo hambre, porque comí lasaña con Nonna, el aroma me recuerda a las relajadas tardes en el techo de la casa de Nick durante las fiestas de Acción de Gracias hace dos años. Eso fue cuando nuestras familias aún mantenían buenas relaciones y fue cuando decidimos que simplemente no queríamos sentarnos a comer comida elegante en la mesa elegante con los amigos elegantes. Pedimos KFC a domicilio y nos sentamos en el techo a hablar toda la noche. Los tres: Roberto, Nick y yo.

Una pequeña niña de pelo negro liso y ojos rasgados entra al vagón con su mamá. Con una gran sonrisa, señala el asiento frente a mí. «¿Nos podemos sentar, mami?». Su mamá asiente.

Se sientan frente a mí y la pequeña se acurruca con su madre. Ambas llevan chaquetas púrpura con un muñeco de nieve en el bolsillo de adelante. La niña mira a su alrededor y luego se para a tocar mi bolso.

«Lola», le dice la madre y la niña se vuelve a sentar sin dejar de mirar mi bolso.

Su rostro se ilumina y su sonrisa se hace más grande. Ella me recuerda a los niños que aparecían en el afiche del Buddy Walk, una campaña de concientización sobre el síndrome de Down.

«¿Eres bailarina?», pregunta lentamente con una risita y con el dedo apuntando a los dibujos de mi bolso: zapatillas de ballet y una bailarina con tutú.

«Así es», respondo, intentando ignorar la sensación que esas palabras me producen en el estómago. No puedo identificarla, pero es desagradable. Extraño la alegría que me llenaba el pecho cada vez que hablaba de ballet.

«Tengo síndrome de Down», dice frontalmente, y antes que pudiese reaccionar, agrega: «Pero voy a ser jugadora de baloncesto». Su mamá le da un beso en la cabeza.

«Ya es una increíble jugadora de baloncesto». La mamá guiña el ojo. «Pero también quiere ser patinadora sobre hielo y jugadora de *lacrosse* y gimnasta; depende de lo que vea en la tele». Ella ríe. Y una sonrisa baila en mis labios. Se ven tan felices.

«Estoy segura que lo harás fantástico», le digo. Asiente con decisión y me despido con la mano. «Aquí me bajo».

Se despide agitando la mano. «¡Tú también lo harás fantástico!». Su voto de confianza significa más para mí que la última charla motivacional de una de mis profesoras. Quizás porque parecía creerlo, mientras que mi profesora tenía esa patética expresión en su rostro que dice: «Estoy obligada a darte ánimo, pero en realidad, apestas».

Las audiciones son en tres días. Tres. Días
Sé que puedo lograrlo. Sé que tengo el talento.
Nota personal: trabaja más duro.

CAPÍTULO 2 - NICK

LA CASA HUELE A la tarta de manzana que nuestra cocinera preparó para la cena de anoche: caramelo y canela. Creo que ella sintió lástima por mí cuando la cena familiar que habíamos programado se convirtió en una cena del tipo «Nick come solo y pasa toda la noche jugando videojuegos». Sabe que la tarta de manzana con merengue es uno de mis postres favoritos, pero mi verdadero postre favorito es el que Em preparó el verano pasado: *cannoli*. Justo antes que empezáramos a ligar. Ella aún tenía el sabor del postre italiano en sus labios.

Debería recordar dejar de pensar en Em, en la forma en que sus besos encienden mis venas, en lo que me hacía sentir cuando estaba en mis brazos, porque que se me ponga dura en la casa de mis padres teniéndolos cerca no es precisamente la forma en la que quiero terminar mi fin de semana.

Me muevo y tomo mi bolso, listo para salir sin más que un «hasta pronto». Supongo que aún estoy molesto porque me dejaron solo anoche. La mayoría de mis amigos se entusiasman cuando pasan tiempo lejos de sus padres, pero es muy distinto cuando pasar tiempo con ellos es la excepción a la regla. No me molestarían unas cuantas cenas con ellos, una cuantas preguntas sobre la escuela y mi vida. Algo.

«¿Ya te vas?». Mamá sale de la sala donde hablaba por teléfono sobre una colecta que organizará en dos meses. Ya no está tan triste como antes, pero sigue sin estar totalmente presente cuando está en casa. Las sesiones con el psicólogo, a las que me obligan a ir una vez al mes, le han hecho bien, pero pareciera que está tan enfocada en arreglar su relación con mi querido Papá que no sabe bien cómo relacionarse conmigo. Hay momentos en que se acerca y se da el tiempo de hablar conmigo y otras en las que difícilmente nos vemos los fines de semana.

«Se me hace tarde», respondo masajeándome la nuca. Soy mucho más alto que ella, pero basta que me mire de una cierta forma para que vuelva a sentirme como el niño de cinco años que no quiere alejarse de ella. A esa edad, yo creía que mis padres eran héroes. Quisiera reírme de mi yo-pasado y decirle a mi yo-presente que se controle.

«Siento que hayamos estado tan ocupados este fin de semana, pero prometo que la próxima semana tú y yo haremos algo divertido juntos».

«Está bien». No me inmuto.

«¿Cómo está Emilia?», pregunta con una mirada inquisitiva, como si tratara de atravesar mi pantalla habitual.

«Está bien». Mantengo un tono lo más relajado posible aunque el solo nombre de Emilia se siente como un puñetazo en el pecho. La cagué con todo y ahora no sé cómo arreglarlo. Si tuviera una relación normal con Mamá, y si Papá no se empeñara en que no tuviese una relación con Em, quizás podría pedirle consejo. Em dice que está saliendo con alguien. No le creo... No porque piense que soy irreemplazable, sino porque no se ve feliz. Estaría feliz si me hubiese superado, ¿cierto?

«Me alegra escuchar eso», dice mientras toca un florero que le regaló la esposa del exgobernador de Nueva York para luego moverlo un poco y situarlo exactamente al centro del pedestal. Aprieto los puños. Ahora es mi turno de mirarla fijamente: sus labios están apretados, como si quisiera decir algo más mientras sus manos tiemblan un poco, señal inequívoca que algo le preocupa.

«"Yo...», mi voz suena a la de un niño de trece años.

Sus dedos recorren el patrón del florero: una flor azul. «No la hemos visto en mucho tiempo», dice. Aprieto los puños aún más, tratando de liberar un poco la presión de mi pecho. Mamá está mejor y no quiero preguntar lo que me muero por saber para no hacer más difícil su recuperación; *nuestra* recuperación. *¿Lo sabías?* Mi cabeza explota implorándole que me lea la mente. *¿Sabías que Papá me chantajeaba para que dejara a Emilia y saliera con otras chicas, especialmente las hijas de sus amigos, para concretar negocios?*

Inclina su cabeza hacia un costado. «Hace tiempo que tampoco vemos a Roberto».

«Están ocupados. Todos están ocupados». Mi tono es un poco más ácido de lo esperado. «Como sea, me tengo que ir, pero regresaré el próximo viernes en la noche o el sábado». Fuerzo una corta sonrisa. La rabia aumenta dentro de mí como un crescendo que no tiene mucha relación con Mamá, sino que más bien con mi cobardía.

Todas las semanas me digo a mí mismo que tendré las agallas para enfrentar a mi querido Papá. Todas las semanas me preparo mentalmente para decirle que no seguiré aceptando su chantaje. No más citas con chicas solo porque él lo dice. Todas las semanas fracaso. Ya sea porque no está en casa o porque está con Mamá y no quiero convertirla en daño colateral. Algunas veces parece tan frágil, como si estuviese a punto de dejarnos sin mirar atrás.

Suena su teléfono y levanta un dedo. «Espera un segundo», me dice antes de contestar la llamada. Otra llamada relacionada con la colecta. Se pone la máscara de *todo está bien*, y si bien su voz suena más fuerte, no es feliz. Estoy seguro que ninguna de las amigas *del almuerzo* está al tanto de sus problemas.

Mis padres me arrastran a la terapia por «el bien de nuestra familia». Normalmente refunfuño mucho en el trayecto de ida, pero en realidad, no es tan malo. Mamá se disculpó por haberse alejado de mí cuando necesitó tiempo para pensar. Me dijo que no tenía nada que ver conmigo, pero ciertamente me sentí en el infierno cuando empacó sus maletas y se fue de *spa-caciones* por tres meses. Manejé varias horas para ir a verla el día de su cumpleaños, con Em apoyándome. El mío fue a principios de octubre y ni siquiera me llamó por teléfono. Se lo dije. Ella lloró y se me cerró tanto la garganta que pensé que no volvería a respirar normalmente.

«¿Qué es lo que quieres, Nicholas?», preguntó el Dr. Grahams -nuestro psicólogo- durante la dura sesión individual a la que cada uno tuvo que asistir antes de iniciar la terapia familiar. No contesté y escribió garabatos en su libreta. «Tu deseo de ser aceptado por tu padre no debería opacar tu propias necesidades, tu propia individualidad», dijo, pidiendo que lo recordara.

Lo intento.

«Por supuesto, Laura. Serás la primera en saber», dice Mamá mientras pone los ojos en blanco. «Escucha, te tengo que dejar. Nick está a punto de irse a la escuela».

La miro fijo y luego me cambio el bolso de hombro.

No quiero preguntarle a Mamá si sabe del chantaje de Papá. Me resulta mucho más fácil creer que no sabe nada. Quiero creer que uno de mis padres no está dispuesto a usarme.

Cuelga. «Saluda a Emilia de mi parte», dice. Me crispo.

Gracias por el golpe bajo que me diste sin saberlo, Mamá.

«Por supuesto», contesto. Le dije a Em que sentía mucho la forma en que terminamos nuestra relación el verano pasado, pero nunca le dije por qué habíamos terminado. Nunca le dije lo mucho que quería que todo fuese distinto. Lo mucho que la quería de vuelta.

El psicólogo también nos habló de la importancia de arreglar las cosas y de lo liberador que resultaría decir la verdad.

Sí, claro...

La idea de preguntarle a Mamá si sabe del chantaje me resulta más atemorizante que las próximas audiciones. ¿Pero decírselo a Em? Lograr una mariposa al levantar mi cuerpo del suelo tan alto como sea posible, girar y caer en una pierna con gracia no es nada comparado con decirle la verdad.

Puedo manejar el odio en sus ojos, pero no el dolor y la aversión.

Mamá me da un beso en el aire poniendo una mano en mi hombro. Definitivamente demuestra más afecto físico desde que empezamos la terapia. «Sé que con todo esto de la audiciones tienes una semana ajetreada y sé que quisieras que tu padre te apoyara más».

«Dime algo que no sepa». Suelto mi bolso, que cae al suelo, y cruzo los brazos sobre mi pecho. *Te estás poniendo a la defensiva*, diría nuestro psicólogo. No sé si imaginarme que le muestro el dedo por meterse en mi cabeza o encogerme de hombros porque tiene razón.

«Él está aprendiendo. Y ya está mostrando señales de mejoría».

Es cierto. Incluso su relación conmigo ha mejorado. Ya van tres meses que no me pide que salga con alguien relacionado con su trabajo. Ha sido más cuidadoso en mi presencia y también ha estado más silencioso, presiona menos, molesta menos, menos de todo. Si bien definitivamente no me apoya más que antes, su actitud no es tan destructiva.

«Ya verás. Será un gran año para ti. Para nosotros. Para nuestra familia». Vuelve a tocarme el hombro. Es raro que lo haga.

«Está bien, Mamá. Nos vemos la próxima semana». Y hago algo que no había hecho hace muchísimo tiempo. Me inclino y presiono mis labios contra su mejilla. «Te amo, Mamá».

Se lleva la mano a la cara y su sonrisa es real. «También te amo, hijo».

No recuerdo cuándo fue la última vez que dijo eso. Casi trato de bromear al respecto, todo para desviar la esperanza que comienzo a sentir, para evitar salir herido en caso de que todo se vaya a la mierda. Pero luego la miro y veo que lo intenta, que se abre y que está trabajando duro en ella misma.

Aparece una sonrisa en mis labios, pero no es la sonrisa de alivio de cuando tengo que dejar este lugar para volver a la escuela.

Esta vez, es una sonrisa real, sin reparo.

CAPÍTULO 3 - EM

DEJO EL SOFOCANTE metro atrás y trepo las escaleras hacia la salida a Central Park. El frío aire me envuelve. Ajusto mi bufanda y me pongo el gorro de invierno, el mismo que tiene Nick. Tienen nuestros respectivos nombres escritos. Fueron los regalos que Nonna nos dio para Navidad hace algunos meses y fue extraño cuando Nick abrió el suyo. Fue a casa porque sus padres estaban en terapia de pareja y Roberto le suplicó a Papá que dejara que Nick pasara la Navidad con nosotros. Papá no habría estado de acuerdo si Mamá no lo hubiese convencido.

Fingí tener una cita con un chico misterioso el día de Navidad para evitar ver a Nick. Fingí haberlo superado. Fingí que mi corazón no sufría por su tristeza.

He fingido bastante desde el verano pasado.

Empujo la puerta de la Escuela de Artes Escénicas. «Buenas tardes», le digo a la joven recepcionista que cubre el turno de fin de semana. Quita la vista de su revista y saluda con la mano. Ha estado ahí desde febrero, aparentemente para pagar su colegiatura en la Universidad de Nueva York. La inmaculada entrada con afiches y folletos trazan el ingreso a los estrechos pasillos. Doblo para llegar a mi dormitorio. Algunos alumnos, como yo, van a casa el fin de semana, especialmente si viven cerca. Pero Natalya, mi compañera de habitación, no ha ido a su casa en varios meses. Se supone que volará a Maine inmediatamente después de las audiciones.

«Hola», le digo al entrar a la pequeña habitación mientras coloco mi bolso sobre la silla de mi escritorio. Las habitaciones normales no dan espacio para distracciones: una litera, dos escritorios y un armario grande; no hay tele. Y como siempre, el rincón de Nata está lleno de cosas mientras que el mío está nítido. Nata mira fotos con los audífonos de su iPod puestos. Se los saca y sonríe.

«Hola. ¿Cómo estuvo tu fin de semana?». Toma su pelo rubio y se hace una desordenada cola de caballo que le sienta muy bien.

«Mi fin de semana estuvo bien. Tenía intenciones de volver antes para ensayar, pero no quise dejar a mi Nonna».

«Entiendo. Me hubiese gustado pasar más tiempo con mi *babushka*». La voz de Nata suena triste y me dan ganas de pegarme una patada en el trasero por haberle recordado su pérdida. Su abuela murió en enero y fue muy duro para ella.

Mi cabeza se llena con imágenes de Nonna riendo, abrazándome y diciéndome que cree en mí. Me aferro a esas imágenes para no recordar la apariencia que tenía en la cama de hospital después del ataque que le dio en enero: se veía pequeña, tan pequeña. Y tan frágil. Me enfoco en vaciar el bolso que me llevé el fin de semana y pongo la ropa sucia en el cesto. Debí haber lavado la ropa en casa, pero pasar tiempo con Nonna era más importante.

«¿Quieres ir a comer algo a la cafetería?», me pregunta Nata. Algunas veces le traigo comida del restaurante de Nonna, pero cuida mucho su dieta. Yo debería hacer lo mismo.

«No, gracias. Tengo algunas cosas que hacer», respondo señalando mi computadora. «Tengo que asegurarme de aprobar algunas de las clases, en caso de no obtener un papel en el espectáculo».

«Te van a dar uno y será uno estupendo», dice Nata. No dice «el mejor» porque, bueno, cuando compites por el mejor papel, lo quieres para ti. «¿Quieres que te traiga algo?».

«Estoy bien. Comí lasaña antes de volver, pero gracias».

«No hay de qué. No voy a tardar mucho». Mira detrás de su hombro. «Ordeno cuando vuelva, lo prometo».

Mis labios muestran mi sonrisa de *no te creo, pero está bien* y respondo: "Sí, claro...seguro. Como sea».

«Prometo que lo haré. Tuve que ensayar mucho este fin de semana. No pude saltar lo suficientemente alto en un simple *grand jeté*». Suspira. «No importó cuántas veces lo intentara; mi cuerpo no colaboró».

«Estoy segura de que al final lo lograste».

«Estuvo bien, pero no perfecto». Sonríe levemente. «Aún». Cierra la puerta al salir. Nata no solo es preciosa, sino que además tiene grandes posibilidades de convertirse en la primera estudiante del penúltimo año en obtener el papel principal del espectáculo.

Recojo uno de sus libros y lo pongo en su velador, deslizando la foto de ella con su mejor amiga hacia el costado. Aparecen saltando a un lago, tomadas de la mano y riendo.

En la escuela es mucho más reservada. Algunos alumnos piensan que es tímida, otros piensan que es presumida porque es preciosa, con su pelo rubio hasta más abajo de los hombros y su ojos azules, y talentosa, por la forma en que brilla en escena cada vez que entra, pero casi todos quisieran ser como ella o estar con ella. Nata y yo hemos sido compañeras de cuarto por tres años y es una de las pocas amigas que tengo aquí, pero ni siquiera yo sé qué es lo que le ha pasado realmente o por qué ha estado altanera.

Me apoyo en el respaldo de la silla de mi escritorio. Quizás debí haber ido a la cafetería con Nata para acompañarla, pero respetar los espacios es otra de las razones por la que hemos mantenido una buena relación como compañeras de habitación.

Respiro hondo, cuento hasta tres y selecciono en un documento titulado *Carta - Cuarto borrador*. Hace tres semanas que trabajo en este documento y aún no está listo. Aunque la carta no tiene nada que ver con una tarea escolar, tengo que encontrar las palabras exactas.

Es una carta para mi madre biológica.

Querida Claire:

Espero no te moleste que te diga Claire. Me llamo Emilia. Ese es el nombre que me dieron mis padres. No estoy segura de la razón por la cual escribo esta carta.

Tampoco sé si la leerás, pero te quiero contar una historia. Una historia sobre mí que quizás te haga decidir que si quieres conocerme.

Simplemente quiero entender.

Borro «Simplemente quiero entender». Borro las primeras líneas. No tengo que decirle mi nombre. Ella sabe quién soy: conoce mi nombre. Conoce a toda mi familia. Después de todo, fue la secretaria de mi padre.

Leo todo en voz alta. Lentamente. Mi voz suena demasiado mecánica, demasiado impersonal y las palabras no calzan. No expresan lo que quiero. No explican el vacío que sentí cuando me cerró la puerta en la cara.

Cuando pensaba en encontrar a mi madre biológica, en nuestra reunión imaginaria llena de risas, abrazos, conversaciones y sonrisas.

Por el contrario, mi corazón explotó en mil pedazos y dudo ser capaz de volver a unirlos. No creo que hubiese sido posible que huyera con mayor rapidez cuando intenté hablar con ella el verano pasado, y si la violencia con la que cerró la puerta de su auto hubiese sido mayor, me habría destruido.

Como mis sentimientos.

Golpeteo los dedos sobre el escritorio. Me vuelvo a sentar y fijo la mirada a la pantalla.

Los recuerdos del verano pasado gritan en mi cabeza. La forma en que Papá se cansó de mis investigaciones y mis preguntas. La forma en que se me cayó el corazón y me tomó una eternidad volver a ponerlo en su lugar cuando él, finalmente, me dijo la verdad. Que mi madre biológica quería venderme al mejor postor, la forma en que me compró y todas las mentiras que me dijo durante todos estos años.

Minimizo la ventana y abro una carpeta llamada «Carpeta de la verdad».

Durante el verano, nosotros -Nick y yo- descubrimos poco y nada acerca de Claire, pero resulta impresionante lo que se puede lograr con algo de dinero. Hay tantos sitios que reúnen información sobre las personas. Y no fue malo haber encontrado su número de seguridad social entre los papeles de la antigua oficina de Papá.

Releo el archivo. Sus padres murieron en un accidente automovilístico cuando ella era joven. Logró salir adelante para pagar sus estudios universitarios y los de su hermana menor. En ese entonces, tenía varios trabajos, pero después de la universidad, su situación mejoró bastante.

Me sobresalto con el fuerte sonido de la alarma que me recuerda que tengo que hacer ejercicios de estiramiento. Cierro el documento y luego la carpeta. Muevo los dedos por dos segundos antes de cerrar la carta sin siquiera guardar los cambios. Enviar esa carta sería algo estúpido, ridículo, desesperado. Tengo que escribir algo que la convenza de que debe hablar conmigo.

Mi alarma vuelve a sonar y estiro la mano para tomar mi teléfono. Son casi las ocho de la noche y Nata volverá pronto. Nick ahora debe estar en su habitación. Salvo que esté en una cita con otra chica. Una vez más.

El revoltijo en mi estómago no me ha dado tregua. Sigue siendo tan intenso como la primera vez que lo vi después de la ruptura el verano pasado. Ese día, estaba atrasada. Por primera vez en mi vida. Caminaba por los pasillos para lograr llegar a nuestra primera asamblea escolar del año cuando lo vi apoyado contra la pared, con Jen acariciándolo. Reprimí un grito y las lágrimas, porque apenas dos semanas antes de ese día sus labios estaban en los míos; sus brazos alrededor de mi cintura y sus dedos recorrían mi espalda.

Hoy los vuelvo a encontrar juntos. Esta vez no se estaban besando, pero claramente estaban juntos otra vez. Había escuchado rumores, había visto algunos tuits, pero no quería creerlo. Acordamos que solo pasaríamos un verano juntos. Un verano que, se suponía, sería fácil. Después de todo, los términos eran simples: no quería tener una relación cuando se iniciara el año escolar porque quería concentrarse en su carrera; por otro lado, el término de la amistad entre nuestros padres y la permanente supervisión de mi hermano eran razones suficientes para ponernos límites.

Se suponía que no me enamoraría más de lo que ya estaba; se suponía que no dejaría que me rompiera el corazón. Se suponía que no debía esperar que nuestra relación siguiera después de la fecha de vencimiento.

Pero seguía teniendo esperanzas, a pesar de que todo se desmoronaba más rápido que una bailarina en una mala caída. Soñaba que en algún momento tocaría a mi puerta para decirme que lo sentía y que lucharía por mí.

Nota mental: deja de delirar.

«¡Hola!». Jen pronunció mi nombre y me saludó con una sonrisa triunfante en el rostro.

Nick abrió la boca, pero no dijo nada.

Nos miramos fijamente. Me pareció haber visto pena en sus ojos, pero lo más probable es que solo intentara dilucidar si estaba furiosa. Me tragué el dolor y el orgullo y los saludé. Como si mi corazón no se hubiese partido en dos al verlos juntos.

Como sea. Ya han pasado ocho meses desde que nuestro romance veraniego terminó. Ya lo superé. Y aunque no fuese así, no permitiría que me volviera a herir así otra vez.

La única forma de salir de todo esto es obteniendo el papel protagónico en el espectáculo de este año. Visualizo la situación. Logro obtener el protagónico y le envío otra carta a mi madre biológica, que siente tanto orgullo que viene a verme bailar. Obtengo el protagónico y Nick finalmente se da cuenta que tenemos que estar juntos. Obtengo el protagónico y mis padres me miran con el mismo orgullo que sintieron cuando Roberto les dijo que había obtenido una beca para pasar el próximo verano en el Instituto Tecnológico de Massachusetts.

Observo la pantalla negra del computador.

Veo mi futuro. Veo lo que quiero; lo que necesito.

Me levanto. Mis músculos se flexionan y se contraen con decisión.

El protagónico es mío.

CAPÍTULO 4 - NICK

EL VIENTO GOLPEA mi cara y me estremece. Se supone que la primavera empieza en unos días, pero pareciera que el invierno de mierda no se quiere ir. Tomo el gorro del bolsillo de mi abrigo: el que me regaló Nonna para Navidad. Sé que ella intentaba arreglar las cosas entre Em y yo, pero quizás Em pensó que Nonna sabía que iba a ser un invierno frío y ambos necesitábamos gorros. Gorros complementarios.

Podría haberle pedido al chofer que me trajera a la escuela. Nunca lo hice el año pasado porque esa era una forma de pasar más tiempo con Em. Cuando nuestra relación era fácil, antes de nuestro verano; antes de admitir que, para mí, ella era más que una amiga.

Ahora, no lo pido porque es una demostración más de que no necesito el dinero de mi padre.

Camino frente a la antigua casa de Em. El portero sigue siendo el mismo y me saluda con la mano antes de soplársela para calentarla. Respondo el saludo, lamentando no haber traído guantes. Las ráfagas de nieve caen persistentes.

Em solía amar la nieve. Le encantaba hacer muñecos de nieve en Central Park.

Todos los años patinábamos sobre hielo con todos los turistas. Tomaba mi mano y yo fingía que no significaba más que dos amigos divirtiéndose.

Estoy cansado de fingir.

Pateo una piedra en la vereda.

No he hablado con el Dr. Grahams sobre el chantaje, pero sí hablamos de Em en una de nuestras sesiones. Papá tiene que haberse mordido la lengua, porque no dijo que pensaba que Em y su familia no eran lo suficientemente buenos.

Empujo la puerta de la Escuela de Artes Escénicas. Los pies me llevan a la habitación de Em. Quiero tocar a la puerta. Quiero hablar con ella. Necesito hablar con ella sobre mis padres, sobre la escuela, sobre el último programa de TV que estoy grabando para verlo juntos cuando tengamos tiempo. Y luego quiero volver a decirle que lo siento, que espero que no sea demasiado tarde y rogarle que me acepte de vuelta.

Si bien tengo ganas de llamar a Rob para pedirle consejo, sé que me diría que tengo que resolver este embrollo yo solo y que no puede intervenir porque es el hermano de Em; lo que sí me dejaría claro, es que me rompería la cara si la vuelvo a herir. Y estoy convencido de que lo haría. Y probablemente lo dejaría. No quiero volver a herir a Em nunca más.

Nunca olvidaré la expresión de Em el primer día de clases luego de nuestro verano juntos. Lo triste, perdida y enojada que se veía.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para no tomarla en mis brazos, disculparme y secar sus lágrimas con un beso.

En vez de tocar la puerta, sacudo mi cabeza y enfilo hacia mi habitación. Tiro mis cosas sobre la cama. Mi compañero de habitación debe estar ensayando o, quizás, está en la cafetería, porque no está en ninguna parte. Su ropa está ahí y el mega afiche de su novio, un exestudiante de la escuela, está de vuelta en la pared. Después de la pelea que tuvieron la semana pasada, quitó el afiche afirmando que la relación había terminado.

Al parecer arreglaron las cosas.

Voy a la cafetería y veo a la compañera de cuarto de Em. Es difícil no verla con ese pelo rubio brillante; es exactamente el tipo de persona que uno nota inmediatamente.

«Nata», le digo. Vacila entre el pescado de día y la ensalada. Opta por un yogur y una manzana.

«Hola», responde. «¿Cómo estuvo el fin de semana?». Toma una cuchara y una botella de agua.

«Nada especial. Jugué videojuegos, traté de estudiar para un examen de historia que tenemos el jueves. Hubiese esperado que mostraran algo de piedad durante la semana de audiciones».

«De hecho, nuestra clase tiene importancia hasta abril».

«Excelente». Se sienta en una mesa y saca una silla frente a ella. «¿Cómo está Em?», le pregunto masajeando mi nuca. Parezco el idiota más grande del planeta.

«Parece estar bien. Estresada, pero bien». Toma un sorbo de agua. «Le podrías preguntar tú mismo. Pensé que ustedes habían vuelto a hablar más seguido».

«Así es». Y es verdad; logramos una especie de tregua, pero es doloroso. Mientras más tiempo paso cerca de ella, más la extraño y más me cuesta contarle.

«Mmmh». Nata muerde su manzana. No dice nada más. No sé si Em le contó sobre nuestro pacto de amistad con beneficios limitados del verano pasado. Pero no voy a preguntar. Em podría hablar con ella si quisiera, y debería hacerlo, pero no voy a iniciar rumores o a decir nada que Em no quiera que diga.

Nata parece perdida en su pequeño mundo. Su largo pelo rubio cae sobre sus hombros con soltura y sus pies golpetean el suelo. Probablemente no se da cuenta. Seguro está ensayando mentalmente su coreografía.

Despejo mi garganta. «¿Ha dicho Em algo...?». Me detengo. No está bien preguntarle a Nata sobre Em. «Olvídalo».

Nata asiente como si realmente pudiese escuchar mi diálogo interno y estuviese de acuerdo. Me observa. «Em te extraña. Sé que es así», susurra, y no estoy seguro de haber escuchado correctamente hasta que sus labios dibujan una pequeña y alentadora sonrisa. «No sé qué fue lo que pasó entre ustedes, pero estoy segura que lo pueden solucionar».

Estoy a punto de protestar, pero se levanta. «Sé que no me tengo que meter, pero conversar es la única manera de arreglarlo y no andar de puntillas como si estuviesen bailando *El lago de los cisnes*. Hace una pausa. «Pero no lo eches a perder justo antes de la audición. Es importante para ella. Es importante para todos nosotros».

«Lo sé».

«Bien». Asiente una vez más con la cabeza en alto y sale de la cafetería.

Respiro hondo. Todo mi cuerpo titubea con anticipación. Puedo hacerlo.

Puedo enfrentar a Em, a mis padres y a mis demonios.

CAPÍTULO 5 - EM

ORDENAR MI LADO de la habitación, y algunas veces el de Natalya, siempre me calma. Pero esta noche quisiera que mis manos estuviesen metidas en masa de galletas o de *cannoli*, o algo que me ayudara. Porque estoy demasiado nerviosa para irme a dormir. Incluso después del ensayo de una hora, el cansancio usual se mezcla con ansiedad.

¿Por una audición? ¿Por Nick? Espero verlo. Es difícil dejar viejos hábitos, como dijo Roberto prendiendo un cigarrillo después de que Giovanni partió en octubre. Le llamé la atención, porque no había fumado en más de tres años. Fumó durante seis meses cuando tenía quince, hasta que Papá lo sorprendió y lo obligó a ir a hacer voluntariado a un centro para enfermos de cáncer. Fue entonces cuando Roberto desarrolló su amor por la ciencia.

Nata entra a la habitación y se echa sobre la cama. «Vi a Nick en la cafetería», dice, mirándome con demasiada atención. Nata respira ballet y normalmente no se engancha con los chismes de la escuela; tampoco me ha preguntado nada sobre Nick. Nunca. «Quería preguntar por ti», dice.

«¿Quería preguntar o preguntó?». Levanto una ceja.

«Sabes que no sirvo mucho para ayudar a la gente ni para socializar con la gente en contextos que no se relacionen con ballet. Sé que no sirvo. Lo único que voy a decir es que lo extrañas y él a ti. Sé que dices que tienes que concentrarte en las audiciones, pero si no te sientes feliz, cuando hagas la coreografía de *La Bella Durmiente*, los jueces se darán cuenta».

Me hundo en mi silla. Nata y yo normalmente conversamos sobre clases y ballet y, en contadas ocasiones, sobre nuestras familias. Este semestre ha tenido problemas con sus padres y entre la muerte de su abuela y el trabajo duro, casi no le queda tiempo para respirar.

Tomo mi laptop, me siento y su lado y pego mi hombro al suyo. «Gracias», le digo. «¿Quieres ver la entrevista a Misty Copeland que pasaron en CBS? Estoy segura que ya la tienen que haber subido al sitio».

«Quizás deberíamos dormir», dice Nata. Estira su brazo sobre su cabeza y sonríe. «Pero mirar una bailarina consumada es casi como ensayar». Se sienta en la cama contra la pared. «Máximo treinta minutos». Pero sonríe y terminamos viendo la entrevista completa.

LA SEGUNDA CLASE DE danza del día no es mi favorita y me resulta aún más difícil enfocar mi atención porque dormí muy mal. Desde que Nata me dijo que había visto a Nick y que le pareció que quería preguntar por mí, esperaba que él me enviara un mensaje de texto o, incluso, que pasara por nuestra habitación.

Pero no lo hizo.

Y he estado pensando en enviarle otra carta a mi madre biológica. Ya le envié una y no ha tenido ningún resultado. La última fue espantosa y probablemente la rompió en mil pedazos. También me significó una charla de mi padre sobre el respeto de los espacios de los demás y sobre no herir los sentimientos de mi madre. Estiro mis brazos sobre mi cabeza, forzándome a conectarme con el presente y no con los turbulentos pensamientos en mi cabeza.

Hay agitación en la sala. La energía de todos se multiplica por mil: miedo, nerviosismo y deseo de triunfar. Todo eso se puede ver en las tensas sonrisas, en las palabras de aliento y la forma en que todos toman su lugar antes del ensayo.

Lo que antes solo era rutina y obligación, ahora es una forma de brillar para demostrarles a los profesores y a la escuela que nacimos para esto.

Cada uno se concentra en sus movimientos. Todos se preparan para las audiciones en tres días más. Todos parecen estar tan confiados.

Y después estoy yo. Sintiéndome extraña, sin saber dónde poner las manos. ¿Sobre mi cabeza? ¿En mi cintura? ¿Cuál posición les gritaría «bailarina» al mundo y a mis profesores?

Estoy en la fila esperando mi turno para hacer la coreografía frente a mis compañeros y a la profesora, haciendo grandes esfuerzos para concentrarme y visualizar cada movimiento, pero mis ojos no dejan de bailar hacia el rincón de la sala, donde Nick espera su turno mientras habla con Kayode y Carla, riendo como si nada. Quizás, para él, todo está bien. Para mí, no tanto.

Lo extraño tanto que siento dolor físico. ¿Y por qué se tiene que ver tan guapo? Los músculos de sus brazos están más definidos que nunca; hasta me parece que está más alto. Recuerdo la forma en que mi cuerpo casi se incendiaba con su abrazo y mi corazón casi se mete en su pecho para abrazar al suyo.

Sacudo la cabeza y obligo a mis ojos a concentrarse en Nata, que está en el centro de la sala haciendo la rutina corta que la instructora Svetlana le pidió que nos mostrara.

Nota a mis labios: dejen de querer besar a Nick.

Nota mental: deja de alucinar.

Relajo mis hombros y respiro profundo.

Observo la forma en que Nata flexiona sus brazos sobre la cabeza, la forma en que logra la perfección y roza el aire al saltar para hacer un *grand jeté*.

Lo hace parecer tan fácil y, al mismo tiempo, tan hermoso y lleno de emoción.

Aprieto mis labios; mi estómago se comprime y mi cuerpo entero se agita. Nick me está mirando. Me mira y asiente una vez; nuestro código para decirme que lo puedo lograr, pero no respondo. Me volteo. No quiero parecer más tranquila de lo normal, tampoco cruzo los dedos con la esperanza de que Nick note que llevo la pulsera de cuero que me regaló hace dos años en mi cumpleaños, porque mantener la esperanza significaría que aún siento cosas por él y que no saqué ninguna lección de lo que sucedió el verano pasado. Significaría que aún tengo esperanzas de que encontremos una forma de estar juntos.

«Emilia», dice la instructora Svetlana. «¿Puedes venir un segundo?». Una expresión muy seria reemplaza su sonrisa habitual.

Miro alrededor. Todos me miran. Mi estómago cruje, pero fuerzo una leve sonrisa. Fingiendo que no estoy preocupada. Siempre fingiendo. Paso frente a Jen, que finge susurros. «Ooooh, espero que todo esté bien», dice con un tono que más bien expresa ganas de que me rompa una pierna.

Perra.

No hay otra palabra. Salió con Nick inmediatamente después de nuestro verano juntos y se puso furiosa cuando él terminó con ella tres semanas después. Parece que no le llegó el memo. ¿Se olvidó acaso que eso fue exactamente lo que pasó cuando ella estaba en primer año? Nick salió con ella por dos semanas completas antes de seguir con su vida. Me odia desde entonces. Como si yo tuviese la culpa.

Nick solía cambiar de novia más rápido de lo que hacía una pirueta.

Jen me mira frunciendo el ceño antes de poner toda su atención en Nick, que ni siquiera la mira. Es tan tonta. Algunas chicas nunca aprenden. El espasmo en mi pecho se hace más fuerte y me llega al corazón: no soy *alguna chica*... aprendí y la lección ha sido dolorosa.

«Emilia, pareces distraída. ¿Está todo bien?», Svetlana me toca suavemente el hombro. Parece preocupada. Es una de esas profesoras a la que quieres agradar, que te motiva a hacer el mejor esfuerzo. A la que quieres enorgullecer.

«Estoy bien. Es la emoción, eso es todo», respondo, notando que incluso desde este ángulo, Nick mira hacia acá. «Debería volver a la fila», balbuceo.

«¿Estás segura? ¿Comiste bien?», dice Svetlana y toca mi frente con la palma de la mano. «¿Te sientes bien? Me parece que estás algo afiebrada».

«Estoy bien. En serio. No se preocupe». Y sonrío. Probablemente sea la peor sonrisa de la historia, pero sigo sin ver si Svetlana me creyó. Me doy vuelta y vuelvo a la fila. Paso al lado de Nick y todo va en cámara lenta, salvo mi corazón que late más rápido y se me humedecen las manos. Esto es ridículo. Nick y yo éramos excelentes amigos, los mejores amigos. Solíamos hablar, discutir y reír. Pasábamos horas besándonos. Siento la tentación de voltearme para ver si sus ojos están en mí o no, pero respiro hondo y sigo caminando.

Poco después, llega mi turno.

Y me digo que voy a ser la mejor para impresionar a Svetlana; para impresionarlos a todos. Tengo que obtener el papel principal en el espectáculo de este año. Esta competencia es dura, pero he estado trabajando como loca. No he hecho nada más.

Y bailo como se espera. Levanto mis brazos, estiro mis piernas, salto, caigo en un pie y me impulso para una pirueta. Y bailo.

Pero no bailo con el corazón.

Y se nota.

CAPÍTULO 6 - NICK

SU SONRISA está muy mal; puede que la postura y la forma en que se arquea estén perfectas, pero no expresa ninguna emoción. Se supone que debería mostrar tristeza en todos esos movimientos, pero la conozco. No va a dejar salir ni una gota de tristeza porque le aterra que eso solo sea el comienzo, que se quiebre durante su actuación y que no sea capaz de seguir fingiendo. Natalya también la mira y aprieta los labios. Ve lo mismo que yo: técnica, pero sin pasión. En este oficio no se llega lejos sin pasión; nos matamos intentándolo, siempre intentando, pero nunca lo logramos.

«¿Estás bien?», le pregunto a Em cuando termina y asiente, balbuceando un «estoy bien» que no convence a nadie. Especialmente a mí. La conozco mejor de lo que me conozco a mí mismo y conozco sus sonrisas y sus tonos y el sabor de sus labios.

No la puedo presionar. No ahora. No en clases. Aquí no.

Encontramos un frágil equilibro; un equilibrio que podría quebrarse fácilmente, pero equilibrio al fin. Si realmente lo superó, lo respetaré. Me pegaría la cabeza contra una puta pared por perderla y está bien si está feliz. Pero no parece estarlo y nunca he visto al chico con el que dijo que estaba saliendo en Navidad. No sería la primera vez que finge estar bien.

«¡Nicholas!», Svetlana dice mi nombre y parece que no es la primera vez, porque aplaude como lo hace cuando intenta llamar nuestra atención.

Me pongo en posición, me concentro en saltar lo más alto posible y me aseguro de que todos mis músculos estén enfocados en la coreografía. Necesito a Em, pero también tengo que completar esta audición. Esta audición puede significar un papel protagónico en el espectáculo. El papel protagónico en el espectáculo no solo es la mejor forma de cerrarle la boca a mi querido Papá, sino que además también podría significar la oportunidad que me descubran, formar parte de una compañía de ballet famosa y concretar el futuro de mis sueños.

«Bien hecho, Nick», dice Svetlana cuando termino mi rutina. Jen se pone a mi lado, con la mano en mi antebrazo como si tocarnos fuera una costumbre. Quizás lo era. Quizás hace siglos, pero nunca prometí nada que no pudiese cumplir. Nunca le dije que seríamos pareja para siempre.

«¿Tienes tiempo para ayudarme esta noche?», Jen usa su tono coqueto que es tan bajo que casi no la escucho. Antes, me habría inclinado hacia adelante, y eso es lo que ella quiere. Y he estado intentando establecer límites. Mi querido Papá me usa como un peón en sus negocios, haciéndome seducir a las hijas de algunos de sus clientes más importantes. Cuando las chicas muestran entusiasmo y se lo demuestran a sus padres, él siente que tiene mayores probabilidades de ganar. Jen es una de esas chicas. Nada más.

«¿Nick?», pregunta Jen de nuevo.

«Aún no lo sé», respondo, odiándome un poco por ser tan descortés con ella. No se lo merece. No tiene la culpa de no ser Emilia.

La forma en que retrocede, se pone tensa y sostiene su sonrisa es una clara señal de que se siente herida. Se ha sentido herida.

Suspiro. «Bien. Veamos si una de las salas está libre esta noche», respondo. Sus ojos reflejan tanta esperanza que agrego: «Treinta minutos, máximo».

Asiente. Cuando me doy vuelta, veo a Em mirándome. Se ve molesta.

No importa lo que haga. No puedo ganar.

CAPÍTULO 7 - EM

ESTA CLASE NO termina nunca. Ver a Jen inclinándose hacia Nick, verla tomar su brazo, verla sonreírme para hacerme saber que tienen una cita esta noche no debería dolerme tanto. Fui yo la que sugirió que intentáramos tener un acuerdo de amistad con ciertos beneficios por unas cuantas semanas. Fui yo la que dijo que teníamos que enfriar un poco las cosas. Fui yo la que dijo que teníamos que distanciarnos cuando empezara la escuela, porque ambos teníamos que concentrarnos en lo más importante: bailar.

Y soy yo la que sigue fingiendo que todo me da igual, llegando incluso al punto de inventar un novio de mentira.

Me deslizo por la peligrosa acera, agarrándome del poste de luz. La nieve cae sin cesar y gran parte de los transeúntes camina con decisión con los cuerpos inclinados, como si nada pudiese evitar que se apresuraran para llegar a su destino. Algunos se quejan de lo loco que está el clima y dicen que el invierno tiene que terminar. Algunos disfrutan la nieve. Una pareja ríe llevando de la mano a una pequeña niña. El retrato de la familia feliz. Se me aprieta el pecho, pero ahora no es tan doloroso pensar en mi propia madre biológica como lo fue el verano pasado, justo después de la forma en que cerró la puerta de su auto.

Levanto la mirada hacia el cielo y dejo que la nieve moje mis labios y mis mejillas mientras respiro profundo. La oscuridad cae sobre la ciudad y, como cada noche, recorro el camino a pie hasta Central Park. Pensé que el lugar en el que Nick y yo nos besamos por última vez hace ocho meses sería un recuerdo doloroso, pero no es así. Es el lugar en el que me puedo sentar y llamar a Nonna, el lugar donde puedo llorar, el lugar donde me puedo permitir ser yo misma.

La nieve cubre el pasto y la fuente no funciona. Me cierro el pesado abrigo de nieve y me apoyo en un árbol. Saco el celular de mi bolsillo y marco el número de Nonna.

«Hola, *bellissima*. ¿Cómo estás? Gracias otra vez por pasar ayer», dice Nonna y no soporto lo débil que suena su voz.

«Voy a visitarte de nuevo este fin de semana. Te lo prometo. Me encantaría poder pasar en la semana, pero la audición es dentro de tres días y ya sabes cómo es».

«Te va a ir increíble, lo sé. Quisiera que vinieras antes, pero yo entiendo». Parece contenta, pero le falta el aire. El ataque que le dio hace cinco meses la cambió. Aunque odie admitirlo. Tose. «Roberto ha estado sufriendo por ese chico italiano que volvió a su país y ha estado estudiando demasiado. Solo tiene tiempo para venir a darme un beso de buenas noches, pero no se queda mucho rato».

«Lo sé, Nonna, pero Mamá está contigo». Respiro hondo. Cada vez que pienso que algo peor le podría pasar, se me llenan los ojos de lágrimas y se me aprieta tanto el corazón que me cuesta respirar.

«Tu mamá es un ángel, *bellissima*. Ella es un ángel», dice Nonna y me hace sonreír, porque a pesar de todo lo que ha pasado con ellos, siempre hacen todo lo posible por apoyarse mutuamente. Especialmente Mamá.

«¿Cómo está el Sr. Edwards?», cambio el tema a algo que normalmente hace sonreír a Nonna. Su relación comenzó más o menos en la misma época que la mía con Nick... o lo que sea que haya sido lo del verano pasado. Pero a diferencia de nosotros, ellos no tienen la etiqueta «consumir antes de» en su relación.

«Ben está muy bien. Hoy me trajo flores y prometió traerme tomates de su huerto este verano. Me dijo que su huerto es el mejor de toda la ciudad de Nueva York», me dice. «Y yo le creo».

«¿Te volvió a pedir matrimonio?».

Nonna se ríe. «Sí, pero dije que no. Me lo volverá a pedir la próxima semana. Estoy segura de que tiene muchas ganas de que diga que sí; pero hacerlo terminaría con toda la diversión».

«Te amo, Nonna», le digo mientras agarro el teléfono con más fuerza. «Nos vemos este fin de semana, ¿sí?». No quiero colgar, pero tengo que hacerlo. Tengo que volver a la escuela y dormir un poco. La falta de sueño me pone lenta. Si ando lenta, no bailaré tan bien como debería... como hoy. Y si bailo tan mal como lo hice hoy, me puedo acostumbrar al título «Siempre en Segundo Lugar».

Me apresuro a llegar a mi habitación y me siento en el escritorio. Nata aún no vuelve; probablemente está ensayando o hablando con sus padres.

Tomo una hoja de papel con el logo de la Escuela de Artes Escénicas y comienzo a escribir. Sin pensar; solo siento.

Querida Claire:

Siento haberte sorprendido tanto en agosto pasado. Temía que no quisieras verme y ni siquiera me molesté en preguntarte o avisarte. Nada.

Te envié hace poco una carta. No estoy segura de que la hayas recibido. No fue una gran carta. No digo que esta sea mejor. Pero lo intento.

Soy feliz. Gran parte del tiempo. Soy bailarina. De ballet. He querido ser bailarina desde el momento en que tuve suficiente edad para saber que mi madre biológica me envolvió en una mantita rosada con el dibujo de una bailarina. Pensé que quizás querrías saberlo. Mis padres adoptivos son fantásticos; tú los conoces. Los amo.

Quisiera entender qué fue lo que pasó. Quisiera entender por qué no me quisiste, por qué intentaste venderme al mejor postor. Me gustaría saber un poco más de tu familia. Lo único que pude averiguar es que tus padres murieron en un accidente y que tienes una hermana menor e hijos. La razón por la que tengo tantas ganas de saber es porque no puedo evitar preguntarme si tengo algo de ti. No puedo evitar preguntarme quién soy.

No digo que tú tengas todas las respuestas. Tampoco digo que estés obligada a contarme algo.

Solo quiero que sepas que me gustaría que nos encontráramos otra vez o que habláramos.

Tú pones las condiciones. Por teléfono, por carta, como sea.

Por favor.

Emilia.

No la releo.

Sé que Nata tiene sobres y estampillas en alguna parte. Antes que su abuela muriera, solía escribirle casi todas las semanas. Busco en su desorden sintiéndome un poco culpable por hacerlo. Los encuentro entre un montón de ropa sucia, porque claramente ese es el lugar donde deben estar.

Pongo la estampilla en el sobre, escribo la dirección de Claire Carter, pero en vez de ir directo al buzón, me doy cuenta que estoy tomando el pasillo que me lleva a la habitación de Nick. Él entendería las razones que tengo para escribir otra carta y llevo semanas reprimiendo las ganas de hablar con él. Debe saber que la historia de mi supuesto novio es mentira. Sé que no participa mucho en las redes sociales, pero no hay ningún comentario sobre mí saliendo con

alguien en ninguna parte. Si le preguntó a Roberto, estoy segura de que le dijo que he estado recluida desde agosto.

Nick se disculpó y ha intentado hablar conmigo. Dos veces. Pero nunca dijo lo que quiero escuchar.

Imagino la escena. Llamo a su puerta y me toma en sus brazos y comienza a besarme antes que pueda terminar mi oración; luego nos reímos, me toma la mano y me dice lo mucho que lamenta la forma en que terminaron las cosas entre nosotros. Y luego hablamos. Toda la noche.

Mis labios dibujan una sonrisa y las mariposas bailan en mi estómago al ritmo de la esperanza.

Doblo en el pasillo de su dormitorio, contengo la respiración.

Y mi corazón se desinfla como un globo que explota.

Está entrando a su habitación.

Con Jen.

CAPÍTULO 8 - NICK

NO TIENE SENTIDO bailar con Jen; está lista. Gotas de sudor recorren mi frente al elevarla en el aire. Extiende su pierna derecha y sus brazos y lo hace parecer como el movimiento más sencillo de la historia. Es superdifícil. Su cuerpo se involucra completamente y su mente se concentra en el movimiento.

Volteo lentamente y luego la tomo en mis brazos; su espalda se arquea y una vez más su desempeño es perfecto.

Tan pronto como sus pies tocan el suelo, me abraza. «¡Gracias! Si ambos obtenemos los papeles, estaremos increíbles». Se acerca aún más, alineando por completo su cuerpo al mío. Su mano baja despacio por mi espalda: yo inventé ese movimiento.

Despejo mi garganta. «Vas a estar increíble». Me volteo, tomo mi suéter y me lo pongo. «Deberíamos volver a los dormitorios. Tengo un par de cosas que hacer y ya es tarde».

«Podríamos pasar tiempo juntos», dice. «Hace mucho tiempo que no pasamos tiempo juntos». Se vuelve a acercar.

Aprieto los labios, achico los ojos y sacudo mi cabeza tratando que mi voz suene lo más agradable posible. No quiero herir sus sentimientos. «Estoy ocupado. Además, creo que ambos sabemos que no vamos a pasar tiempo juntos como solíamos hacerlo».

Su boca se abre, luego se cierra y después se endereza. Su típica actitud de orgullo. «Vamos». Hace un puchero y camina adelante manteniendo cierta distancia entre nosotros hasta que llegamos a la habitación.

Estoy por despedirme cuando ella se detiene. «Te molestaría prestarme uno de tus videos?», pregunta.

«¿Qué video?». Miro la hora en mi celular nuevamente. Nos fuimos hace ya casi una hora.

«El de las audiciones del año pasado».

«Pero si tú también lo tienes, ¿no? ¿No está cargado en el servidor?»

«Tengo mala recepción de Wi-Fi en mi habitación». Inclina su cabeza y parpadea de una forma extraña. «Por favor; sería muy útil. Necesito ver cómo mejorar». Su voz suplica y parece sentirse insegura, aunque rara vez muestra debilidad.

Suspiro. «Bueno, entra un segundo». Abro la puerta. Entra a la habitación y saluda a Kayode, mi compañero de cuarto.

Kayode señala el computador mientras habla por Skype con su novio de California. «Mark manda saludos». La voz de Mark suena un poco amortiguada, pero parece feliz. Es un año mayor que Kayode y se graduó el año pasado. Kayode espera entrar a una compañía de ballet cerca de California. Si no puede, dice que intentará bailar en videos musicales y quizás iniciar una carrera de actuación en Hollywood. Tiene todo planeado.

Qué suerte.

Jen fija la mirada en mi escritorio con una expresión de sorpresa. Me doy cuenta de que mira el collage que Em me hizo de regalo de cumpleaños hace dos años. Tiene una *selfie* que tomé durante el verano. Em está inclinada sobre mí, dándome un beso en la mejilla. Mi gran sonrisa claramente expresa lo afortunado que me siento. Creo que jamás sonreí así con alguien.

«Acá está el video». Le doy la memoria USB con todos los videos de los espectáculos de los últimos tres años. Siempre me aseguro de bajarlos cuando los suben al servidor. Me sorprende

que Jen no haya hecho lo mismo. O quizás sí lo hizo y esta es otra tentativa para pasar más tiempo juntos.

«Gracias», dice, sin dejar de mirar la foto.

Se escucha la risa de Kayode en el fondo; seguro que es por algo que Mark le dijo.

«Me tengo que ir», dice Jen. Le abro la puerta, pero antes que la pueda cerrar, lanza sus brazos alrededor de mi cuello. «Gracias otra vez». Sigue abrazándome y soy yo quien la aparta.

«Vamos, Jen», balbuceo y ella retrocede, pero sigue tan cerca que casi nos tocamos. Su mano está sobre mi hombro e inclina la cabeza como que si esperara que la besara. No lo haré.

«Es solo que...», abre su boca y luego la vuelve a cerrar. «No importa». Levanta el USB. «Gracias de nuevo por eso. Nos vemos mañana». Despeja su garganta. «Em es una idiota. Claramente, yo también. Pero ella lo es más. Yo no te dejaría ir».

Sacudo mi cabeza y la veo desaparecer en el pasillo.

Ella no sabe. No fue Em la que echó todo a perder.

Fui yo.



ME ECHO SOBRE LA CAMA.

«Te ves terrible, hermano», me dice Kayode. Cambió Skype por G-chatting, por lo que me habla mientras chatea con Mark. «¿Qué pasó?»

«Nada... es Jen».

Kayode se ríe. «Claro, pobre Nick. Todas esas chicas que se te tiran encima. Debe ser difícil. Y algunos chicos también. Me acuerdo que le gustabas mucho a Mark antes que se diera cuenta que yo era el correcto». Me mira. «Lo entiendo, eres atractivo». Sonríe. «Pelo oscuro, ojos verdes, un cuerpo de ensueño, además de una sonrisa bastante sensual».

«Mmmh, ¿gracias?», levanto una ceja.

«Además, sé que todas las chicas creyeron que podían hacer que te enamoraras de ellas y que te olvidaras de todo lo demás. Creo que es por estar en la industria del espectáculo: hay que creer en cuentos de hadas».

«Yo no era tan malo».

«Sí, sí lo eras. Pero creo que la actitud de monje de claustro que has tenido desde enero hace que les parezcas aún más atractivo. Si bien nunca fuiste un imbécil, ahora pareces más inalcanzable y produces el efecto “alguien podría hacerme volver a sonreír y ese alguien puedes ser tú».

«Como sea. Antes de empezar a salir con Mark, jurabas que no te atarías a nadie».

«Estaba buscando amor», dice. «Además, yo era un trofeo que había que obtener; después de todo, soy el único chico negro en la escuela».

«Como sea». Mi celular vibra. «Rompiste más corazones que yo».

Kayode se encoje de hombros. «Quizás, pero no fue por estar evitando al que realmente quería. Cuando Mark y yo iniciamos una relación, me dejé de estupideces. No puedo decir lo mismo de ti». Sonríe para no ser tan hiriente y vuelve a su computador.

Mi celular vibra nuevamente y esta vez reviso los mensajes.

Roberto me escribe: *¿Cómo ha estado Em?*

Él sabe que la relación entre Em y yo ha estado extraña desde el verano pasado. Seguimos hablando, pero nuestra relación es más bien superficial; ya no tenemos conversaciones de varias horas y procuramos no estar los dos solos. No hemos jugado ni un videojuego juntos desde octubre y eso fue porque Rob nos hizo jugar con él.

Escribo la respuesta.

Nick: Me pareció que está algo distraída.

Rob: Está preocupada por Nonna. ¿Puedes estar pendiente de ella?

Levanto una ceja mirando al techo.

Nick: *Pensé que querías que me amputaran una extremidad y que los buitres se comieran mis ojos por haber hecho llorar a Em el verano pasado, y aparentemente durante las vacaciones de invierno también.*

Rob: No me lo recuerdes.

Suena el teléfono. Rob normalmente llama en vez de mandar mensajes de texto. «Creí que odiabas enviar mensajes de texto», respondo.

Rob suspira. «Es verdad. Pero la relación con Giovanni se ha reducido a mensajes normales y sexuales. No más que eso».

«¿Cómo está?», le pregunto. Giovanni es la relación más larga que ha tenido Roberto y solo se han visto tres veces desde agosto pasado. Giovanni vino a una conferencia en octubre y luego a pasar las fiestas de Navidad; Roberto fue a Italia hace algunas semanas. Solo fueron cinco días. Y estuvo todo el año ahorrando para hacer ese viaje.

«Está bien. Ahora, si pudiese convencerlo de decirles a sus padres que es gay, sería mucho mejor».

«Lo siento».

«Creí que los europeos estaban más abiertos a este tipo de temas. Es decir, incluso los irlandeses lograron legalizar el matrimonio gay antes que nosotros, pero aparentemente, la Iglesia católica sigue estando dividida en el concepto que tienen sobre el amor. Como sea... no soy creyente, pero es importante para Giovanni». Respira hondo. «Gracias por preguntar, pero enfoquémonos en Em. Aunque los doctores dicen que la recuperación de Nonna ha sido fantástica y que está mucho mejor, Em sigue preocupada desde su derrame cerebral».

«Me alegra que esté mejor».

«Gracias. Además, Em ha estado algo triste últimamente. Le escribió al menos una carta a esa mujer y estoy seguro de que va a escribirle otra más». A Rob no le gusta llamar a la madre biológica de Em por su nombre; aún está furioso por la forma en que trató a Em cuando fue a verla.

Mi cabeza procesa sus palabras. «Espera, ¿lo hizo?». Me duele pensar que ni siquiera me haya avisado. Estuve con ella cuando fue a visitarla por primera vez.

«Así es. Además, les contó a mis padres y mi papá está superenojado. Furioso».

«¿Cuándo fue?».

«Hace dos semanas».

«Tu papá visitó al mío hace dos semanas».

«¿Retomaron contacto?».

Asiento. También me sorprendió. No han sido los mejores amigos desde que mi padre despidió al papá de Em y Rob. «Así parece. Escucha. Trataré de hablar con Em».

«Solo cuídala. Hazle saber que la apoyamos. Sé que te extraña», Rob se despeja la garganta. «Y me duele decir que le hiciste bien. Si tan solo no le hubieras roto el corazón como lo hiciste».

«Te dije que lo sentía», contesto. Y así es. Aunque Em y yo acordamos estar juntos por un verano, yo quería mucho más, pero cuando mi querido Papá me pidió que saliera con Jen, no pude decir que no. Me chantajeó para que lo hiciera. Amenazó con dejar la Fundación de la Escuela de Artes Escénicas, pero más importante aún, me prometió que si dejaba a Em, me daría

información sobre su madre biológica. Estuvo involucrado en todo el proceso de adopción, haciéndose cargo de la parte legal: era parte del secreto. Sabía todo.

Me masajeo la nuca. «Sabes que cambiaría lo que pasó si pudiera». El verano pasado, me convencí de que esa era la única solución, porque de todas maneras, no era lo suficientemente bueno para Em. Que no podíamos estar juntos. Estaríamos cometiendo un error. Dejarla fue el gran maldito error. No decirle la verdad fue el gran maldito error. No enfrentar a mi padre fue el gran maldito error.

Rob tose y respira hondo. «Sé que lo sientes. Si no fuese así, no pediría tu intervención en todo esto. Pero no lo vuelvas a echar a perder».

«Realmente intento no hacerlo».

«Como sea, ¿estás listo para mañana?»

«Creo que sí», respondo.

«Te va a ir bien en tu audición. Vas a ver».

«Si resulta, tendremos que salir a celebrar o tendrás que venir a mi casa a jugar el nuevo juego *Soccer World* que salió la semana pasada».

«Hecho», contesta.

Despejo mi garganta. «Dime, ese chico que Em mencionó... ese tal Andrew. ¿Siguen saliendo? ¿Es una relación seria?».

«Eso no me incumbe, amigo. Si quieres hablar con Em, pregúntale tú mismo. No voy a ser tu espía, ni tu informante. Olvídalo». Bosteza. «Debería ir a dormir. Llevo como dos semanas sintiéndome mal. Debe ser un virus que no me quiere soltar. Gracias de nuevo por estar pendiente de ella. Significa mucho». Cuelga antes que pueda contestar.

Kayode está sentado en su cama y se despeja la garganta. «Quiero decir algo más, y no me refiero al hecho que me encantaría que fuese Rob -y no Em- el que estuviese estudiando ballet y que fuese mi compañero de cuarto. Sí, Rob está buenísimo. Pero ese no es el punto». Kayode murmura y luego bosteza ruidosamente. «Probablemente no quieras escucharlo».

«¿Qué?».

«Tienes que hablar con la chica como un hombre. Em no muerde. Incluso te gustaría si lo hiciera».

«¿En qué momento te convertiste en gurú de relaciones?».

«Desde que salgo con una estrella emergente del ballet de California. Acabo de recibir un correo de él. ¡Mark obtuvo su solo!», aplaude y sonríe.

«¡Impresionante! ¡Felicidades!». Le doy un abrazo corto. Mark y Kayode son el uno para el otro.

«Gracias, pero no me cambies el tema».

«He intentado hablar con ella».

«No. Intentaste meterte con la única buena amiga que tiene en la fiesta de Año Nuevo».

«No es así... no realmente».

«No lo hiciste, pero no es lo que Em cree. El rumor que le llegó es que tú y Nata tiraron como conejos en el armario de los abrigos. Sin importar que Nata tenga la palabra “virgen” escrita en la frente. Tienes suerte que yo tenga un gran corazón y odie verlos a ambos tan deprimidos. Le dije que no hiciste nada... pero igual».

«Jen me preguntó si había tenido sexo y le dije que no. No he tenido sexo en meses. Ni siquiera la besé. No hice nada. Fue justo después que Em me dijera que estaba teniendo una relación seria con alguien más, cuándo yo creía que estábamos progresando. Realmente creía que volveríamos a estar juntos en Navidad».

«Qué lindo que aún creas en Papá Noel. Em no lo sabe y, además de eso, no creo que sea algo que la haga caer a tus pies. Empezaste con Jen justo después de ella, luego saliste con Tasha y con Sandra»:

«Solo salí con Tasha por una semana. Y en realidad, no salí con Sandra. Solo fuimos a una gala».

«La gala sobre la que Em estuvo hablando por semanas».

Como si ya no me sintiera lo suficientemente mal.

«Habla con ella», dijo Kayode. «Te vas a arrepentir si no lo haces».

Me cago de miedo con solo pensar que si hablo con ella, si le cuento todo, termine por rechazarme. Es mucho más fácil pensar que no lo hará, que enfrentar esa posibilidad. Sin embargo, Kayode tiene razón. Asiento, tomo el teléfono y le envío un mensaje. *Te enviaré un mensaje en la mañana para asegurarme que te levantaste*, escribo. Eso es algo que solía hacer mucho el año pasado. A ella le cuesta mucho comenzar el día, por lo que le enviaba una foto graciosa para asegurarme que se había levantado. *Quizás podríamos juntarnos al final del día. Tú y yo*.

Treinta minutos después, aún no hay respuesta.

CAPÍTULO 9 - EM

MI CORAZÓN ya no está en mi pecho. Salí corriendo en cuanto vi a Jen con Nick en el pasillo. Me fui a esconder porque estoy cansada que me duela todo el tiempo. ¿Por qué los esperé? ¿Por qué me expongo a eso? Poco rato después, cuando se fue de la habitación, estaban abrazándose y parecía que se estaban besando; luego no sé lo que pasó, porque me volteé tan rápido que mi cabeza daba vueltas.

Ya han pasado ocho meses. Ocho meses es tiempo suficiente para dejar atrás a Nick. Ya debería haberlo superado. ¿Pero cómo se supera el primer amor? ¿Y a tu mejor amigo?

El problema es que aún pasamos demasiado tiempo juntos para superarlo. Mi cabeza sabe que no le puedo pedir nada; a estas alturas del partido, él no me debe nada. Probablemente aún cree que estoy saliendo con ese chico Andrew. Pero, aun así... ¿por qué Jen?

Hago esfuerzos para que no se me salgan las lágrimas. Pensé que ya no estaba con Jen. Pensé que la relación entre ellos había terminado. Me escondo bajo las almohadas.

¿Qué significa ese mensaje que me envió hace más de una hora? Como si hubiésemos vuelto a la normalidad, como si hubiésemos vuelto a la primavera pasada, como si esto nunca hubiese pasado y nunca hubiera roto mi corazón.

Quiero gritar. O llorar. O las dos cosas.

Quizás ya esté durmiendo; es tarde. Pero no puedo seguir mirando el mensaje sin contestar.

Em: No es necesario que me despiertes mañana. Estaré bien.

Nick: ¿Estás segura?

Contesta de inmediato, como si estuviese esperando al lado del teléfono.

Em: Completamente segura.

«Buenas noches», dice Nata. Ella no ha notado lo desesperada que estoy; una vez más he desarrollado muy bien la capacidad de esconder mis sentimientos.

«Buenas noches», contesto.

Apaga la luz, pero su respiración no es regular. Probablemente está pensando en las audiciones en dos días más. Y es eso en lo que debería estar pensando yo también.

Trabajé demasiado duro para echarlo a perder. Demasiado duro para dejarme llevar. Tengo que tener éxito en esta audición. ¿Qué hago si no lo logro?

«Nata», susurro, pero no responde. Quizás ya se puso los audífonos de su iPod. Escucha Chopin cuando no puede dormir. Asegura que la ayuda a dormir como un bebé.

Yo, por el contrario, me quedaré dando miles de vueltas.

Me fijo en las grietas del techo y las cuento. Si el número de grietas es par, obtendré el papel. Si es impar, no lo obtengo.

Seré la segunda mejor.

Entrecierro los ojos. ¿Son veinte o veintiún grietas? ¿Es la última una grieta o una mancha?

Sacudo mi cabeza. Esto no ayuda. Me acerco lentamente hacia la luz y nerviosamente busco puntas partidas en mi cabello. No hay ruido en los pasillos, no hay risas, nadie trata de salir a hurtadillas para burlar las cámaras de seguridad. ¿Están todos durmiendo? ¿Cómo pueden dormir cuando falta tan poco para las audiciones?

Ruedo hacia el costado para ver si Nata está durmiendo en la cama de abajo. Sus ojos están cerrados, por lo que debe estar intentándolo.

Y yo debería hacer lo mismo.

Nunca le pregunté a Nata lo que sucedió realmente en esa fiesta de Año Nuevo. La noche de la que todos hablaban; esa en que, según los chismes de Jen, Nick y Nata se besaron, entre otras cosas. No lo creí entonces y tampoco lo creo ahora. Fue justo después de que le dije a Nick que estaba saliendo con el tal Andrew. Sé que se sintió herido por la noticia. ¿Pero qué es lo que quería? ¿Que yo esperara? Muy bien, no tenía a nadie, no estaba saliendo con nadie, pero podría haberlo hecho.

Estoy segura de que Nick le coqueteó. Estoy segura de que probablemente Nick haya intentado besarla, pero sé que no lo hizo. Y eso lo sé porque Kayode me contó la verdad acerca de lo que pasó esa noche: de lo deprimido que estaba Nick, de lo mucho que tomó y bailó como un loco y de cómo se aferró a Nata como si ella tuviese respuestas a sus preguntas. Pero no se besaron. No hicieron nada. Y Jen es venenosa.

¿Por qué decidí ir a verlo?

¿Qué es lo que me va a decir?

Me va a decir que lo siente, ¿pero qué le digo si me dice que quiere volver a intentarlo? *Sí, claro; siento que no haya funcionado con todas las otras chicas*. Volteo hacia el otro lado y abrazo la manta rosada en la que mi madre biológica me envolvió.

Después de mandar la carta, tengo que quedar en paz con cualquier decisión que tome. No puedo obligarla a conectarse conmigo, pero si logro llegar a la cima, le enviaré una invitación como último recurso para establecer un vínculo con ella. Papá me dijo que ella quiso venderme al mejor postor, pero no logré encontrar nada que indicara que tenía problemas financieros. Tengo la sensación que no dijo la verdad. Me ha mentido antes. O quizás simplemente no quiero creer que mi propia madre estaba dispuesta a rematarme.

Me volteo otra vez y tomo mi teléfono de la repisa empotrada en la cama. Y hago algo que juré no volver a hacer. Miro antiguas fotos de ballet, y fotos de invierno, y fotos de la gran tradición familiar en Navidad, y las fotos de Roberto y Giovanni juntos en Halloween, y me detengo en la que Nick y yo nos tomamos en el Cuatro de Julio. Seguramente ya estaba bastante borracha; descubrí esa foto hace algunas semanas.

Estoy entre sus brazos y pareciera que no solo me sostiene, sino que además me apoya. Los recuerdos de esa noche son vagos, pero me acuerdo que me protegió y recuerdo que me mojó los labios después que vomité... ¡qué asco!; también, que nos reímos por horas. En ese momento me ayudó a olvidar la búsqueda de mi madre biológica y me apoyó.

Me quedo mirando nuestras caras y luego apago la pantalla.

Hemos ido demasiado lejos como para volver a ese lugar feliz.



ME DESPIERTA OTRO DE sus mensajes: la foto de una ardilla volando en el aire. *Buenos días, linda*. No puedo evitar sonreír. Cuando teníamos doce, vimos a un niño en Central Park tirándole piedras a una ardilla. La ardilla estaba arriba de un árbol, pero yo estaba convencida que quería bajar. Había armado toda una historia en mi cabeza: su familia necesitaba de su ayuda y querían que estuviese con ellos. Le pedí al chico que se detuviera, pero no me escuchó, hasta que Nick lo espantó. No sé si lo recuerda, pero yo sí, y ver esa ardilla definitivamente me hace sonreír.

Mis dedos se pasean por la pantalla. Escribo. Quiero preguntarle sobre lo que pasó anoche; quiero hacerle miles de preguntas.

Pero simplemente escribo *gracias* antes de salir de la habitación. Natalya ya salió. Ella me ayudará a ensayar en la mañana; probablemente decidió comenzar antes.

Tomo mi cepillo de dientes y mi ropa, cuidadosamente doblada sobre la silla y no en el suelo, y lentamente me abro camino hacia afuera. Necesito un café, pero no tengo tiempo.

A pesar de la hora, ya hay una fila en el baño de chicas. La escuela amplió el área de dormitorios el año pasado, pero aún trabajan en agregar algunas instalaciones básicas. Me apoyo afuera, contra la pared. Siento un hormigueo en los dedos y parece que no puedo respirar hondo.

Algunas chicas conversan al otro lado del pasillo y luego aparece un grupo de chicos. Nick está con ellos.

Saludan y la mayoría sigue caminando hacia el baño de hombres que está pasada la esquina a mi izquierda. Pero Nick no. Nick detiene su marcha. Su ojos me miran de arriba abajo y me transporto al momento exacto del verano en el que me miró exactamente de la misma forma; esa mirada que decía *te deseo*. Siento mi cara sonrojarse rápidamente. Mi cuerpo entero arde.

Tengo que alejarme de él.

Nota a mis pies: sigan caminando. Nuestras miradas chocan. Quiero decir algo, cualquier cosa. Él está esperando; es como si me estuviese dando el espacio que necesito, pero claramente está esperando que diga algo.

«Nos vemos», balbuceo mientras me voy.

Tengo ganas de darme una cachetada.

CAPÍTULO 10 - NICK

HUBO UN MOMENTO. La forma en que me miró en el pasillo. Hubo algo ahí. Pero tengo que demostrarle que esta vez va en serio; que no la voy a herir. Siempre supe que le gustaba. Por Dios, ella siempre me gustó. Solía jugarle bromas todo el tiempo, pero dejé de hacerlo cuando se puso a llorar al simular que me estaba ahogando y ella se metió al agua para salvarme a pesar de que le daba miedo nadar.

La tomé en mis brazos y flotamos de vuelta a la orilla de la playa, y una vez que llegamos a la arena caliente, reprimí las ganas de besar sus lágrimas para calmarla. Hubiese sido la primera chica a la que besaba. Me dio una cachetada. No una fuerte, pero me la dio y luego me dijo que nunca más la asustara de esa forma.

Nunca más lo hice y nunca lo haré.

Con paso decidido, se dirige al baño y, por un segundo, siento deseos de ir tras ella, detenerla y preguntarle qué es lo que pasa y luego besarla para que olvide sus problemas, pero no es tan fácil. Nunca ha sido tan fácil.

Por lo tanto, me apresuro a prepararme, cepillarme los dientes y luego subir por la vieja escalera que lleva al segundo piso y abrir la puerta de una de las salas de ensayo que menos se usa.

Necesito bailar. Necesito relajarme, liberar la rabia, las dudas, saltar cada vez más alto, arquear mi cuerpo y dar vueltas tan rápidas para así olvidar mi nombre.

Un ensayo más. Solo. Sin nadie que me mire. Sin tratar de impresionar a mi padre ni a nadie más.

Por mí.

Ha pasado tiempo desde la última vez que bailé para mí.

Ni siquiera enciendo el equipo. Doy un golpecito con el pie en el suelo de madera y luego doy vuelta despacio, alzándome y lanzando una pierna hacia atrás para luego bajarla nuevamente. Doy un golpecito con el pie en el suelo nuevamente, pero esta vez, con mayor estruendo, con más fuerza y dejo que la rabia me guíe.

Intento visualizarme en diez años, viajando con una compañía de ballet. Pero... no lo logro. Salto en el aire empuñando las manos.

Caigo sobre un pie, doy un giro. Este es el futuro por el que trabajé tan duro, el futuro por el que estuve dispuesto a sacrificar todo. Una compañía de ballet, una brillante estrella en ascenso; el mundo a mis pies.

Y no logro la maldita visualización.

CAPÍTULO 11 - EM

EL DÍA PASÓ RÁPIDO. Fue uno de esos días en que no puedo recordar, en que nada pasa despacio, en el que no logro conectarme con el momento. Sigo los movimientos; sigo a la multitud. Y la multitud ahora está en la cafetería. Y la multitud habla y susurra sobre lo de mañana.

Quisiera que todos se callaran.

¿Acaso no podemos hacer como si nada pasara? El desgaste que siento es tal que no sé si podré comer, pero tengo que hacerlo. Necesito energía. Nick está sentado con nosotros y todo mi cuerpo lo siente y está en sintonía con él. Llevo una cucharada pequeña de sopa de pollo a mi boca que casi dejo caer al ver a Jen acercarse hacia nosotros.

No me siento muy tolerante en este momento.

Pero Nick la mira con furia. Ella se da la media vuelta y se va.

«¿Problemas en el paraíso?», murmuro sin estar realmente segura de que alguien me haya escuchado, pero Nick mira en mi dirección. Está a punto de decir algo, pero yo no quiero hablar de eso. No un día antes de la audición.

Me concentro en Natalya, que come su ensalada lentamente. «¿Has sabido algo de tu amiga Becca?», le pregunto. Cualquier cosa para cambiar el tema.

Nata sacude la cabeza. «Nada. Intentaré nuevamente mañana... después de...». Después de ese momento que podría cambiar nuestro año, nuestra carrera, nuestra vida.

Sin presiones.

Nick se masajea la nuca y despeja su garganta. «¿Quieres practicar la coreografía conmigo otra vez?».

Sí quiero. Lo necesito. ¿Pero con Nick? ¿Bailar? *¿Solos?* La palabra «desastre» está escrita sobre su torso.

Desvío la mirada hacia Nata. «¿Vienes con nosotros?». Mi voz suena algo desesperada. Como si no pudiese manejar una o dos horas con Nick. Bueno, no es que no pueda. No quiero.

Natalya toma otro sorbo de agua. «Quiero llamar a mis padres esta noche y ya conoces mis reglas».

Esas palabras son el código para decir: *Quiero visualizar todos los movimientos la noche anterior y ensayar por última vez en la mañana*.

Natalya asiente. «Sí. Tú y Nick deberían ir. Los veré en nuestra habitación más tarde». Termina su vaso de agua y se pone de pie. Lleva su bandeja al rincón. Hasta su forma de caminar es de bailarina, revelando su futuro protagónico en una increíble compañía, haciendo evidente que logrará obtener el papel.

Y luego se aleja a paso largo.

Traidora.

No es que sepa algo con certeza. Adivinó lo que mucha gente ha adivinado. No le he contado a nadie. Mi hermano es el único que sabe. Bueno, él, Giovanni y Kayode que adivinó, y la manta que me dio mi madre biológica, y quizás también el diario que retomo de vez en cuando. Pero nadie sabe lo doloroso que es verlo todos los días, lo mucho que desearía borrar todo lo que sucedió en el verano y al mismo tiempo revivir cada momento.

Despejo mi garganta. «Pues bien, entonces, vamos».

Intento fingir que mi corazón no se salta una latido cuando nuestros brazos se rozan.
Intento fingir que no quiero permitirme hablar sobre mis miedos.
Porque él sí entendería. Siempre entendía.

CAPÍTULO 12 - NICK

EL GENTÍO DEL COMEDOR vuelve lentamente a los dormitorios; algunos hablan de ir a Central Park hasta el toque de queda para relajarse, pero la mayoría busca encontrar un espacio para ensayar o bien no podrán dormir pensando en esos escasos minutos que podrían cambiar sus vidas por completo.

Y una parte de mí está concentrada en lo mismo, pero otra parte está enfocada únicamente en buscar la forma de hacer sonreír a Em otra vez y preguntarle qué le pasa. Antes, podría haberme parecido un desafío, pero ahora, es difícil llegar a ella: mantiene distancia y quizás ni siquiera lo nota, pero lo hace.

«¿A dónde quieres ir?». Le abro la puerta.

«¿Qué te parece la Sala D del segundo piso? Es tan pequeña que nadie la quiere usar, pero al menos está abierta».

«Tus deseos son órdenes para mí».

«Como sea», contesta sin expresar emoción. Sin sonreír. Sin fruncir el ceño. Nada excepto las oscuras ojeras y la forma en que aprieta los labios, como si estuviese haciendo grandes esfuerzos por no dejar salir lo que le molesta. Los pasillos están llenos de gente y el parloteo parece ser constante. Una chica me mira como si fuese la octava maravilla del mundo o algo así; una estudiante de primer año con ojos que brillan como estrellitas y yo soy una de ellas. La reputación del mejor bailarín de la escuela, la reputación del que no puede tener una relación con una sola chica. Su amiga le susurra algo al oído y ella se ríe, sonrojada.

«Es ridículo», murmura Em y, aunque parece molesta, no puedo evitar sentirme feliz que finalmente me acepta. Prefiero pelear a que me haga la ley del hielo.

«¿Qué pasa? ¿Mi popularidad?». Le doy un empujoncito y ella duda entre sonreír o fruncir el ceño.

«Quizás deberías decirle a Chloe que volviste con Jen».

«¿De qué estás hablando?».

«Vi a Jen saliendo de tu habitación anoche».

Mierda.

Me masajeo la nuca mientras subimos por la vieja escalera hasta la sala del segundo piso que casi nadie usa.

«Jen quería que la ayudara con...».

«No tienes que darme explicaciones», dice Em, pero la forma en que me mira indica que sí quiere saber.

«Quería ayuda con el baile. Y luego me pidió el USB de los videos de las presentaciones de años anteriores. Nada más».

«Claro, porque eres conocido por pasar tiempo con una chica a solas sin hacer nada».

Acelera el paso y juro no mirar su trasero y sus largas piernas. No las imagino alrededor de mi cintura. Abre la puerta y la cierra violentamente.

La sigo y suspiro. «¿Por qué no me crees? Solíamos hablar, solíamos pasar tiempo juntos sin hacer nada».

«Sí, y luego solíamos besarnos».

Levanto una ceja. «Así que ahora vamos a hablar de cuando nos besábamos. Has estado evitando el tema por varios meses».

«Solíamos besarnos. Pero también solíamos hablar por horas. Y ya no hacemos ninguna de las dos cosas». Avanza hacia mí. Sus ojos café se confunden entre la rabia y el dolor y siento deseos de tomarla, abrazarla y preguntarle qué le pasa. Pero parece estar al borde del precipicio: entre caer o luchar. «No hablamos, y ahora, no vamos a hablar. No voy a confiar en ti, no voy a llorar en tu hombro. Vamos a bailar».

«Si me necesitas, acá estoy», digo con el tono más firme posible. «Lo sabes. Para lo que sea. Estoy aquí».

Sus hombros parecen relajarse un poco, pero luego vuelve a la carga. «Como cuando estás disponible para Jen».

«Jen y yo no estamos juntos», repito y me acerco a ella. Con la respiración entrecortada, moja sus labios. Ni siquiera creo que se da cuenta. «Sé que estás enojada y siento mucho que lo estés, pero he estado a tu lado por más de diez años. No sería la primera vez que me usas como saco de boxeo. Te he escuchado llorar y reír, y hablar por horas. Además, no tienes idea de lo mucho que me duele haberte herido. No tienes idea de lo que hubiese gustado haber manejado las cosas de otra forma». Levanto la voz y me muevo dentro de la sala. «Debes saber que a pesar de todo lo que pasó, aún me importas. Y no tiene nada que ver con el hecho que aún puedo sentir el sabor de tus labios». Guiño un ojo tratando de distender la situación. «Vamos, Em. No podemos seguir así. No podemos seguir fingiendo que está todo bien». Y ahora sueno desesperado y probablemente lo esté. Quiero que me dé una nueva oportunidad. Pero más que nada, no quiero perderla.

Em retrocede, inclina la cabeza y me observa cuidadosamente, como cuando intenta evaluarme. «Si es importante, si necesitas alguien con quien hablar, siempre estaré acá para escucharte. Pero...», respira hondo como si quisiera bajar a tierra nuevamente. «No quiero ser la de turno. Eso es todo».

«Nunca fuiste la de turno».

«Como sea», responde, y sé que ese es el fin de nuestra conversación.

Pongo la música. Em hace estiramiento, dejando caer su cuerpo sobre la pierna que estrechó contra el espejo. Me pongo a su lado y hago lo mismo. Cambiamos de pierna. Nos miramos a través del espejo.

«Mañana esperarán que muestres tu técnica, que es perfecta, pero además tienes que expresar emoción». Tomo el control y cambio la música a *La Bella Durmiente*.

Me paro cerca de ella. Y la tomo. «Ya sabemos que tu técnica es increíble. Muéstrame cómo te enamoras».

«¿Qu-Qué quieres decir?».

«Aurora... al principio, se enamora».

Em traga saliva y luego me mira levantando una ceja como diciendo: *dos pueden jugar este mismo juego*. «Sí». Su voz suena entrecortada. Y quizás esté ganando el juego que ni siquiera sabía que habíamos empezado con solo mirarme.

«Tienes que dejar salir esas emociones; tus movimientos tienen que estar llenos de pasión y tienes que expresarla también con tus ojos».

Em se pone en posición, con un brazo arriba y el otro en su espalda. Coloca su pie en ángulo y comienza a bailar. Sus movimientos me rodean; ella me rodea. Una pirueta, un salto, un *pas de deux*... me mira como si fuese su punto de apoyo, como si yo fuese lo único que tiene sentido, como si estuviera enamorada de mí.

Quiero tomar su mano. La quiero acercar a mí. Quiero... tantas cosas.

Pero sé que si hago algo, ella desaparecerá en su agujero personal.

Por lo que bailo a su lado. Una respuesta a las preguntas que no verbaliza. Una promesa a las demandas que no expresa.

Y cuando nos detenemos, ambos sin aire, me besa la mejilla antes de alejarse.

Puedo que no sea gran cosa, pero es un comienzo.

CAPÍTULO 13 - EM

LA MAÑANA DE LA audición ya llegó. La mañana que podría cambiar mi vida por completo. Estoy lista. No puedo estar más lista de lo que estoy. Mis movimientos son perfectos; mi técnica es perfecta. Sé que tengo una oportunidad.

Tengo un nudo en el estómago y siento que tengo que ir al baño, aunque sé que no es necesario. La bilis sube hasta mi boca y no es una sensación agradable.

Me pasé todo el desayuno evitando cualquier discusión. Mi objetivo era el de mantenerme dentro de mi zona de comodidad, pero nunca la encontré. No entiendo por qué odio tanto las audiciones. No siento la clásica «ansiedad sana que inyecta una buena dosis de adrenalina» de la que nos habló Svetlana, sino que más bien es un tremendo pánico escénico y no logro entender de dónde viene.

No debería estar tan nerviosa. No debería estar tan preocupada. Me paseo en el pasillo esperando que Natalya termine, porque, de verdad, que me toque después de ella tiene sentido. ¡Sí, claro! Es como que si hubiese algo en el aire; algo que quiere que fracase.

Me doy vuelta y sigo caminando.

Hay solo unos pocos estudiantes que pasan por ahí. Existe la creencia que si pasas muy cerca de la sala de audiciones antes de la hora, estás perdido. Todo empezó con la leyenda de que, hace veinte años, una talentosa bailarina murió durante su audición y su fantasma se metió en el cuerpo de la persona que estaba esperando su turno.

No creo en esa historia e incluso si lo hiciera, sería bueno tener a alguien que ocupara mi cuerpo por un tiempo.

«Tienes que respirar», dice Nick y pego un salto. No creo en la historia de la bailarina muerta, pero ciertamente él me asustó.

«Siempre fuiste tan sabio». No puedo evitar sonreír. Y responde con otra sonrisa. Analizo si es de felicidad, de confianza o simplemente es una sonrisa falsa.

Despeja su garganta y hace una reverencia. «Soy el de la sabiduría».

«¿Entre quién y quién?».

«Tú y yo», responde, grabándose a fuego en mi cabeza y envolviendo mi corazón. *Tú y yo. Yo y tú.* Y casi me pongo a cantar una canción pop.

«Sabio, mis nalgas», contesto. El sonido de su risa me derrite.

«¿Realmente quieres hablar de tus nalgas?», pregunta observándome. Observándome cuidadosamente. Me hizo exactamente la misma pregunta el verano pasado. Hizo el mismo vaivén y terminamos besándonos unos días después.

Trago saliva, evitando contacto visual. Viene hacia mí, metiéndose en el personaje del Príncipe Encantador, aunque se ve mucho mejor cuando lleva puestos su jean y su camiseta de *Mario Bros*. Echo de menos jugar videojuegos con él. Echo de menos nuestras conversaciones sobre todo y nada. Echo de menos abrirle mi corazón. Lo echo de menos

Inclino mi cabeza reprimiendo la necesidad de pasar mis dedos por su brazo, de acercarme a él. «Estoy respirando. Con dificultad, pero lo hago», respondo. «¿A qué hora es tu audición?».

«A las tres. Pero pensé que podría aprovechar el tiempo ensayando con el traje puesto». Hace una pausa. «También quería verte».

No digo nada y él sigue hablando con duda. No estoy acostumbrada a verlo dudar. «Te va a salir estupendo. Vas a estar genial. ¿Me puedes prometer algo?».

«¿Qué?», pregunto, manteniendo una distancia prudente. No puedo pensar claramente cuando está tan cerca de mí.

«Recuerda sentir todo. Cada movimiento. Sin importar lo asustada que estés».

«Nunca me asusto».

Sacude su cabeza. «Estás asustada. Aunque no deberías. Usa el miedo para demostrarles quién eres».

Mierda. Se me cierra la garganta, doy un paso al frente y lo miro. Sus manos se van directo a mi cara, envolviéndola suavemente. «Me siento tan perdida. Como si voy a perder todo si no obtengo el papel principal. Todo lo que ni siquiera tengo», susurro y luego dejo escapar: «Me he sentido tan perdida desde el verano. Siento que me perdí a mí misma». He trabajado tan duro para este día, pero a pesar de todas las horas que he contado, a pesar de todos los juanetes, la sangre y las noches de insomnio, siento que no he avanzado. Aun no comprendo por qué mi madre biológica me odia. Aún no sé quién soy.

Nick se inclina; su rostro está tan cerca del mío que siento deseos de cerrar mis ojos. Quiero sentir sus labios en los míos otra vez, sus brazos envolviéndome. «Eres Emilia Moretti. La mejor jugadora de *Mario Bros*. Eres dulce y eres fuerte. Eres insistente y eres talentosa. Eres graciosa y crees que eres rara. Eres sensual y eres fantástica». Sus labios tocan ese punto justo debajo de mi oreja y el contacto me estremece. «Muéstrales quién eres», repite, y en ese instante, asiento. «Puedes hacerlo», agrega antes de retirarse.

No estoy segura de qué fue lo que sucedió, pero sé que se lo agradezco.

Me siento agradecida de tenerlo en mi vida. A pesar de todo lo que ha sucedido.

La puerta de la sala de audiciones se abre y mi corazón me llega a las rodillas. Como el peinado me impide revisar las puntas de mi pelo, me mordisqueo la piel alrededor de las uñas.

La extraña y misteriosa calma que sentí con Nick se ha ido. Natalya sale de la sala y corre hacia mí.

«Te fue fantástico, ¿no? No puedo creer que me toque después de ti. Después de la mejor bailarina de la escuela. ¡Estoy perdida!». Suspiro. Vengo después de Natalya y Jen viene después de mí. Natalya frunce el ceño y luego agrego: «Estoy feliz por ti». Me volteo balbuceando: «Por una vez, quiero ser la primera».

Natalya se despeja la garganta. «Vas a estar bien», me dice. «Lo vas a hacer fantástico. Si me siento amenazada por alguien, esa eres tú». Y quiero creerle. Tengo tantas ganas de creerle.

Me aprieta la mano. «Mírame». Nuestras miradas se conectan. «Trabajaste duro para esto. Tu actuación de ayer fue perfecta. Déjate llevar».

«¿Qué quieres decir?».

«Deja de pensar tanto en la rutina. Siéntela. Siente cada movimiento. Cuando bailes, haz de cuenta que Nick es el único que te está mirando».

«¿Nick? Quieres que fracase, ¿no es así?». Me río, intentando esconder lo que siento porque sus palabras dieron justo en el clavo. Si Nick me estuviese mirando. Si Nick estuviese en la habitación, si solo él estuviese en la habitación, querría bailar para él, querría dejar todo atrás.

«Quieres que te despierte con un beso. Quieres vivir cada segundo del beso, quieres que todos se sientan como tú te sientes. ¡Muéstrales cómo te sientes!». Los ojos azules de Natalya se clavan en los míos.

«Emilia», dice Svetlana. Y todo pasa en cámara lenta.

«Tú puedes. Lo digo en serio. ¿Quieres que te espere?», pregunta Natalya.

Sacudo mi cabeza sin sentir mis piernas, mis brazos, sin sentir nada que no sea terror. «No. Ve. Estaré bien. Gracias». Pongo los hombros hacia atrás y camino hacia la puerta abierta con la cabeza en alto.

«*Merde!*», Natalya dice el conjuro de la suerte común en el mundo del ballet. Pero no me volteo a verla.



SVETLANA SONRÍE PARA apoyarme cuando entro a la sala. «Tú puedes», susurra y asiento, pero siento la tensión en mis músculos y es como si tuviera visión de túnel. Solo puedo ver los rostros de los jueces y la forma en que mi miran. Están sentados en sillas frente al escenario. Se inclinan para hablar por unos segundos. Susurran «Natalya» varias veces y «fantástico» y uno de ellos sonríe como si hubiese descubierto agua en el desierto. Por supuesto que Natalya los impresionó. Sabía que así sería. Nata es la mejor bailarina de la escuela. Solo cruzo los dedos; quizás haya alcanzado su nivel o quizás se produzca algún milagro.

Realmente debería dejar de creer en cuentos de hadas.

«Bienvenida, Emilia Moretti», dice el director de la escuela y le sonrío al jurado. Por alguna razón, la sala se ve más grande y más asfixiante al mismo tiempo. Quizás sea la mirada de ellos, la forma en que sonríen. La antigua *prima ballerina* de la American Ballet Company asiente, pero aprieta los labios con cara de tener mejores cosas que hacer porque, de todas maneras, ya vio lo mejor.

Me preparo. Ya he estado bajo evaluación muchas veces antes. No voy a fingir que están desnudos. No voy a hacer como que no están ahí. Voy a dar lo mejor, lo voy a dar todo y les demostraré que valgo la pena.

Hay un olor familiar a madera y líquido para limpiar ventanas. Somos las primeras en presentarnos a la audición y la sala tiene el mismo olor de todas las mañanas.

Tengo imágenes del verano; de la forma en que mi cuerpo era uno con la música, de la forma en que bajé la guardia, del dolor que sentí con el rechazo de mi madre biológica y de la felicidad que sentí cuando estaba con Nick. De lo cómoda que me sentía. Me aferro a esas emociones en vez de reprimirlas como normalmente lo hago. Esas emociones son mis pilares.

«¿Estás lista?»

«Sí», contesto.

Y así es.

La música me envuelve cuando hago una pirueta; dejo que la historia se convierta en lo que soy y me dejo llevar por el personaje de *La Bella Durmiente*.

Me permito volver a creer.

CAPÍTULO 14 - NICK

LO LOGRÉ. Logré salir bien en mi audición. Salté más alto de lo que lo hice en mi último ensayo, y, aunque no logré una media vuelta en la pirueta, igual lo conseguí. Mi primer impulso fue el de marcar el número de Em, pero no contesta. Quizás decidió volver a casa. Con las audiciones, no tenemos que asistir a clases. Quizás decidió ir a ver a su Nonna y pasar tiempo en el restaurante. Pensar en el restaurante me trae recuerdos felices y suspiro.

Mi teléfono suena. «¡Hola, Mamá!».

«Hola, cariño. ¿Cómo estás?».

«Bien», contesto.

«Tu papá y yo vamos a ir a probar la comida de un nuevo restaurante; deberías venir con nosotros».

«¿Mamá?».

«¿Sí?».

Sacudo mi cabeza. Por supuesto; se le olvidó. Pero luego suelta una risotada. «¿Cómo te fue?».

«¿Qué?».

«Tu audición. Prometí que trabajaría en mis prioridades. Y tú eres una de mis prioridades más importantes». Es gracioso; eso no lo recordaron cuando me dejaron solo en Navidad. Como sea.

«Papá le prometió lo mismo la terapeuta y siguió enviándome correos con paquetes de admisión a otras universidades diciendo que podría usar su influencias para ayudarme».

«Ya sabes cómo es tu padre. Pero ya no hablemos de él. ¿Cómo te fue?».

«Lo logré. Creo que obtuve el papel».

«Bien hecho. Sabía que lo lograrías. ¿Qué hay de Em?». Mamá y la mamá de Em solían ser mejores amigas también, pero todo cambió cuando mi papá despidió al papá de Em el año pasado.

«Aún no sé nada».

«Hablé con Amanda hoy», dice y me sorprendo. No recuerdo cuándo fue la última vez que ella habló con la mamá de Em. «Me contó que el restaurante va bien, pero la mamá de Dino ha estado enferma».

«Nonna tuvo un ataque».

«Sentí mucho escuchar eso. ¿Por qué no invitas a Em a cenar uno de estos días? A ella y a Rob». Ha estado insistiendo. Es la segunda vez en poco tiempo que menciona el tema.

Y entro en un universo alterno, un mundo totalmente distinto al de mis videojuegos. «No creo que Papá esté de acuerdo».

La voz de Mamá cambia y se vuelve más seria. «Tu padre y yo hemos hablado sobre eso. Hemos hablado de muchas cosas».

Miro el collage que Em me hizo. Y pienso en lo que mi padre solía pedirme. La forma en que me chantajeó para que saliera con Jen el verano pasado. No creo que le haya contado a Mamá sobre *eso*.

«Está bien, Mamá. Me alegro que estén conversando».

Se ha sentido mucho mejor desde que volvió de sus *spa-caciones* que casi duraron tres meses. Está claro que mi padre no quiere perderla pues ha hecho todo lo que ella le ha pedido: reducir sus horas de trabajo, ir a terapia de pareja dos veces al mes y terapia familiar una vez al mes.

«Esto recién comienza», dice con un suspiro. «En fin. Me tengo que ir, pero te amo, adiós». Puedo imaginarla dando besos en el aire al teléfono. Aún falta mucho para que seamos una familia que se acerque al tipo de familia que Em tiene.

Mi teléfono suena, esta vez es un mensaje. *Juntémonos en la sala de ensayo. Te necesito*. No recuerdo cuándo fue la última vez que me envió un mensaje diciendo lo que sentía y la foto que tengo de ella en el teléfono es la que le saqué el verano pasado.

No me lo tiene que pedir dos veces.



YA ESTÁ EN LA SALA cuando llego. No está bailando. No se está moviendo. Está apoyada en el espejo con los ojos cerrados. Y sus manos tiemblan un poco.

«¿Qué pasa?». Intento mantener un tono de voz uniforme y fuerte, calmado y reconfortante, pero parezco preocupado y quizás un poco angustiado. Em no suele mostrar sus debilidades.

«Lo eché a perder. Lo eché todo a perder». Las lágrimas de sus ojos son consistentes con las de su voz y me duele el corazón. No me importa que Kayode dijera que estoy perdidamente enamorado de Em. Tendría razón. No hay nada peor que amar a alguien, saber lo espectacular que sería estar juntos, lo espectacular que resulta estar juntos, y sabotear todo por un sueño, por una mentira.

Se deja caer al suelo y me mira. «Me perdí en el momento, pero eché a perder la tercera pirueta; mi *fouretté* estuvo del terror y mi cuerpo no estaba bien alineado para hacer el *arabesque*. Y sé que la única forma de obtener un papel es resaltando mi técnica, que normalmente es perfecta. Mi baile es frío, pero técnicamente perfecto. ¿Pero hoy? ¡Incluso mi técnica apestó!». Resopla. «Nunca voy a ser la mejor, ¿no?».

«¿De qué estás hablando?». Me siento a su lado.

«Nunca voy a llegar a la cima». Sacude su cabeza. «Realmente creí que lo lograría. ¡Qué estúpida soy!».

«No eres estúpida. No tienes nada de estúpida». Poso mi brazo sobre sus hombros y ella se recuesta en mí.

«Voy a obtener uno de esos estúpidos roles. Seré una de las bailarinas de atrás que no hace más que ir de un lado a otro».

«Primero, esos papeles son para los de primer año y lo sabes; segundo, no puedes saber qué papel obtendrás. Alguna veces, la pasión opaca la técnica».

Resopla. «Odio cuando exageras tu optimismo».

«Estoy siendo realista: estás autocompadeciéndote». Me pongo de pie y sus ojos expresan sorpresa. «¡Vamos! ¡A bailar!».

«Le dejé una nota a Nata diciéndole que iba a ensayar; pero lo último que quiero hacer ahora es bailar».

«Vamos. Cierra tus ojos y olvida todo lo demás».

«Siempre logras hacerme olvidar», susurra y se sonroja de tal forma que intuyo que no quería decir eso en voz alta. «O-O sea...», tartamudea.

«Vamos. Levántate», repito. «Te desafío». Le guiño un ojo y sé que cede. Pongo la música tan fuerte que resulta difícil escuchar nuestros propios pensamientos; la acerco a mí. Esta vez no

bailamos uno al lado del otro; bailamos juntos y nos fusionamos. No hablamos, pero mis manos viajan a lo largo de su espalda y la levanto tomándola de la cintura. Se apoya en mis hombros, estirando y extendiendo sus piernas, abriéndolas, y luego la traigo más cerca de mí. Estira sus brazos sobre su cabeza, arqueando la espalda mientras giro con ella por la sala. Sonríe, pero luego aprieta los labios, probablemente porque recuerda que se supone que debería estar furiosa conmigo y con el mundo.

El verano pasó hace tanto tiempo. Hace demasiado tiempo que no sentía su cuerpo contra el mío. Lentamente levanto su espalda del suelo y las palabras comienzan a salir de mi boca. «Quizás tú y yo deberíamos volver e intentarlo».

«¿De qué estás hablando?», dice sin aliento.

«Tú y yo. Nuestra relación ha estado tensa. Tratamos de fingir que nada pasó entre nosotros y a ninguno de los dos le ha resultado».

«A mí me parece que vamos bastante bien. Además, estoy con Andrew», dice con la barbilla arriba. Eso significa que, al menos, se olvidó de la audición y está lista para iniciar una eterna discusión conmigo.

«¿Ese tipo siquiera existe?». Una contrapregunta sensible que no me molesta hacer.

«¿Realmente te importa?».

«¡Por supuesto que sí!».

«Me encantaría que existiera», responde, y lo sé. No hay alguien más.

«En cuanto a Jen... en cuanto al verano...».

Su postura se tensa. «¡No quiero escucharlo!».

«Dijimos que nuestra relación solo duraría el verano». Entiendo las razones por la que está enojada, pero también estuvimos de acuerdo con esas estúpidas reglas; además, mintió sobre su relación con ese tal Andrew.

Me mira como si le hubiese pegado en el estómago.

«Vamos, escúchame. Dijiste que querías concentrarte en el baile y eso fue lo que yo también quería, pero...».

No me deja terminar. Grita. «Tenías razón. Tú y yo... ¡nunca funcionaría!».

«Eso es una estupidez y lo sabes. Estaba equivocado». Respiro hondo. Hay tantas cosas que quiero decirle. «No puedo dejar de pensar en ti». Queda con la boca abierta. «Quiero besarte. Dime que no quieres que lo haga y no lo haré». Me quedo quieto. No quiero darle opción; quiero que me diga que ella también lo quiere. Encontraremos la forma de hacerlo funcionar. Sé que puedo. Sé que podemos. Se pone de puntillas y tomo su rostro con una mano, mientras recorro su cintura con la otra. «Me estás volviendo loco», le digo mientras me mira. La observo desafiante.

El contacto de nuestros labios me enciende. La beso profundamente; un beso insistente y rápido. Es todo lo que he querido hacer durante estos ocho meses, pero no lo hice. Es todo lo que no debería desear pero sin lo que no puedo vivir.

Me empuja, pero luego se vuelve a acercar. «No tienes idea de lo mucho que te he extrañado», susurra antes de volver a besarme.

Voy a tener que contarle.

Voy a tener que enfrentarme a mi padre.

¿Pero en este momento? Quiero disfrutar la sensación de tener su cuerpo contra el mío y saborear sus labios.

CAPÍTULO 15 - EM

ME PIERDO en su beso, en la forma en que me estrecha entre sus brazos, en la forma en que todo mi cuerpo quiere estar aún más cerca.

Una de sus manos toma mi mejilla. Brinco para envolver su cintura con mis piernas. Me sostiene y me besa profundamente. Ni siquiera quiero parar.

«Em». Su voz es ronca y camina con mis piernas alrededor de su cintura, hasta ponerme contra el espejo.

Sus labios bajan hasta mi clavícula y sus manos se desenredan de las mías en su cuello y las sube sobre mi cabeza.

Puedo sentirlo, completamente. «Te extrañé», dice.

Y yo también lo extrañé. Muchísimo. Mi cabeza grita para que me detenga y mi corazón titubea. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estamos haciendo? Preparándonos para un nuevo fracaso.

«Me tengo que ir». Mi voz tiembla. «Me tengo que ir», repito y Nick me pone de nuevo en el suelo antes de apartarse.

«¿De qué estás hablando?». Casi le falta el aire.

«Me tengo que ir». No lo puedo mirar; si lo hago, no me iré.

Me apresuro a salir. Mis sentimientos y mi corazón se quedan atrás.

NATA ESTÁ EN LA HABITACIÓN cuando entro. Levanta la mirada y expresa sorpresa. Estoy segura de que estoy completamente sonrojada y que mi pelo está más despeinado que de costumbre. Podría hablar con ella, pero la forma en que mi garganta se aprieta es un claro indicador de que estoy a punto de enloquecer. Parpadeo rápidamente para evitar que salgan las lágrimas.

«¿Estás bien?», me pregunta inclinando su cabeza, como si dudara sobre si debería hablarme o darme algo de espacio.

Está todo muy encima: las audiciones que sé que ella logró y yo no; la maravillosa pero altamente confusa sesión de besos con Nick.

Por lo tanto, miento. «Está todo muy bien». La forma en que me encojo de hombros es una patética tentativa para convencerla. Fuerzo una pequeña sonrisa. «Cansada, eso es todo. ¿A qué hora te vas mañana?».

«Supertemprano; mi vuelo parte en la mañana».

«Estoy cansada, también me voy a la cama». Bostezo para reforzar mi punto. Tomo mi bolso de baño, mi toalla azul claro y mi pijama. Mis ojos se concentran en los afiches de bailarina que puso en su lado de la habitación. «Algunas veces me pregunto si tengo pasta para todo esto», digo sin querer. «Me siento más feliz en el restaurante con mi Nonna que acá, pero soy buena, ¿no?».

«Eres excelente», responde Nata mientras tira de su collar. Me mira fijo. «Aunque bailar debería hacerte feliz».

«No sé qué es lo que me hace feliz». Mi risa falsa suena vacía y soplo un mechón de pelo que cae sobre mi cara. «Estoy en la autocompasión misma. Voy y vuelvo».

Y cierro la puerta al salir. Quizás debería hablar con Nata y preguntarle qué le parece. Quizás, por una vez, podríamos olvidarnos de todo lo relacionado con el ballet y simplemente hablar y hablar toda la noche. Quizás Nata también necesite distraerse. Parece preocupada. Tengo la sensación de que no preguntar qué es lo que me molesta es su forma de protegerse y de proteger sus sentimientos. Ella odia pedir ayuda y mostrar su vulnerabilidad, pero sé de la situación que atraviesa con sus padres: las peleas constantes la tienen preocupada.

Le preguntaré cómo se siente. Me tengo que asegurar de que sepa que la apoyo y que expresar su dolor no la hace débil. Pero antes, tengo que recomponerme.

Cuando vuelvo después de la ducha, la encuentro durmiendo.

CAPÍTULO 16 - NICK

«¡EM!», LA LLAMO. Pero no corro detrás de ella. Necesita espacio y tiempo para entrar en razón. En este instante le suplicaría y le prometería el cielo. Sus ojos estaban llenos de preocupación, de incertidumbre; casi pánico. Una vez más, quisiera pegarle una patada en los huevos al Nick del pasado.

Por supuesto que está preocupada. Por supuesto que se pregunta qué diablos estamos haciendo. Por supuesto, no está segura.

Respiro hondo.

La voy a llamar; hablaré con ella esta noche o mañana.

Resolveremos esto juntos.

Voy a ir a casa a enfrentar a mi padre.

Sin importar cuál sea el resultado de las audiciones, sin importar lo que Emilia decida, sin importar lo que pase en las próximas semanas, no puedo simplemente ignorar lo que pasó y no enfrentarme a él.

Ya es hora.

CAPÍTULO 17 - EM

AMASAR CARNE MOLIDA para preparar *polpette* tiene algo de relajante. Nonna siempre se asegura de que el menú del restaurante incluya esas albóndigas italianas y normalmente va de mesa en mesa para explicar en qué se diferencian los *polpette* de las albóndigas tradicionales. Formo un pequeño círculo con los dedos. Los recuerdos de la audición, el beso con Nick y la forma en que escapé de una sesión de besos que perfectamente habría podido ganar el récord Guinness de la sensualidad.

Intentó llamarme. Cinco veces. Llamó a Roberto para saber si yo estaba bien.

Y así es. Pero tengo tanto miedo de salir herida otra vez. Tanto miedo de abrir mi corazón solo para escucharlo decirme que tenemos que terminar, porque tiene que concentrarse en ser el mejor, que podemos intentarlo por algunas semanas para ver qué tal nos va.

No puedo exponerme a eso de nuevo. Vive, ama y aprende. O en este caso, vive, ama, llora todas las noches por un par de semanas, luego finge que no conoces a tu mejor amigo, luego finge que no te importa que salga con otras chicas y luego intenta pararte otra vez hasta que casi lo logres.

Pero la forma en que sentí su abrazo, la forma en que saboreé sus labios, la forma en que me besó se sintió como una promesa de algo más.

Siempre soñé con que Nick fuera mi primer hombre, mucho antes de haber probado sus labios. ¿Ahora? He estado pensando en ser virgen de por vida si no puedo tenerlo.

He besado a dos chicos antes de Nick: el que me hizo sentir como la Srta. Torpe Babosa y nunca me volvió a llamar, y el idiota demasiado-bueno-para-ser-cierto con el que salí cuando empecé a asistir a la Escuela de Artes Escénicas. Terminó yéndose. Definitivamente, era demasiado bueno para ser cierto, y también tenía problemas con la coca. Y no precisamente con la Coca Diet. Me lavo las manos.

«Una de dos: o estás enamorada o te está dando un ataque», dice Nonna riéndose.

«Eso no es para nada gracioso», contesto y me abraza.

«Si yo no puedo hacer bromas sobre esto, ¿quién?», responde.

«Nadie. No deberías hacer bromas al respecto; nadie debería».

«Prefiero pasar mis últimos años, o meses o semanas riéndome de la muerte que sentir miedo de enfrentarla, *bellissima*». Revisa los *polpette* en agua hirviendo. «¿Comiste?».

«Aun no», contesto. «Aun les faltan más o menos treinta minutos».

«¿Por qué no te sientas conmigo y luego comemos?», dice. Nos instalamos en una mesa que puso en un costado de la cocina.

Pone sus manos sobre las mías. «Amar asusta. Y algunas veces, las heridas valen la pena. Yo me puse triste cuando tu Poppa murió. Me sentí triste al perder a tu tía cuando era muy pequeña, pero no me arrepiento de esos amores porque no quisieron herirme. No me metí en esas relaciones pensando lo malas que serían para mí, sino en lo bien que me hicieron sentir». Recupera el aliento. «Si tienes miedo de salir herida, significa que vale lo suficiente para que le des otra oportunidad, pero si por cualquier motivo sabes que saldrás herida, entonces no vale la pena dedicarle tiempo y tampoco se merece tu amor».

«¿Qué pasa si ya estoy herida?».

«Probablemente ninguno de los dos estaba listo». Se inclina sobre mí. «No fuiste la única que terminó herida este verano, *bellissima*. Nicholas también sufrió».

La expresión de sorpresa en mi rostro le produce gracia. «Puedo estar vieja, pero no ciega. Bien. Ahora dime más sobre la receta que usaste para los *polpette*».

Le hablo sobre la combinación de su receta con una que encontré en internet y las hierbas que agregué. Pasamos la siguiente media hora hablando de comida y de cómo Nonna y Poppa abrieron su restaurante hace cuarenta años.

«La cena está lista. Y tienes que comer». Se pone de pie y me pasa un plato. «No quiero que te conviertas en una de esas bailarinas que he visto en las películas de Lifetime. O en alguno de esos bailarines de los que me hablaste. Ningún arte vale tu sacrificio».

Tomo el plato y me siento frente a ella. «Cómo se sabe si alguien es bueno para una, Nonna?». Despejo mi garganta. «¿Cómo lo supiste *tú*? Parece que te sacaste el premiado dos veces: la primera con Poppa y después con el Sr. Edwards».

Se ríe. «Solo nos conoces como Nonna y Poppa, *bellissima*. Nunca supiste de las dificultades y de las peleas. Nunca te hablé de la vez que casi nos separamos. Después de muchos años de cortejo y pasión y todo lo demás, ya no estábamos seguros. El amor es fácil y difícil a la vez. El amor trae consigo lágrimas para tus ojos y alegría para tu corazón, pero deberías saber que si vale la pena correr el riesgo con esa persona, también valdrá la pena sentir el dolor. Deben ser compañeros y amantes y...», se seca una lágrima. «Extraño a tu abuelo todos los días. Todos los días deseo poder hablar con él y reírme con él. Él fue el gran amor de mi vida. Ben, el Sr. Edwards, es fantástico, pero es un tipo de amor distinto».

«¿Poppa y tú casi se separan?».

«Fue complicado después de que volvió de la guerra. Pero no borraría ni un solo día de los que viví con él. Los días difíciles hicieron que los días fáciles lo fueran aún más. Y aprendimos el uno del otro. Crecimos juntos». Toma un sorbo de su vaso diario de vino tinto. «Puedes creer en cuentos de hadas, *bellissima*, pero tienes que saber que hacerlos realidad requiere esfuerzo». Con el tenedor, da vuelta a su comida en su plato. «Bueno, ahora come antes de que se enfríe. Le prometí a tu madre que te echaría a las cinco de la tarde para que volvieras a la escuela antes de que oscurezca».

No me molesto en discutir con ella. Mamá quiere que ella descanse y quiere cuidarla; es por eso que me tengo que ir a las cinco. Nonna me guiña el ojo mientras comemos y me pregunto si Nonna ya sabe del secreto, pero simplemente deja las cosas como están porque nos ama.

DEJO EL RESTAURANTE a las cinco de la tarde en punto. El viento sopla y la nieve no deja de caer. El consejo de Nonna aun zumba en mi cabeza y esta vez, contesto la llamada de Nick.

«Siento haberte ignorado», le digo.

«Y yo siento haber sido un idiota. Hay muchas cosas que quiero explicarte».

«Tengo que preguntarte. ¿Quieres intentarlo? ¿Quieres ver adónde nos lleva esto?». Mi corazón se paraliza esperando su respuesta. ¿Qué pasa si dice que no?

«Quiero decir que sí».

«¿Pero?». Una sensación de miedo me invade. Nonna tiene razón. No me expondré a una situación de la que sé que saldré herida porque sé que no se quiere enfrentar a su padre o porque teme perder oportunidades profesionales. Eso es historia conocida.

«Pero quiero decirte algo. Esta noche, cuando vuelva. Probablemente llegue tarde. Pero por favor, espérame ¿sí?».

«¿Y luego?».

«Luego decides».

«Te queda claro que probablemente no seré la primera, ¿no? Que es muy probable que no obtenga el papel, lo que, según tus planes profesionales, podría ser una distracción».

«No estar contigo termina siendo más que una distracción».

«¿Cómo?». No sé qué más decir.

«Trata de no quedarte dormida a las ocho treinta en punto, como sucede algunas veces».

«Trabajo duro. Estoy cansada».

Se ríe. «No veo la hora de llegar y verte».

Me apresuro en llegar a la escuela.

Cuando llego a la habitación, Natalya aún no está. Es probable que su vuelo de Maine a Nueva York se haya retrasado. No sería raro. Ha caído mucha nieve.

Me siento un poco más tranquila.

El fin de semana con Nonna sí me ayudó a liberar las tensiones y preocupaciones por los resultados. Estaría feliz si lograra obtener uno de los papeles principales. Quisiera no tener que bailar atrás este año. Y siento ansiedad por ver a Nick. Siento ansiedad por escuchar lo que me tiene que decir. Siento ansiedad por ver si somos capaces de superar el dolor y la confusión.

Abro el cajón y saco la mantita en la que me envolvieron cuando mi padre me compró.

Me compró. Sin importar cuántas sesiones llevemos con nuestro psicólogo familiar, aun es difícil aceptarlo. La manta tiene una bailarina rosada con las palabras «Amo bailar».

Y muy en el fondo, sé que si logro arreglar mi relación con Nick, una parte de mí aún necesita probarle a mi madre biológica que se equivocó al pegarme un portazo en la cara; probarle que puede estar orgullosa de mí y que me merezco su amor.

La voy a llamar si no contesta mi carta. La voy a ir a ver. Solo quiero otra oportunidad.

CAPÍTULO 18 - NICK

«¡NICK!», GRITA MI PADRE desde la sala. Él y Mamá decidieron que tenían que pasar al menos treinta minutos juntos todas las noches, sin ningún tipo de distracción, lo que significa que no puede leer su *Wall Street Journal* o usar su BlackBerry, y Mamá no puede estar pensando en otra cosa.

Ellos hablan.

Algunas veces, pelean.

Una vez, incluso los vi besándose.

Me hacen pensar que quizás lograrán que funcione.

«¡Nick!», vuelve a llamarme y su tono de voz no refleja felicidad. Nada de felicidad.

Tomo mi bolso y me dirijo hacia él. «Voy».

Asomo la cabeza. Papá está sentado en el sillón de cuero con un martini en una mano y su iPad en la otra. Mamá no está cerca. Raro.

«Me gustaría que llevaras a Liz al evento de caridad de la próxima semana».

Las noticias se saben rápido en el mundo de los negocios. Quizás aparezca en los teletipos del canal Bloomberg en la emisión de esta noche. «El hijo del magnate rehúsa seguir siendo utilizado».

Despejo mi garganta y clavo mis ojos en los de mi padre. «No voy a salir con Liz».

«¿Y por qué?».

«Porque no quiero».

«Hablas como un niño de cinco años».

«Y tú hablas como si no me hubieses escuchado. No voy a salir con ella. Esto se acabó».

Mi padre se levanta y nos encontramos frente a frente, como debería haberlo hecho hace años. Pero soy un cobarde; es mucho más fácil ahora que mi último año en la escuela ya está pagado y que he descubierto un par de cosas en el camino.

«Puedo arruinar tu carrera».

«Y yo puedo arruinar la tuya», respondo. «Si la gente supiera que me has estado chantajeando para que salga con chicas, seguro que tus acciones se desplomarían. Las tuyas, no las mías».

«No tienes idea de lo que estás diciendo». Ya no es tan alto como solía serlo, o como parecía. Tampoco es tan intimidante.

«Y no voy ser parte de tu jueguito. Tienes suerte que no le haya contado a Mamá. No creo que le gustaría la noticia».

«No metas a tu mamá en esto. Especialmente ahora».

«Entonces, ¡no me metas a mí tampoco! Estoy a punto de cumplir dieciocho».

«Como si eso cambiara las cosas. No es así. Si realmente te quisieras ir, ya lo habrías hecho; pero no te quejaste antes de este verano. Se trata de Em, ¿no es así?».

«No metas a Em en esto».

«No tienes idea de nada. De nada. Te dije que te alejaras de la familia Moretti. ¡Tienes que alejarte de ellos!».

«El papá de Emilia vino hace dos semanas».

«Él y yo teníamos asuntos que discutir».

«¿Por qué no puedes ser más como él?».

Mi padre retrocede y sacude su cabeza. «Realmente, no entiendes nada. ¿Por qué crees que lo despedí?».

«Porque no estuvo dispuesto a jugar sucio».

«Porque sí jugó sucio».

«¿Jugó sucio?"», repito sin creer una sola palabra de lo que dice el tramposo de gran categoría de mi padre. Fue él quien vendió acciones casi ilegales a un grupo de jubilados.

Está a punto de irse preso.

«No me importa si me crees o no. Lo que importa es que no quiero que sigas viendo a Emilia. No quiero que te juntes con Roberto. No quiero que pases tiempo en el restaurante de esa familia. ¿No me quieres seguir ayudando? Bien. Pero es mejor que me hagas caso en esto».

«¿Por qué?».

«Porque yo lo digo».

«No tiene ningún sentido». Cruzo mis brazos sobre mi pecho y lo miro fijamente, sin dar un paso atrás. Frunce el ceño y suspira ruidosamente.

«¿Siquiera estás escuchando lo que te estoy diciendo?». Papá se inclina sobre su escritorio. «¿Escuchaste algo de lo que dije?».

«¿Tú me estás escuchando? Lo echaste a perder, Papá. Echaste a perder muchas cosas. ¿Y para qué?».

«Protejo a esta familia. He hecho todo lo posible por proteger a esta familia».

Doy un paso al frente. Ahora estamos cara a cara, pero no voy a subir la voz. Voy a usar la voz de hierro. «Casi pierdes completamente a esta familia. Mamá quería dejarte. Pasé más tiempo con los Moretti que con ustedes. A ti solo te importan tus negocios. Al menos, con los Moretti...».

Levanta sus manos. «Deja de hablar de lo que no sabes».

«Te repito: sí sé. Pasé las fiestas con ellos. He pasado domingos y tardes con ellos, he cenado con ellos». Sin contar las veces que el papá de Em dejó claro que no era bienvenido y que solo me toleraba por su familia.

«Y esto tiene que parar. Tienes que alejarte de los Moretti. Concéntrate en eso que llamas tu carrera. Lo que quiera que eso signifique».

«No me estás dando ninguna razón para alejarme de ellos», digo para presionarlo.

«No tengo que darte razones. Soy tu padre».

«Cuando te conviene». Me encojo de hombros, sabiendo muy bien cuánto le molesta cuando lo hago. Él cree que no me importa cuando lo que realmente estoy haciendo es tratar de protegerme.

«No tienes idea de lo que he hecho».

«Sé que mentiste. Sé que me manipulaste. Sé que me usaste. Sé que hiciste llorar a Mamá y que hiciste que yo deseara ser adoptado».

Se pone pálido y cierra los puños. «Te tienes que calmar, Nick».

Suelto un risotada. «¿Por qué? No me puedes despedir. Y no te tengo miedo».

Respira hondo y exhala con ruido. «Lo voy a decir por última vez: aléjate de ellos. ¿Es tan difícil de entender?».

«Si no me das razones para hacerlo, entonces sí; es bastante difícil de entender».

«¿Quieres razones? ¡Bien! ¡Te daré razones!». Ahora mi padre grita. Nunca lo hace. La calma es su marca registrada, su firma. «Toda la historia sobre la adopción de Em no es cierta. Lo que dijo sobre Claire y su intento de venderla es mentira. ¿Quieres saber más? El padre de

Em fue quien falsificó los documentos relacionados con esas acciones que casi me hacen perder mi trabajo. Tiene muchos más problemas de lo que crees». Se mira las manos antes de fijar sus ojos en mí. «No quiero que te juntes con ellos. Te mereces personas mucho mejores que ellos y eso no tiene nada que ver con que ya no tengan dinero. Cuando Dino engañó a esos jubilados, perdió todo mi respeto».

Quedo con la boca abierta.

«¿De qué estás hablando?», digo. «¿Qué es lo que estás diciendo?».

«Lo que digo es que toda historia tiene varios matices; ustedes dos se tienen que olvidar de lo de la adopción de Em. Lo que digo es que el padre de Em estuvo en malos pasos el año pasado y fue por eso que tuve que despedirlo. Amanda no sabe nada de esto. Solo tu mamá y yo sabemos de esto».

«¿Por qué no dijiste nada sobre la adopción de Em? ¿Por qué no me contaste?».

«Porque no me corresponde hacerlo», responde mientras mi ojos se clavan en los suyos. No doy mi brazo a torcer.

«Papá». Con solo decir esa palabra, él me mira por algunos segundos antes de sentarse en su sillón de cuero.

«Bien, porque no me corresponde decirlo y porque Dino y yo acordamos ciertos temas cuando lo ayudé con los papeles. En ese entonces, es probable que me haya ayudado a ganar un poco más de dinero en un negocio gracias a información interna que él obtuvo en una reunión, pero eso está en el pasado. Nunca más usé ese sistema».

«No te creo. No tienes corazón. No tienes un maldito corazón. Em ha estado lidiando con la idea que su madre intentó venderla, ha hecho muchos esfuerzos para lograr impresionar a su madre biológica, a sus padres y a mí». Mi voz se quiebra con la última palabra. Despejo mi garganta. «Ustedes me están matando. ¿Realmente todo es un juego para ustedes? ¿Se trata solo de dinero?».

Mi padre se encorva. Se fue toda la elegancia y la postura imponente; se le nota la edad y se ve cansando. «Todo giraba en torno al dinero hasta que tu madre me dio el ultimátum. Lo estoy intentando, Nick, pero no puedo aceptar que te involucres con esa familia. No si peligra todo aquello por lo que tanto me he esforzado. No, si nuestras vidas están en peligro».

«Que yo esté con Em no cambia nada».

«Lo cambiará todo. No te va a dejar avanzar. El padre de Em no va a dejar que tengas una relación con ella».

«¿Por qué?»

«Porque no quiere que ella se entere de lo que te acabo de decir».

«Ella tiene que saber. Se ha esforzado tanto con todo».

«Él no lo va a permitir. Y yo tampoco. Puedes decir que soy un imbécil o lo que sea, pero no voy a dejarte perder tiempo ni energía en ella. Ella no es para ti. Su familia está hundida en deudas, están llenos de problemas. El papá de Em ha intentado volver a la empresa, pero no puedo permitir eso. Y no voy a dejar que te use».

«No todos quieren dinero. No todo el mundo sueña con ser como tú».

«¡Dino sí! No tienes idea. Y no vas bajar a ese nivel. Tienes que salir con chicas de nuestro círculo. ¿Qué va a pasar cuando te des cuenta que eso del baile no te llevará a ninguna parte? Cuándo te des cuenta que solo lo haces para desafiarme... Confía en mí, Nicholas: desafiar a tu propio padre no funciona por mucho tiempo. Eso lo tengo claro». Echa un vistazo a la foto familiar que está sobre la chimenea. «No cometas los mismos errores que yo cometí, Nicholas. Aprende de ellos».

«Como sea. Te casaste con Mamá. Y no tenías tanto dinero como ella. Nada».

«¿Y somos felices?», tose. «Y es distinto. Vengo de buena familia. Sin duda, nuestra fortuna no era tan grande como la de tu madre, pero seguíamos siendo de la alta sociedad. Además, yo tenía un buen título que me llevaría a alguna parte. De todas formas, no pienses en el matrimonio ahora, hijo. Solo tienes diecisiete años. Tienes que explorar tus opciones».

«¿Qué vas a hacer si decido tener una relación con Em?».

«¿Sabes quién está pagando al escuela de Em ahora?».

«Los padres de Em», respondo, haciendo una mueca perfectamente consciente de lo que quiere, sin creer que cumpliría con sus amenazas.

«No. Yo».

«No puede ser».

«¿Quieres apostar?».

Lo miro, observándolo. Y a pesar de la rabia, de la creciente rabia en mi interior, lo recuerdo implorándole a mi madre que no lo dejara, lo recuerdo en un evento de caridad hace tres años dándole su abrigo y sus zapatos a un indigente que la organización no quería dejar entrar porque no se veía como la gente de la televisión que ya estaba ahí, lo recuerdo riéndose conmigo en una de mis fiestas de cumpleaños. Me sentía mal y se quedó conmigo, en vez de irse a trabajar. ¿En qué momento fue que todo cambió? ¿Cuándo fue que se puso tan frio que ya ni siquiera parece la misma persona?

Suspira. «Nicholas, ¿quieres apostar?».

No quiero que Em sea objeto de apuesta. No existe ninguna forma que ponga en juego el futuro de Em, pero él no tiene por qué saber que le estoy fanfarroneando. No tiene por qué saber que le estoy mintiendo en la cara en este instante, porque si llegara a tener la remota intención de terminar con el suministro de dinero, estoy dispuesto a hacer lo que me pide. Lo haré. Por ella.

Pero tengo que creer que no le haría eso a Emilia, porque no existe forma de que mi padre se haya convertido en un monstruo sin corazón. Puede ser un imbécil que no me entiende, que me utiliza, pero no puede ser malo.

«¿Nicholas?». Su voz es fuerte y segura, pero parte de mí sabe que miente. Quizás es por la forma en que sus ojos dejan de mirarme para clavarse en la puerta, o quizás es por la forma en que se masajeó la nuca: una vez.

Confío en mi instinto. «Lo haría». Cruzo mis dedos para que no se dé cuenta de que me retuerzo.

Suspira. «Solía alardear bastante bien, pero parece que ya no. Tendría que cortar tus fondos sin dudarlo, pero no los de Emilia. Ella no tiene ninguna culpa en todo esto». Sonríe y me desordena el pelo como solía hacerlo y, por un segundo, me imagino que nos llevamos bien otra vez, me imagino que tenemos algo parecido a una vida. Pero luego se pone serio otra vez. «Vas a hacer lo que te plazca. Pero te advierto que Dino no va a estar feliz con esto».

«A él tampoco le corresponde decidir». Mi voz es decidida y cuando salgo de la casa me siento infinitamente más fuerte.

CAPÍTULO 19 - EM

HAGO GRANDES esfuerzos para mantener los ojos abiertos. Me estiro, escucho una lista de canciones de los ochenta en Pandora. Esta lista de música siempre me recuerda los buenos momentos que sí tuve el verano pasado; el baile que hice con la colección de Madonna de Mamá. Trato de pensar en nuevas recetas de postres para el restaurante de Nonna. Algo con chocolate. Siempre chocolate.

Reviso mi teléfono cada cinco segundos, reviso las puntas de mi pelo, reviso el rincón de Nata como si ella fuera a aparecer mágicamente. Seguro que cancelaron su vuelo. Está atrasada y debe estar histérica. Le envío un mensaje de texto, pero no responde.

Tengo unas ganas incontenibles de marcar el número de Nick, pero no quiero hacerlo. No quiero ser yo quien lo busque. Otra vez.

¿Dónde está?

Intento mirar algo en línea, pero no me puedo concentrar.

Y luego alguien llama a la puerta.

«¿Nick?», digo, pero es Jen quien abre la puerta. «¿Qué quieres?». Ni siquiera me sale el tono agradable con ella.

«Quería hablar con Natalya, pero no contesta el teléfono».

«¿Desde cuándo que hablas con Nata? Ni siquiera sabía que tenías su número de teléfono». La miro inquisitivamente ¿Qué traerá entre manos?

«Bueno, parece que no lo sabes todo. Se suponía que Natalya me ayudaría con algo. Como sea... ¿Sabes algo de ella?». Cruza los brazos sobre su pecho.

«Estoy segura de que su vuelo se atrasó. Aun no vuelve».

Jen estira el cuello como para ver si estoy mintiendo o no. «Supe que impresionaste mucho al jurado en la audición». Parece que no le sorprende en lo absoluto, lo que resulta casi difícil de creer.

«Estoy segura que todos lo hicimos», respondo. No tengo ningunas ganas de hablar con ella. No cuando se supone que Nick debería estar aquí. No si se supone que finalmente tendré una conversación con él. No si creo que quizás, solo quizás, finalmente tengamos una nueva oportunidad.

Hay conmoción en el pasillo y la risa de Nick explota. Habla con su compañero de habitación: dice algo sobre volver más tarde esta noche.

Jen se pone la mano en los labios. «Se ve bien hoy. Me parece que nos viste el otro día».

«¿Te refieres a cuando te ayudó con tu coreografía y trataste de besarlo? Sí; los vi. No entiendo por qué insistes».

«¿Por qué lo haces tú?».

Pregunta válida. «Porque cuando teníamos catorce años y Matt terminó conmigo en frente de toda la clase por dar besos torpes, lloré por varias horas. Nick esparció el rumor que estábamos saliendo y él era la razón por la que había terminado con Matt». Sonrío al recordarlo. «Porque una semanas después, convenció a Roberto que me dejara jugar con ellos cuando tuve una pelea con mi mejor amiga y no tenía a nadie con quien juntarme. Porque hace dos años, hablamos toda la noche y nos reímos todo el día en los Hamptons».

Se pone pálida. Nick está cerca de mi puerta y frunce el ceño cuando la ve; me encojo de hombros y la miro fijo. «Porque el verano pasado fue el mejor y el peor verano de mi vida, y ya no quiero tener miedo».

Jen se ríe disimuladamente. «Tu discurso es bastante bueno. Pero recuerda: Nick quiere ser una estrella. No querrás impedirlo». Da media vuelta y si no fuera porque sus hombros se caen, casi me hubiese parecido que lo que dije no le molestó. Jen jamás camina con los hombros caídos. No es su estilo. A pesar de todo lo que pasó y lo mala que fue conmigo, una parte de mí siente lástima por ella. Nonna dice que hay dos tipos de gente mala: las que encuentran placer al diseminar negatividad y a las que la maldad las destruye, pero que no saben cómo cambiar. Quiero creer que Jen pertenece a la segunda categoría.

Me quedo en la puerta y no puedo dejar de mirar a Nick. Aun lleva puesta su chaqueta y sus botas están mojadas. Lleva puesto su sombrero y, al verlo, me derrito.

Tiene una leve sonrisa en su rostro y apenas se pone frente a mí me empuja al interior de mi habitación para evitar las miradas curiosas. El toque de queda comienza en dos horas más y si uno de los asistentes de los profesores o de los inspectores está de ronda y lo ve aquí, podría meterse en muchos problemas.

«Estás fría», dice mientras me besa la punta de la nariz.

«Trajiste nieve», susurro, aunque no haya nadie más en la habitación. Estamos solos los dos.

«Hay muchas cosas que quiero decirte. Tantas cosas», dice. «No te puedo besar antes de contártelo todo».

Mi corazón se aprieta. «Déjame hacerte tres preguntas y luego vemos si nos besamos antes o después de hablar».

Se ríe. «Tan pragmática».

«Uno de los dos tiene que serlo. Primera pregunta: ¿Me quieres dar un beso?».

«Sabes que sí».

«Segunda pregunta: ¿Quieres estar conmigo?».

«Sabes que sí».

«Tercera pregunta: ¿Quieres que lo intentemos en serio? ¿Sin mentiras?».

«Sabes que sí».

Mi corazón siente tal nivel de felicidad que no sé si va a explotar. Lo acerco a mí, ya sin preocuparme del frío, y esta vez hay tanta pasión cuando nuestros labios se acercan que me sorprende no incendiarme.

No hay dudas. Una de sus manos aprieta mi zona lumbar y sus labios bajan a ese punto de mi cuello que conoce bien. «Te extrañé», dice. «Te extrañe tanto».

Inclino la cabeza para darle más acceso y quiero sentirlo aún más cerca. Mucho más cerca.

Pero alguien golpea a la puerta y nos congelamos.

«Si es Jen otra vez, la voy a matar».

«Aún tenemos una conversación pendiente», susurra Nick.

«Emilia. Emilia, soy yo, Svetlana. ¿Estás ahí?».

«¿Qué está haciendo ella aquí?». Sacudo mi cabeza. «Un momento».

«Si lo que te preocupa es que Nick esté ahí contigo, eso no importa; el toque de queda aún no empieza. Está bien». Abro la puerta.

«Tenemos que hablar, querida».

Normalmente, Svetlana está muy bien vestida, muy arreglada, pero ahora está con pantalones deportivos y un sweater grande de NYC. No lleva puestos sus lentes de contacto, sino unos lentes gruesos, y su pelo negro está desordenado. Un golpe de miedo me aprieta el corazón.

Svetlana parpadea rápido, como si intentara no ponerse a llorar. «Natalya tuvo un accidente. Su padre murió y ella está en coma».

CAPÍTULO 20 - NICK

MIERDA.

Pongo un brazo alrededor de Em, que se pone a temblar. No sé si es por el frío que entró o por la noticia sobre Natalya.

Em se voltea a verme con voz ahogada. «No tiene sentido. Nata está bien». Se voltea hacia Svetlana. «Nata tiene que estar bien». Su voz llora y yo me siento abrumado. Vi a Nata el viernes. Todos sabíamos que ella seguramente obtendría el papel principal en el espectáculo. Todos sabíamos que la descubrirían, si es que ya no lo han hecho, y que empezaría su carrera incluso antes que nosotros. Todos sabíamos que Nata tenía un talento nato para la danza; por la danza respiraba y sangraba.

Svetlana me toca la mano rápidamente antes de abrazar a Emilia. Ahora ella también llora y su voz tiembla. «Fue un accidente grave. El tío de ella nos llamó. Su padre no sobrevivió y ella tiene fracturas graves, y aun no saben si podrá caminar otra vez. Ni hablar de bailar».

Emilia se apoya en Svetlana por unos segundos sin decir palabra. «¿Qué puedo hacer?», pregunta. «Estoy segura de que hay algo que podamos hacer. Ella amaba tanto a su padre. No lo entiendo. No tiene sentido», dice nuevamente y se apoya en mí. Emilia es muy sensible. Sensible con todos. Odia mostrarlo, pero lo es. Incluso, cuando éramos niños, luchaba por las víctimas de burlas y hacía tarjetas de San Valentín para los niños a los que todos rechazaban. Y ahora, estoy seguro de que también piensa en su propia abuela y la forma en que le ha afectado casi perderla. No quiere eso para Nata.

«La escuela organizará algo. Solo quería que te enteraras por mí antes de la asamblea de la escuela de mañana».

«¿Por qué no se suspende la asamblea de mañana?».

«Porque vamos a tener más información sobre el estado de Natalya mañana y tomaremos una decisión entonces».

«El show sí debe continuar», digo, dejando un amargo sabor en mi boca. «Tienes que darle a Nata una oportunidad».

«Como dije, sus heridas son graves».

«Si no puede bailar, ya no tendrá motivos para vivir», susurra Em. «Nada», aprieto su mano.

«Lo sé», me responde, y recuerdo que Svetlana conoce a la madre de Nata y lo sabe protectora que ha sido con ella. Svetlana no haría nada que dañara a Nata, salvo que realmente tuviese que hacerlo. No fue su decisión. Debe ser algo que vino de arriba.

Esa gente tiene la decisión final.

Svetlana se seca las lágrimas. «Ella es fuerte. Natalya es fuerte y no sabemos lo que sucederá. Quizás los doctores están equivocados y se recupere rápidamente». Sacude su cabeza. «Esto ciertamente cambia todo», balbucea antes de darle otro abrazo a Em. Esta vez, no se detiene. Es como si tratara de recuperarse y poner distancia entre ella y los sucesos; casi como si le afectara más de la cuenta.

«Por favor, no le digas nada a nadie todavía. Quería que fueses la primera en saber, pero...», toca su reloj antes de subir al mirada. «Pero algunos no estuvieron de acuerdo con que recibieras trato especial».

«¿Especial?», me apresuro a decir. Esas sí que son patrañas.

«Como sea, los veo mañana». Sus ojos se clavan sobre los míos y los de Em varias veces. «¿Saben que no pueden estar en la misma habitación después de la hora del toque de queda, no?». Lo dice lentamente, como si quisiera asegurarse que entendemos lo que dice.

«Lo sabemos», respondo. Svetlana asiente y nos deja solos.

Tomo el rostro de Em entre mis manos, acariciando su mejilla con el pulgar.

«No lo puedo creer», dice. «Aquí estoy, preocupada sobre nosotros, sobre cómo decirte que quiero estar contigo, sobre cómo decirte que no quiero que lo nuestro sea pasajero, mientras Natalya está en una cama de hospital. ¡Y su padre está muerto!». Sus ojos se abren y hay pánico en su voz. No sé qué hacer. Hay tanto que tengo que decirle, tantas cosas que quiero compartir con ella. Podría esperar, podría esperar un mejor momento, puedo esperar el momento en que no esté abrumada, pero hay algo que me hace decirle ahora.

No puedo iniciar nuestra relación omitiendo la verdad. Me masajeo la nuca y siento que se pone tensa.

«¿Qué pasa?», pregunta.

«¿Qué?», respondo.

«Hay algo que te preocupa. Siempre pones esa cara cuando estás a punto de decir algo que crees que me puede herir». Suena cansada, como si la noticia sobre Natalya le hubiese dejado vacía.

«¿Por qué no te sientas?».

Levanta una ceja; yo le enseñé ese gesto y odio cuando ella me lo hace. «¿Por qué simplemente no me dices qué es lo que sucede?».

«Es sobre mi papá. Tengo mucho que contarte. Mucho. Dijo algo sobre tu madre biológica».

«¿Sobre Claire?».

«Dice que hay mucho más detrás de todo esto; que no sabes todo». Me guardo los detalles sobre su papá porque aún no estoy seguro que mi querido Papá haya dicho la verdad al respecto. La sociedad parece ser un nido de serpientes en el que todos tratan de destruirse. No dice nada. «¿Em?».

«¿Qué quieres decir?».

«Me dijo que hay más sobre esa historia de lo que nosotros sabemos. Aparentemente, tu mamá no intentó venderte como dijo tu padre. Aparentemente, es mentira».

Em parpadea rápido, pero las lágrimas caen sobre su rostro. La abrazo. Aun no dice nada y eso me vuelve loco. Entre Natalya, las audiciones y esto, no estoy seguro de cómo se siente.

Mete su cara en la base de mi cuello, respirando despacio para tratar de calmarse. Después de unos segundos, se incorpora y me mira. «¿Qué otra cosa? ¿Qué más hay? ¿Puede todo esto ser peor? ¿Sabes cómo me sentí cuando Claire me rechazó en el verano?».

La abrazo más fuerte, esperando aliviar su dolor con mis brazos, esperando poder protegerla de la tristeza que percibo en su voz, esperando que juntos podamos ser más fuertes.

Echa la cabeza hacia atrás y me mira a los ojos. «Sentí que yo no importaba. Como si yo fuera el peor error de su vida. Como si me odiara». Traga saliva. «He hecho suficiente investigación para saber que algunas madres biológicas realmente no quieren saber nada de sus hijos, pero esa mirada en sus ojos me hizo sentir como si le hubiese robado algo. Me sentí devastada. De alguna forma, enterarme que hay más detalles sobre todo esto es un alivio porque quizás eso explique mejor los motivos de su actitud, pero también resulta atemorizante porque todo se puede poner aún peor». Se deja caer sobre la cama y me acerco a ella. «¿Y cómo puedo saber? Ella no me habla. Tu padre tampoco nos dice mucho. Y yo ya no sé tampoco cómo hacerle preguntas a mi padre. Ha estado tan retraído desde el verano. ¿Te dijo algo Roberto?».

«¿Qué?».

«Mi papá casi no está en casa. En la noche. Está trabajando como asesor financiero para una pequeña firma. Ya no tiene reuniones tarde en la noche con grandes empresarios o lo que sea que hacía».

«Quizás esté relacionado con el trabajo. ¿Habla mucho de su trabajo?».

«No, y todo esto comenzó cuando Nonna tuvo su ataque. No sé qué es lo que está pasando».

Rob no me dijo absolutamente nada y no puedo creer que Em también haya guardado silencio al respecto. «¿Por qué no me contaste?».

«Porque pasamos casi un mes sin hablarnos, tres meses fingiendo hablar y el resto del tiempo coexistiendo. Ya no sabía cómo hablarte».

«¿Y ahora?».

«Que no supiera cómo hablarte, no significa que no quisiera hacerlo...», susurra. «Cuando le dio el ataque a mi Nonna, tú fuiste la primera persona a la que quería llamar».

«Me llamaste».

«Lo sé, y tú me apoyaste. Me escuchaste y me dejaste llorar y no me dijiste que todo estaría bien porque no lo sabíamos».

«Y al día siguiente, me ignoraste».

«No sabía cómo comportarme cerca de ti».

Junto mis dedos con los suyos. «Tengo tantas cosas que decirte, tantas cosas que explicarte».

Posa su cabeza sobre mi hombro. «Pero no ahora». Su voz expresa cansancio y tristeza.

«No ahora».

Nos quedamos abrazados sin decir palabra, sin besarnos, sin hacer nada más que apoyarnos mutuamente hasta el toque de queda.

CAPÍTULO 21 - EM

SI BIEN NICK DEJÓ mi habitación justo antes del inicio del toque de queda, no significa que dejamos de hablar: chateamos casi toda la noche. Fue como si estuviésemos intentando recuperar todos los meses en que estuvimos a un *arabesque* de distancia.

Creo que no estaba lista para dejar todo atrás; estaba demasiado angustiada por haber descubierto que mi madre no quería tener nada que ver conmigo. Él estaba demasiado absorto en lo que sea que estaba haciendo... Quiero saber y quiero escuchar sus explicaciones, pero no soy estúpida. Nos herimos mutuamente el verano pasado. Mi corazón estaba maltrecho, pero estoy bastante segura que haberlo rechazado tampoco fue fácil para él.

Pero esta noche no se trataba de nosotros. No se trataba de nuestra relación, o de Claire Carter y todas las mentiras. Se trataba de Natalya y de su accidente, y de lo que sucedió, y sobre las razones por las que no podemos encontrar nada en concreto. Hasta ahora, solo hubo un pequeño artículo sobre el accidente que se centró solo en la muerte de su padre. Mi pecho se contrae y, otra vez, respirar profundo parece imposible.

Miro su lado de la habitación y no dejo de preguntarme cómo se siente, cómo está y cómo la puedo ayudar.

Me preparo con mayor lentitud de la normal. No quiero contestar preguntas sobre la ausencia de Natalya antes de la asamblea.

No quiero ver la mirada de lástima que tendrá la gente porque ella no está. Porque no obtendrá el papel que todos saben que debería tener.

Mantengo la mirada fija en el suelo mientras me dirijo al comedor, pero Jen me detiene. «¿Supiste?». Su voz no expresa triunfo ni lástima, solo temor y tristeza. Jen y Natalya nunca fueron amigas, pero Jen sí habló con Natalya un par de veces sobre ensayar juntas. Lo hizo parecer como si pudiese ayudar a Nata cuando claramente era ella la que podría haber aprendido algo. Quizás, eso era lo que iban a hacer anoche.

«Supe, y supongo que toda la escuela también supo».

«Es terrible. Qué cagada», dice y la miro sorprendida. Jen nunca dice groserías. Nunca jamás.

«Lo sé», respondo.

«Deberíamos hacer algo. Deberíamos pedir que pospongan los resultados de la audición hasta que sepamos exactamente cómo está, si es que se puede unir otra vez».

«¿Por qué haces esto?», no puedo evitar preguntarle.

«Porque es su vida. Porque es mi vida. Porque si me hubiese sucedido a mí, no sé lo que haría». Inclina la cabeza hacia un costado, como si me estuviese evaluando. «¿Sabes por qué algunas veces te odio?».

«¿Algunas veces?».

Jen sacude su cabeza. «No tiene nada que ver con Nick. No tiene nada que ver con él», repite cuando pongo una cara. «Se trata de ti. Es que bailas por las razones incorrectas».

«¿Eh?».

«Has estado en la misma escuela por años. Te he visto bailar. Te he visto ensayar. Eres increíble y ni siquiera te importa. No sientes todas las emociones cuando arqueas tus brazos, o

cuando se supone que la música te debería transportar. No bailas con el corazón, y eso me mata porque moriría por tener tu técnica».

Creo que alguien inclinó el universo sobre su eje. Tengo que llamar a Roberto para preguntarle si se produjo algún evento natural que hiciera posible este momento.

«Amo la danza».

Jen aprieta los labios. «No lo entiendes, ¿verdad? Yo vivo para bailar. Como Natalya. Tú, no». Se voltea antes de que pueda contestar y se sienta sola en una mesa. Está equivocada. No puede estar en lo correcto. Amo bailar. Realmente amo hacerlo. Es lo que hago. Es quien soy. Si fuera cierto, ¿qué diablos estoy haciendo?



LA TOTALIDAD DEL CUERPO estudiantil sabía sobre el accidente automovilístico de Natalya antes de la asamblea general. La gente susurra, compadece. Sin embargo, algunos solo se preguntan qué pasará con el espectáculo.

Todos creen que Jen va a obtener el papel principal, pero una chica se acerca y me dice que espera que sea yo.

No puedo pensar más allá de buscar la forma de ayudar a Natalya, intentando hacer que la escuela cambie de opinión respecto del espectáculo y su papel; sobre esperar.

El casting se va a publicar a las seis de la tarde en el pasillo principal, inmediatamente después de la clase de Historia.

Nick me espera a la salida de la sala de clases. «La gente está totalmente loca», dice tomando mi mano en la suya. Toma mi mano frente a todos, sin que le importe quién nos vea, sin que le importe que alguien pueda contarle a sus padres, a mis padres o a mi hermano. Me fijo en nuestras manos juntas. Se siente tan bien. Nunca tomó mi mano así cuando nos encontrábamos con mucha gente conocida durante el verano pasado, cuando decidimos ser amigos con ciertos beneficios por un tiempo limitado. Algunas veces el secreto era emocionante, pero la mayoría del tiempo era opresivo.

Se inclina hacia mí. «¿Estás nerviosa?».

«Siento que quiero vomitar, pero no sé si es por los resultados sabiendo que Nata no estará en primer lugar, como debería ser, o porque sé que tengo que hablar con mi papá tan pronto como sea posible».

«¿Hablaste con Rob?».

«Aun no. Está superocupado preparando la postulación a un premio. Su profesor quiere que postule al Premio Greenberg para físicos jóvenes».

Kayode le da un golpecito a Nick en el hombro. «¡Vaya, vaya, vaya! ¿No es ese Nick Grawski de la mano con una chica?».

«Sé que te gustaría que estuviese de la mano contigo», bromea Nick. Kayode habló tan fuerte que algunos se dan vuelta a mirarnos, incluida Jen. Se queda mirando nuestras manos entrelazadas sin decir una palabra y luego se desliza en medio de un grupo de estudiantes hacia la pizarra.

Más y más gente nos mira.

No quiero hacerme ilusiones.

No quiero llenarme de sueños.

No quiero sentir que quizás, solo quizás, Nick tenga razón y que me darán el papel. Sería por el accidente de Nata y eso no parece justo.

Pero una pequeña parte de mí se entusiasma con la idea de que el papel sea mío y que Nick y yo pudiésemos protagonizar el espectáculo y que todo el mundo estuviese tan orgulloso de mí; que por una vez, sabría a qué lugar pertenezco.

Y luego Jen grita «¡Sí!», con su puño en alto.

Mis esperanzas caen despedazadas y se me hace un nudo en el estómago.

No soy lo suficientemente buena. Simplemente no soy lo suficientemente buena.

La gente murmura alrededor de nosotros. La mano de Nick aprieta la mía. Mis ojos recorren la lista y me siento feliz de ver que su nombre está junto al papel del Príncipe Encantador.

Mi nombre no aparece.

Al menos no en los primeros lugares de la lista.

Está más hacia el final. Ni siquiera logré obtener uno de los roles principales. Trabajé tan duro. No lo entiendo.

Pero Nick vuelve a señalar la parte superior de la lista.

Suplente de la Bella Durmiente: Emilia Moretti.

Voy a estar aprendiendo junto a Jen.

CAPÍTULO 22 - NICK

ESTÁ AHÍ PARADA, completamente congelada. Y no sonríe. Se voltea a verme y susurra: «¿Y ahora qué?»

«Ahora nosotros, tú y yo, le mostraremos al mundo lo jodidamente talentosa y maravillosa que eres».

Su dedo apunta al renglón en el que aparece su nombre. «No tiene sentido», dice. «¿Por qué me pusieron como suplente de Jen?».

Emilia se pone tensa. Estoy seguro de que no es su escenario ideal, pero significa que la escuela tiene suficiente confianza en ella, suficiente confianza en sus habilidades como para permitir que ella protagonice el espectáculo si algo le llegara a pasar a Jen. Ser suplente durante los primeros años significa que la están preparando para un gran rol para el siguiente año.

Sus hombros se caen por algunos segundos, pero luego se endereza. «Nonna va a estar desilusionada. Y mis padres. Gastan miles de dólares en mi educación, para que yo esté acá, y así es como se los pago». Suspira entremedio de toda la gente que nos rodea; no es el momento de decirle que sus padres no están poniendo un centavo en su educación ahora. «Estoy feliz por ti», dice con una sonrisa genuina. Toma mis manos en las suyas y todo parece más real: ella, yo, nosotros, el papel. «Vas a estar increíble». La llevo fuera de la multitud.

«¿Qué pasa?», pregunto.

Le da una rabieta. «Nada».

«Algo sucede cuando aprietas los labios así. Solo lo haces cuando estás reprimiendo algo. No reprimas nada».

«Es que... entendería que ahora no tengas tiempo para... ya sabes...», dice tartamudeando. Y luego suspira con ruido. «Nosotros. Si decides que no tienes tiempo para nosotros».

«Es una broma, ¿verdad?».

«No es gracioso».

«No me interesa si eres la primera o la última del espectáculo. Eres talentosa, pero eres mucho más que eso». Paso mi dedo por su mejilla. «Me gusta la forma en que te preocupas del resto; me gusta la forma en que siempre encuentras una razón para sonreír; me gusta la forma en que me haces sentir».

«¿Y cómo te hago sentir?».

«Como que si fuera el rey del mundo».

Su sonrisa espontánea me hace sentir eso: que soy el rey del mundo. «No puedo creer que estés citando diálogos de *Titanic*. Dijiste que esa película era la más estúpida que jamás se haya hecho; que ambos cabían perfectamente en esa balsa».

Le guiño el ojo. «Ser suplente no es malo», digo con tono más serio mientras le acaricio el brazo. Se apoya en mí. «Ser suplente significa que creen en ti; que quieren que tú tengas el protagónico el próximo año».

«Sé que tienes razón, pero imaginé un cuento de hadas sobre lo que sucedería, los logros que alcanzaría y el orgullo que todo el mundo sentiría por mí».

«Tienes que estar orgullosa de ti», respondo.

Levanta una ceja. «Tienes que seguir tus instintos de vez en cuando: los consejos que das no son una mierda precisamente».

«Créeme, lo intento».

Me da un codazo. «Felicitaciones por obtener el mejor papel. Sabía que lo lograrías». Mira hacia el suelo y luego me mira a mí. Hay tantas cosas reflejadas en sus ojos: preguntas y deseo. «Entonces... ¿tú y yo?».

Me inclino y la beso. No es el tipo de beso que quiero darle, pero es un comienzo. Hay algunas personas que chillan en el fondo, pero no me importa, y parece que a ella tampoco. Sonríe con sus labios en los míos. «Te encanta contestar preguntas con demostraciones y eso me gusta mucho». Se muerde el labio. «Sigo sin poder creer que Nata no esté en la lista. Sigo sin poder creer que no logrará estar en el espectáculo. Intenté llamar a su mamá, pero no contesta. No tengo el número de su tío y no sé cómo averiguar cómo está».

«Le preguntaremos a Svetlana. De seguro sabe algo».

Pero Svetlana no sabe nada. Nadie sabe nada. Hay rumores que dicen que el papá de Natalya estaba deprimido y que tal vez lo que sucedió no fue un accidente.

Y Em defiende a Natalya recordándoles a todos lo mucho que Natalya deseaba esto y que nadie debería estar diciendo las cosas que dicen sin saber.

Y luego, otra vez deja mensajes de voz de los que no recibe respuesta.

CAPÍTULO 23 - EM

NO LO PUEDO CREER.

No puedo creer que sea suplente. No es el papel que quería y no es el papel que haría que todos me vieran en forma distinta, pero es importante. Sé que lo es. Solo estoy empezando, por lo que era poco probable que obtuviera el papel. Debería estar feliz, debería sentirme extasiada, debería sentir algo más que manos húmedas y garganta cerrada por la ansiedad.

Ni siquiera he llamado a mis padres. Debería. Tengo que contarle a Nonna. Tengo que contárselo a todos.

Echo una ojeada a la habitación: las cosas de Nata están en todas partes. Sus fotos y su ropa, y las tarjetas motivacionales que puso en su tocador.

Como una de Misty Copeland. *Solo intento enfrentar cada oportunidad en escenarios como si fuese la primera y la última...* Eso es precisamente lo que hace Nata.

La foto de su mamá cuando bailó en San Francisco.

La foto de su amiga Becca. Esa a la que solía llamar seguido, pero ya no.

Ella iba a ser la primera. Ella sí sentiría algo. Ella estaría extasiada.

Nick llamó a su mamá para hacerla saber y pude escucharla chillando por teléfono. Su mamá nunca chilla.

Puedo hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Tomo mi teléfono y primero marco el número de Nonna. «¡*Bellissima*!».

Respiro hondo. «¡Hola! Tengo los resultados de la audición».

«Si no lo conseguiste significa que no tenía que ser. Y que son unos idiotas. No te pongas triste».

«No, estoy desilusionada, eso es todo. ¡No lo obtuve!».

«Ay, *bellissima*. Está bien. Sé que querías tanto ese papel. Trabajaste tanto para lograrlo». Por su voz, me parece que está más cansada que la última vez que hablamos.

«No me dieron el papel principal, pero soy suplente de la protagonista. Voy a aprender tantas cosa», respondo y me encojo con la sola idea que tendré que aprender con Jen. Tendré que ver a Jen bailando con Nick todos los días.

«Felicitaciones, *bellissima*. Estoy tan orgullosa de ti». Tose. Y tose. Y tose.

«¡Nonna!». El pánico aumenta. ¿Por qué está tosiendo tanto? ¿Qué le pasa?

Hay sibilancia en su respiración. «Estoy bien. Bien».

No le creo. «Puedo ir a cuidarte esta noche».

«No seas tonta, *bellissima*. Tienes que quedarte ahí y descansar. Estoy segura de que tienes muchas sesiones de trabajo para los próximos días».

«Tú también necesitas descansar. Intentaré ir antes del fin de semana».

«Te amo, *bellissima*, con o sin el papel ¿Entiendes?».

Sus palabras casi me abrazan al través del teléfono. Como si supiera exactamente lo que quiero escuchar. «También te amo, Nonna».

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Tengo que llamar a mis padres para que alguno de ellos vaya a ver a Nonna, pero no voy a poder quedarme callada sobre el asunto de Claire Carter. No lo haré.

Marco el número de Mamá. Contesta de inmediato. «¿Y? ¿Cómo te fue?». Su voz expresa tanta esperanza que me recuerda la razón original por la que tenía que ser la primera.

«No me lo dieron».

«¿Cómo?». Hace una pausa. «Te lo van a dar el año que viene ¿verdad?».

«Sí. Aun me queda el año que viene». Inhalo y exhalo, intentando encontrar un lugar feliz en mi interior. «Pero sí logré ser suplente».

«Eso es bueno ¿no? Quiero decir, que si te eligieron como suplente, significa que vieron algo en ti».

Sé que no lo dice para herirme. Mi mamá nunca quiere herir a nadie; es una de las personas más dulces que conozco, pero sus palabras me ofendieron un poco. Recuerdo que, cuando tenía como ocho años, me contó que siempre había querido ser bailarina y que pensaba que a mí me encantaría bailar, y que lo importante que era que diera lo mejor de mí. Y luego pienso en Claire. Claire, la que me envolvió en esa manta, vestida con ese enterito de bailarina. Y luego en Papá, que me dijo que realmente me tenía que ir bien, porque no hay dinero y la escuela es muy cara. No sé qué va a decir.

«¿Cariño? Está bien. Lo hiciste bien». Ahora trata de reconfortarme, con un tono que incluso suena a disculpa.

«Definitivamente es un paso adelante».

«¿Cómo le fue a Natalya?».

Le cuento lo que pasó con Nata y luego le digo que Nick obtuvo el protagónico. Está tan feliz por él y me dice que el próximo año seré yo. Su emoción me impide decirle que no estoy segura si el baile me sigue haciendo feliz.

«Tienes que contarle a tu padre lo de la suplencia. Va a estar orgulloso de ti».

«Si él no tiene tiempo... no importa».

«¿No tener tiempo para su única hija?». Ella ríe. «No lo creo. Está mirando televisión. Va a estar tan orgulloso. Déjame llamarlo».

«Está bien. ¿Mamá?».

«¿Sí, mi amor?».

«¿Crees que puedas ir a ver a Nonna? Me pareció que no estaba muy bien».

«Por supuesto. Lo haré. ¡Dino!», llama a mi padre. Mi papá, que solía ser mi héroe y que desde que lo despidieron y encontró un nuevo trabajo, se ha puesto cada vez más amargado y menos dispuesto a olvidar y perdonar.

«Hola», dice. Y su voz es dura. «Ya sé lo que me vas a decir».

«¿Qué?».

«Ya sé lo que me vas a decir y no tengo ganas de hablar al respecto».

Me siento confundida. «¿Cómo supiste?», « ¿Te contó Mamá?».

«El padre de tu novio me llamó para contarme que le dijo sandeces al inútil de su hijo».

«¿Qué?». No puedo creer que diga esas cosas. No puedo creer que esté tan enojado. No puedo creer que sea el mismo hombre que hace unos meses cantaba villancicos de Navidad en la mesa con todos nosotros.

«No quiero que sigas viendo a Nicholas».

«Y quiero contarte mi versión de la historia y quiero saber por qué me estás hablando así. Fuiste tú quien me dijo que intentaban venderme. ¿Acaso lo que me contaste fue toda una mentira? Cuando me dijiste que yo era tan importante para ti como lo es Roberto, ¿eso también es mentira?». Respiro hondo. Ese estallido me deja agotada.

«No entiendo por qué quieres saberlo todo. ¿Acaso no te amamos? ¿No somos suficiente para ti?».

«Dino, ¿qué está pasando?». Escucho la voz de mamá de fondo y si hay alguien a la que no quiero herir, es a ella. Ha sido tan solidaria con todo esto que está pasando. Nonna es la que nos mantiene unidos, pero Mamá es la roca que nos mantiene estables. Es la única que puede acceder a Papá.

«Nada, amor».

«Tu mamá no contesta el teléfono. Voy a ir a verla. Dile a Em cuán orgullosa estoy de ella otra vez».

Se escucha un sonido y Papá está al teléfono. «Supongo que corresponde felicitarte». Su voz disminuye en intensidad. Tiene su voz normal, quizás mi éxito compensa mis preguntas.

«Papá, necesito saber».

Suspira. «No, no necesitas saber. Tienes que desistir de todo esto. Por favor».

«¿Es Claire realmente mi madre? ¿No será que me trajiste ilegalmente? Lo entendería si así fuera. Lo entendería, lo juro».

«Voy a colgar, Emilia. No quiero hablar contigo cuando tienes esa actitud. Y déjame decirte otra cosa: no quiero que andes con Nick. Su padre no es buena influencia y la sangre pesa».

«Y quiero saber qué fue lo que pasó. ¡Quiero saber!».

«Quiero que desistas de todo esto. Deja el tema. Y no quiero escuchar a Roberto y a nadie diciendo que estás con Nick».

«¿O qué? ¿Qué vas a hacer, Papá? ¡No puedes hacer nada! No quieres decirme lo que está pasando y no me quieres decir la verdad. ¡No quieres asumir la responsabilidad de lo que sea que hayas hecho!».

Cuelga antes que pueda seguir vociferando.

Por lo tanto, cuando media hora más tarde suena el teléfono y veo que es el número de casa, mi estómago se contrae y mi tono es seco. «¡No voy a dejar de ver a Nick!», grito.

«Ay, Emilia, cariño». La voz de Mamá me atraviesa el corazón. Está llorando y su voz también llora. «Ay, cariño. Lo siento tanto. Lo siento tanto».

«¿Qué está pasando?». Sus palabras casi ni se escuchan y me tiembla todo el cuerpo. Sé por su voz. Mi corazón sabe lo que le me va a decir, pero no quiero creerlo. No quiero escucharlo.

Cierro los ojos.

«Se trata de Nonna, cariño. Se... se nos fue».

Meto la cabeza entre las rodillas, dejando caer el teléfono. Creo que solté un grito sordo. Creo que las lágrimas caen por mi cara. Creo que mi corazón ha perdido un pedazo que no creo que pueda volver a recuperar.

TODO SE DETIENE. TODO se nubla. Si la vida sigue, debería detenerse. No cabe nada más en mi corazón que no sea tristeza y pesar.

Tomo nuevamente el teléfono y lo llevo a mi oreja. «¿Cariño?», dice Mamá, y me doy cuenta de que no hablé por algunos minutos.

«Mmm-hmm». No confío en mis cuerdas vocales. Para nada.

«Tienes que volver a casa, cariño».

«De verdad está muerta, ¿no es así?». La sensación de miedo es sobrecogedora.

«Sí, mi amor. Se fue». Y el tono de voz de Mamá es el mismo que cuando me caí de la bicicleta por primera vez y cuando los niños se reían de mí porque era adoptada y la primera vez

que vi a Nick besando a otra chica.

No conocía la tristeza hasta ahora; no sabía lo que se sentía darme cuenta que nunca más la volveré a ver, que nunca más escucharé su voz cuando entre al restaurante. Nunca más la llamaré ni escucharé su risa.

«¿Quieres que te vaya a buscar?».

«No. No. Iré más tarde. Necesito... necesito tiempo». Si bien quiero estar con Mamá y Papá en este momento, también quiero solo quedarme acá y llorar sin moverme. Y sé que Mamá se preocuparía por la tristeza que ahora siento y también quisiera poder estar con ella para consolarla.

«¿Le avisaron a Roberto?».

«Tu papá lo llamó».

«Está bien. ¿Mamá?».

«¿Sí, amor?».

Las lágrimas me cortan la voz. «Nonna me dijo...», murmullo y tomo un segundo para calmarme. «Me habló sobre lo increíble que eres. Dice...». Otro hondo respiro. «Dijo que teníamos suerte de tenerte».

Mamá solloza. «Gracias». Hace una pausa. «Te amo, cariño. Vuelve a casa cuando puedas».

Colgamos y me acuesto en mi cama. Mi cuerpo entero solloza. Y me cuesta respirar. No puede haberse ido. No puede haberse ido. No puede haberse ido.

Pierdo la noción del tiempo. Tengo que levantarme y volver a casa.

Mi habitación y el exterior están a oscuras cuando alguien toca a la puerta. Roberto entra y le es difícil pasar por el lado de la escalera de la cama.

Roberto cruza la habitación de un par de zancadas en vez de los cuatro pasos que normalmente haría, tomándose la cabeza y llorando abriendo los brazos. Me apresuro a llegar hasta donde está y me hundo en su abrazo. «Tendría que haberla llamado», dice. «Se suponía que la llamaría ayer, pero no lo hice. Estaba tan metido en un experimento que cuando terminé, ya era demasiado tarde».

«Ella sabe...», digo instintivamente. «Ella sabía lo mucho que tus estudios significan para ti. Lo sabía».

«Pero no más importantes que ella. No eran más importantes que ella».

Lo abrazo hasta que deja de llorar, hasta que se le acaban las lágrimas y luego llamo a Mamá para decirle que pronto nos iremos de la escuela. Ella nos pide que no nos apresuremos, que están ocupados con los papeles y con las llamadas a la familia; que ahora que sabe que estamos juntos se podrá concentrar mejor en lo que hay que hacer.

«¿Cómo está Papá?», pregunto.

«Se quedó con ella tanto como pudo», responde. «Y murmura. Creo que está hablando con ella. Una mezcla de español e italiano. Nunca lo había visto así». Hace una pausa. «Tómense su tiempo, chicos. Los amo a ambos».

«También te amamos, Mami». Hacía mucho tiempo que no la llamaba «Mami».

Roberto y yo nos acostamos uno a lado el otro en el suelo. «Cuando le dije que era gay, me dijo que buscara con alguien que me hiciera sonreír, que me hiciera feliz y que me hiciera vibrar. Luego dijo que si él tenía que tener un tú-sabes-qué para que sucediera, entonces había que dejarlo ser. Sé feliz». Roberto suelta un risotada. «Cuando conoció a Giovanni, me apartó para decirme que lo tratara bien, porque no era bueno que dejara ir a alguien que me sacaba mi mejor sonrisa tan espontáneamente». Hace una pausa. «También me dijo que dejara que las cosas fluyeran entre tú y Nick».

«Sabía de lo que hablaba». Me pongo de pie y me siento. «Siento que no es cierto; que la voy a llamar y me va a decir que fue todo un estúpido error de la medicina moderna, como le gustaba decir. Y que está bien».

«Recuerdo que después del ataque, ella me hizo prometerle que estaríamos tristes, pero contentos cuando ella falleciera. Que tenemos que estar felices por ella, porque ella creía en algo superior. Creía que volvería a ver a Poppa y a todos aquellos que partieron demasiado pronto».

Sollozo y me limpio los mocos con el brazo. «Papá debe estar destruido», digo. «Tuvimos una tremenda pelea hoy, y mientras nosotros discutíamos, Nonna se estaba muriendo».

«También tuve una pelea con Papá... ayer. No podemos ponernos de acuerdo en nada. No sé qué pasa con él. No sé... no había visto a Nonna en toda una semana y vive al lado de ella. Mamá hace todo. Se ocupa de todo».

«El papá de Nick le dijo que había más información sobre mi adopción de la que encontramos el verano pasado».

Roberto suspira. «Lo siento. Siento todo lo que ha pasado. Sé que no hemos hablado del tema hace mucho tiempo, pero sé que la cagué».

«¿Cuándo?».

«Cuando comenzaste a buscar a tu familia... es que algunas veces se siente como si pensaras que no somos suficientemente buenos para ti. O al menos, eso pensaba hasta que me di cuenta de los difícil que debe ser para ti».

«¿Qué?».

Los ojos de Roberto se alinean con los míos. «Tratar de cumplir con las expectativas de todos».

Me despejo la garganta y desvío la mirada. «No es que intente cumplir con las expectativas, sino que intento que todos estén orgullosos de mí. No sé, es como que si aún no hubiese encontrado mi lugar».

«¿Y Nick?».

«¿Qué hay de él?».

«Ustedes están... ya sabes... juntos de nuevo ¿no?».

«¿De verdad quieres saber?».

«Sí».

«Entonces, sí. Volvimos. Papá no quiere que estemos juntos, y con lo de Nonna y todo lo demás, no sé».

Roberto atrae mi mentón hacia él y entierra sus ojos oscuros en los míos. Me habla con el tono más serio que jamás le he escuchado. «Sabes que soy mayor que tú, ¿no?».

«No mucho mayor. Y definitivamente tampoco más sabio».

«Nonna tenía razón cuando decía que teníamos que estar con gente que nos hiciera reír y sentir, y cuando decía que nos aseguráramos de disfrutar el momento. Nick te hace bien. Te hace bien ahora y quizás también el año que viene o el siguiente. No dejes que Papá lo impida. No dejes que su papá lo impida. Y...», hace una pausa. «Tampoco dejes que yo lo impida».

Mis emociones me inundan: en segundos, pasan de la gratitud a la tristeza, de la felicidad a la devastación.

«No obtuve el papel principal en el espectáculo».

«¿A quién mierda le importa? Ni siquiera creo que lo quieras».

«Claro que lo quiero».

Sacude su cabeza. «Muy bien. Guardaré mi sabiduría al respecto para otro día». Rodea mis hombros con sus brazos. «Vamos a casa».

CAPÍTULO 24 - NICK

EM NO ESTÁ en la escuela al día siguiente. Por supuesto, todos saben sobre lo que pasó con su abuela, pero todos especulan que no volverá porque se volvió loca después de haberse convertido en la suplente de Jen.

Juro que pensé que tantas horas de ensayo diario les quitaría energía para comenzar a especular.

Inmediatamente después de mi clase de Matemáticas, me dirijo al primer ensayo oficial. El espectáculo es en tres meses y mientras todos hemos estado ensayando pedazos de la obra durante los últimos siete meses, es la primera vez que entro en la sala como el Príncipe Encantador.

Y no puedo negar que eso me hace sentir bastante bien.

Jen se acerca tan pronto me ve entrar. Sonríe y sus ojos oscuros están excesivamente maquillados, pero como siempre, se ve preciosa. Su mamá es negra y su papá asiático; sus piernas son larguísimas y sí, me atrajo desde la primera vez que salimos. Pero no hablamos mucho y, además, la química se diluyó bastante rápido.

«Hola». Me da un codazo. «Sabía que lo lograríamos».

«Felicidades», contesto.

Su sonrisa se atenúa. «Sé que si Nata no hubiese tenido el accidente automovilístico, no estaría parada aquí. Seguro me habrían puesto como suplente y eso hubiese sido bastante humillante».

Levanto una ceja.

Balbucea. «Porque estoy en el último año, no en el maldito penúltimo año como Emilia». Mira alrededor. «No puedo creer que se esté perdiendo el primer gran ensayo».

«¿Por qué no lo puedes creer? Su abuela falleció ¿Qué querías que hiciera?». Sueno duro, pero no lo puedo evitar.

«No sabía».

«Eres la única en toda la escuela», murmuro.

«Juro que no lo sabía. Desactivé las redes sociales hasta el gran día. No quiero saber lo mucho que apesto hasta entonces».

Levanto una ceja.

«Siento mucho lo de la abuela de Em». De hecho, parece que sí lo lamenta. Pero luego me toca el brazo. «Bueno... La relación entre ustedes... ¿es seria?».

«Sí», contesto. «Lo es... Esta vez vamos en serio». Intento asegurarme que entienda el significado de mis palabras.

Se encoje, pero luego vuelve a sonreír. «Veremos. Vas a pasar mucho tiempo conmigo».

Suspiro. «Lo que quise decir es que tú y yo no vamos a volver a estar juntos. Eres una buena chica, pero...».

«Ya sé: soy una buena chica, pero no soy “la chica”. Ya lo he escuchado antes». Se voltea. «Como sea, tenemos mucho que hacer». Sus palabras suenan vacías, como si realmente la hubiese herido. Nunca pensé que quisiera algo más. Nunca mencionó nada; nunca se quejó de que no estuviera realmente presente cuando estábamos juntos.

Pensé que estaba bien con eso y que nos estábamos usando mutuamente. Aparentemente, no fue así. Y me siento como un idiota.

Me apresuro a alcanzarla. «Jen, sabes que...».

Sacude su mano en el aire. «No quiero saber. Va a ser triste y patético, te va a dejar mal parado y me va a hacer parecer demasiado necesitada para mi gusto. Como sea; ya lo entendí». Se voltea. «Pero, honestamente, tú y Em deberían arreglar las cosas. Porque, en primer lugar...», dice levantando un dedo, «... no tienes idea de la suerte que tienen de estar juntos y todo eso, y en segundo lugar...», levanta otro dedo, «... este espectáculo es mi camino a la cima y mi oportunidad para demostrar que me lo he ganado. Y eso me corresponde. Y no voy a poder lograr eso si no das lo mejor de ti».

Me mira fijo; sus ojos oscuros casi tratan de ver el fondo de mi alma. «No la voy a cagar. No voy a cagar nada».

Sus labios dibujan una sutil sonrisa: no es una sonrisa evidente, pero es una sonrisa al fin. «No creo que la situación llegue tan lejos. Solo te pedí que hicieras dos cosas bien; el resto, depende de ti».

Se apresura a llegar al centro de la sala. Svetlana nos espera.

Y el show debe continuar.

CAPÍTULO 25 - EM

HACE FRÍO EN LA IGLESIA. Por supuesto que hace frío: el clima ha mejorado un poco, pero las temperaturas fluctúan entre el hielo y la esperanza de que la primavera esté a la vuelta de la esquina.

La iglesia está fría y Nonna odiaba sentir frío. Adoraba ver nieve caer y la forma en que todo el vecindario se convertía en un cuento de hadas nevado, como le gustaba llamarlo, pero cuando estaba en su casa, quería sentir una temperatura agradable.

La iglesia está fría y la tensión familiar agrega asperezas.

Roberto pone su brazo en mis hombros. La iglesia está llena y Mamá y Papá hablan con el cura para pulir los últimos detalles. Mamá es la que habla más. Papá ha estado inmerso en su mundo desde que Nonna murió. Mamá le lleva la cena cuando no se quiere sentar a la mesa con nosotros; ella es la que se ha ocupado de gran parte del papeleo y la que organiza todo. Hasta parece que él no se da cuenta de lo que pasa.

«Nuestras profundas condolencias». Una mujer con un traje Chanel similar al que Mamá regaló en una subasta el año pasado aprieta mi hombro. «Tu abuela era la persona más amable y alegre que haya conocido». Sonríe mientras sus ojos grises me evalúan. «Dijo que eras como ella. Ella los amaba mucho a ambos». Sigue observándonos a mí y a Roberto alternadamente.

«Gracias», susurramos ambos, y se da vuelta para ir a sentarse en la parte de atrás. La iglesia está repleta. El restaurante de Nonna era el lugar de reunión del vecindario y todos parecen querer ir a dar las condolencias.

El Sr. Edwards está sentado en el lado opuesto. Y sus lágrimas silenciosas son más dolorosas que todos los sollozos del mundo. Murmura algo y no estoy segura si es un rezo o un mensaje para ella.

Roberto tiembla y se voltea hacia mí. «¿Estás bien? Te ves muy pálido».

Tose. «Estoy bien. He tenido malestares estomacales y me acabo de resfriar». Hace una pausa. «¿Está Nick aquí?».

No tengo que dame vuelta y mirar la multitud para saber la respuesta. «Sí, está. ¿Qué hay de ti? ¿Has sabido algo de Giovanni?».

«Quería venir, pero es demasiado caro volar en este momento. Está ahorrando dinero». Respira hondo y hace una mueca de dolor. «Pero mandó flores. Orquídeas». Inclina su barbilla hacia Papá. «Siento que Papá se haya comportado como un imbécil».

«No te preocupes por eso. De todas maneras, Papá tiene mucho con qué lidiar en este momento».

«¿Desde cuándo eres tan sabia?», pregunta tosiendo otra vez; esta vez suena más a un estornudo.

«Quizás deberías ir a ver a un médico».

«Eso es lo que diría Giovanni».

«Sabía que me gustaba por un motivo». Le pego un codazo. «En serio, no te ves bien».

Suspira. «Voy a estar bien. Debería saberlo, ¿no?».

En otras circunstancias habría puesto los ojos en blanco, pero no hoy. Hoy, me recuesto en su hombro. «Cuídate».

«Lo prometo».

Mamá y Papá estrechan la mano del cura y vuelven a sus asientos. Mamá se sienta a mi lado y Papá al lado de Roberto. Los hombros de Mamá tiemblan ligeramente, como si tratara de tragarse toda la pena que siente sin poder contenerla, y Papá no dice una palabra y mantiene la vista fija al frente.

Cuando el féretro entra a la iglesia transportado por los señores de la funeraria, siento un peso en el pecho que amenaza con abrírmelo. No puedo creer que Nonna esté ahí adentro; que nunca más la volveré a ver. Inhalo profundamente y siento el contacto de la mano de Mamá y tomo la de Roberto en la mía. Nonna decía que la mayor fortaleza venía de la familia y que nunca deberíamos olvidar que la familia es lo más importante.



DESPUÉS DE LA IGLESIA, donde me convencí que esto estaba realmente pasando y que no era una pesadilla...

Después del cementerio, donde la presencia de la lápida en el suelo me produce una nueva ráfaga de pena que me atraviesa, donde intento ser fuerte por mis padres y por Roberto...

Después de la reunión en el restaurante, donde la gente llevó comida, contención, palabras de consuelo, lágrimas y recuerdos tristes y felices...

Me escondo.

Me escondo en el pequeño pasillo cerca de la habitación de Nonna. Ese fue el lugar en el que me escondí un día después que mis padres me dijeron que no podían comprarme una muñeca cara en la tienda. Dijeron que no íbamos a comprar cualquier cosa solo porque teníamos dinero. Nonna me encontró y me acarició la cabeza. Murmuró: «Si realmente tienes muchas ganas de tener esa muñeca, yo te la compro». Pero le dije que no. No podía contradecir a mis padres y, muy en el fondo, sabía que ella no tenía tan buena situación económica como la nuestra. Cuando sacudí mi cabeza, ella me abrazó sin decir una palabra y luego sonrió. «Podríamos hacer nuestra propia muñeca. Ve a ofrecerles disculpas a tus padres y luego te muestro cómo hacer ropa para las muñecas que ya tienes».

Sollozo.

Debería volver con el resto de la gente; con mis padres, con Roberto y con todos nuestros amigos, pero me siento demasiado triste. Demasiado triste para seguir socializando. Demasiado triste para fingir que estoy bien. Demasiado triste.

Siento el sonido de pasos en el pasillo y casi espero ver a Nonna asomando la cabeza, riéndose por encontrarme ahí de nuevo.

Pero la silueta no es de Nonna. Nick está parado frente a mí con un traje oscuro que calza perfectamente en sus hombros, pero se acomoda la camisa. Una vez me dijo que las corbatas le impiden respirar.

«Hola», dice Nick con voz baja, cuidadosamente. Fue el mismo tono de voz que usó aquella vez que intentamos rescatar un gato abandonado. No me ahoga; como si supiera que en este momento necesito ser yo la que tome la iniciativa de cualquier tipo de contacto.

«Hola», respondo.

«Tu Nonna me dijo que siguiera luchando por ti».

Levanto una ceja, apoyada contra la pared para mirarlo a la cara. «¿Cuándo te dijo eso?».

«En Navidad», responde. «Estaba haciendo esfuerzos por decirte lo mucho que lo sentía; quería decirte lo mucho que significas para mí, pero tú te mantenías distanciada y luego dijiste que estabas saliendo con alguien más. Nonna se acercó a mí después del postre, se sentó a mi lado en el sillón y me puso una mano en el muslo. Se inclinó y me dijo: “Nicholas”». Hace una

pausa y sonríe levemente. Le encantaba llamarlo Nicholas o Nicos. «“Nicos”, me dijo, “sé que puedes estar bien con mi nieta. Sé que cometiste errores y sé que lo lamentas. Tienes que decirle; tienes que darle el espacio que necesita, pero tienes que apoyarla. En algún momento, abrirá los ojos”. Luego me dio un beso en la mejilla y continuó diciendo: “Eres un buen chico. Asegúrate de convertirte en un hombre aún mejor algún día”».

«Eso es lo que diría». Suspiro. «Pero es evidente que no le hiciste caso: fuiste a esa fiesta de Año Nuevo y casi besas a Nata». Odio mi voz cuando se quiebra, pero todo esto me sobrepasa. Todo parece ser demasiado. Todas las emociones. Todo aquello que he reprimido en mi interior, es demasiado: no haber obtenido el papel protagónico, el pasado, haber perdido a Nonna. «Me hiciste a un lado. Y Nonna... no sabía todo. Quizás, si hubiese sabido, no habría insistido tanto sobre nosotros como lo hizo. Quizás me habría dicho que lo superara y te habría dicho lo mismo a ti».

«¿Realmente lo crees?». Su tono sigue siendo dulce, pero me hierve la sangre y me invade una gran confusión, rabia y desesperación. «En la fiesta de Año Nuevo, me dije que ese sería el día en el que sería totalmente franco. Ese sería el día en que admitiría lo mucho que te he extrañado, pero cuando llegué, me dijeron que estabas allí con un chico».

«¡No estaba con ningún chico!».

«Yo no lo sabía. Me dijiste que habías comenzado a salir con alguien que era importante para ti».

«Nunca salí con alguien. No he salido con nadie desde el verano pasado, pero tú no tuviste ningún problema en salir con otras chicas. Saliste con Jen, con Sandra y quién sabe con quién más». Mi voz sube. Nonna no está para decirme que todo estará bien.

«No quería salir con ellas». Se masajea la nuca y su voz refleja duda. Se acerca un poco a mí. «Fue mi papá. Tuve que salir con ellas por mi papá».

«Mentira».

«Quisiera que fuera mentira; sería un imbécil, pero al menos mi padre no me estaría usando. Hubiese sido mi decisión y no la de él. No tienes idea de lo terrible que es que te obliguen a comportarte como un imbécil».

Me palpita la cabeza y mi corazón se detiene. «No lo entiendo».

No desvía la mirada y veo que se retuerce. «Durante los dos últimos años, mi querido Papá me ha pedido que lo ayude con asuntos de trabajo: organizar e ir a buscar documentos por él, participar en bailes de caridad y esas estúpidas subastas, salir con las hijas de sus socios».

«Eso no tiene sentido».

«Estoy empezando a pensar que era una forma de mantenerme alejado de ti más que de ayudarlo con sus negocios».

«¿Pero, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué? ¿Por qué después del verano?».

«Prometí que saldría con Jen después del verano a cambio de la dirección de Claire Carter».

«¿Cómo?».

«No quería hacerlo. Juro que no quería hacerlo, pero mientras más lo analizo, me doy cuenta que cada vez que tú y yo nos acercábamos más, él me pedía que saliera con alguna de las hijas de sus socios. ¿Te acuerdas de las vacaciones de invierno de hace dos años?».

Asiento. Ese invierno, Nick y yo pasamos todas las tardes juntos. En su casa o en la mía. Algunas veces Roberto estaba con nosotros, pero pasaba gran parte del tiempo leyendo documentos científicos para tratar de encontrar el mejor proyecto para una feria de física. El padre de Nick una vez nos sorprendió en su habitación. No estábamos haciendo nada... Yo esperaba que me tomara la mano mientras veíamos *Titanic* en la televisión. Y se estaba burlando

de la película. Y todo mi cuerpo estaba sintonizado con el de él. Imaginaba nuestro primer beso e imaginaba lo que sentiría al tener mis manos en las suyas. Imaginaba lo que sería caminar juntos.

«¿Te acuerdas que mi papá se alteró?».

Asiento nuevamente. Su papá abrió la puerta y nos dijo que fuéramos a ver televisión abajo y que no teníamos permiso de estar solos en la misma habitación.

«Tres días después de eso, me pidió que saliera con Sina. En ese tiempo tenía quince y estaba en mi etapa de rebeldía. Me dijo que si no lo hacía, dejaría de pagar mi colegiatura. Entonces, lo hice». Hace una pausa. «Además, tenía quince. Pensé que salir con Sina no sería tan malo».

Vacilo y se da cuenta, porque sus palabras se tropiezan descoordinadas. «Lo que quiero decir es que tenía quince y pensé que mi padre estaba siendo el idiota de siempre, pero solo pasaba cuando tú y yo pasábamos más tiempo juntos. Cada vez que hablaba de algo que me gustaba de ti...», hace una pausa.

Me acerco a él. «¿Por qué no me contaste antes? Nos contábamos todo».

«Porque no quería que te desilusionaras de mí. ¿Qué tipo no puede enfrentarse a su propio padre?».

«Enfrentar a los padres normalmente es la parte más fácil y la más difícil a nuestra edad». Mi voz tiembla al recordar a mi abuela diciéndome eso una tarde después de preparar té. «Nonna me dijo eso mismo».

«Ella era increíble», dice Nick, y suavemente tomo su mano con la mía y la llevo a mi cara. Toma mi rostro y se inclina. «Ella te amaba tanto». Me besa la frente, los ojos y la nariz. «Yo... yo te amo», susurra e inspiro con fuerza. Mis dedos tiemblan y pongo mi mano en su brazo. «Te amo», repite. Y luego me besa. Tierna y apasionadamente. Desesperada y esperanzadoramente.

Me pierdo en sus labios. En su sabor, en la forma en que todo mi cuerpo reacciona al estímulo del suyo abrazando fuerte mi cintura.

«¿Qué creen que están haciendo?», retumba la voz de mi padre.

CAPÍTULO 26 - NICK

EM PEGA UN SALTO. No se esconde, pero tampoco enfrenta. Y me mira a mí y a su padre alternadamente.

Y ahí estoy yo, parado sin querer iniciar una escena, pero la molestia me invade como cuando intentábamos hacer rebotar piedras en el océano de los Hamptons. Se hundían con mucha facilidad, como el enojo que ahora se hunde en mis venas.

«¿Qué creen que están haciendo?», vuelve a preguntar.

«Siento si esto es inapropiado, señor, o no es el momento correcto. Pero no lamento haber besado a su hija, señor». Nunca lo había llamado «señor» antes, pero me pareció adecuado.

«Te lo dije, Emilia. Te dije que no quería que lo vieras».

Emilia me toma la mano acercándose a mí. «Y yo te dije que no me importa».

«Este no es el momento ni el lugar para hablar de esto. No es el momento ni el lugar para empezar a hacer una escena».

«El único que está haciendo una escena aquí, eres tú». Em intenta parecer fuerte, pero su voz no parece tan segura como antes y ciertamente yo no quiero hacer una escena en el día del funeral de Nonna. Puedo estar en desacuerdo con muchas de las lecciones de crianza de mi padre, pero su insistencia sobre la necesidad de guardar silencio en algunas ocasiones no parece del todo descabellada.

Además, aún no estoy seguro sobre qué fue lo que pasó con la sociedad. Parece que callarse es la mejor solución ahora, pero tampoco quiero que Emilia reciba toda la ira de su padre.

Dino me señala con el dedo. «Tienes que alejarte de mi hija. No necesita a alguien como tú en su vida. Alguien que hace todo lo que su padre le dice, incluso si eso significa romperle el corazón». El volumen de su voz aumenta con cada palabra. «Y tampoco necesita a alguien cuyo padre quebranta la ley como si nada. Alguien que abandona a su amigo y socio cuando las cosas se ponen difíciles. Conoces el dicho: “La sangre tira”».

Le doy un beso a Em en la mejilla y le susurro: «Te llamo después». No me suelta la mano y se para al frente de mí como si quisiera escudarme a pesar que soy bastante más alto que ella y casi una cabeza más alto que su padre.

«No puedo creer que le estés hablando así. No puedo creer que estés haciendo esto. Ahora», le dice Em a su padre.

«¡No puedo creer que justo hoy estés haciendo esto!», Dino grita y mis ojos se clavan en la escalera. La gente lo debe estar escuchando.

«Vámonos», le digo a Em, intentando llevarla conmigo, pero se resiste.

«Tu sangre no tira. ¿Dices que la sangre tira? ¿Qué pensaría Nonna de ti en este momento? Nonna jamás permitiría el trato que le estás dando a Nick. Ella nunca...», inhala profundamente y parpadea rápido. Claramente intenta no ponerse a llorar. Claramente está tratando de mantenerse en pie. Claramente intenta encontrar paz en su interior, algún sentido de justicia.

Dino abre la boca y la cierra. Y luego se quiebra en sollozos. Se acerca a Em, que abre sus brazos para calmarlo.

Porque no puede rechazarlo a pesar de todo. Después de todo, sigue siendo su padre. Y ambos sufren.

Me mira por un par de segundos con una leve sonrisa, asiento y los dejo hacer su luto.

CAPÍTULO 27 - EM

ESTOY FURIOSA CON ÉL, indignada. Pero ambos estamos tan devastados por la muerte de Nonna que nos aferramos el uno al otro, incapaces de sostenernos solos. Lo aprieto mojando su abrazo con mis lágrimas y lo dejo hacer lo mismo. No sé qué es lo que significa esto. ¿Es un avance entre nosotros? ¿Volverá todo a ser como antes?

Pero cuando se separa de mí, no me mira. Y está bien, porque la rabia aún me hierve las venas. No nos hablamos por el resto del día. Tampoco hablamos durante el fin de semana. Mamá sigue esforzándose, pero él sigue ausente. No sé si logra ver a través de las falsas medias sonrisas, de las falsas conversaciones y de la falsedad que se refleja cuando se tocan las manos en la cena.

No tengo hambre. La tristeza se apodera de mi pecho y de mi estómago. Nonna nunca más se sentará a la mesa con nosotros y ya no pasaré las noches de domingo con ella. Despejo mi garganta, aunque hace cinco minutos que todos están en silencio en la mesa. «Tengo que irme antes de las cinco para poder volver a tiempo. Tengo que ponerme al día».

Roberto tose varias veces y se apoya en su silla. «También tengo que volver a la universidad. Tengo que usar el dormitorio que me dieron gratis, porque si no, lo puedo perder».

«Tienes que quedarte aquí y descansar», le dice Mamá. «Esa tos está cada vez peor».

«Me duele un poco la espalda. Te digo que solo es un resfrío fuerte». Se pone de pie y me da un toque rápido en la cabeza. «Te llamo en la noche», me dice. No estoy segura si él necesita hablar o si sabe que soy yo la que va a necesitar hacerlo. Tengo que pedir su opinión sobre lo que debería hacer con Papá, y si debería contarle a Mamá.

«¿Quieres que me vaya en el tren contigo?».

«¿Estás bromeando? Eso tomaría una eternidad. No te preocupes». Toma su mochila en la entrada. Mamá se levanta y lo acompaña. Papá ni siquiera habla. No se despide, no le dice que tenga una buena semana, ni que espera que se mejore.

Tiene la mirada clavada en su plato y luego se para y sale de la cocina.

Cuando Mamá vuelve, la ayudo a levantar la mesa en silencio. Comimos las sobras de lo que la gente trajo. Cada bocado fue difícil de tragar. Estoy segura que todos pensamos en Nonna. La semana pasada estaba con ella, comiendo, riendo y pidiéndole consejos sobre mi relación con Nick. Mamá se lava las manos cuando terminamos. Suspira. «Tu papá lo superará. Solo que ahora es difícil para él».

«Sé que es difícil para él. Pero, Mamá...». La miro y se ve tan cansada, tan agotada, tan triste. «No importa».

Me da un beso en la mejilla. «Sé que es difícil para ti también y sé cuánto querías a Nonna y lo abrumador que te debe parecer todo esto. En relación a lo de Nick, también tienes que darle tiempo a tu Papá».

«No lo entiendo. Tengo diecisiete. El próximo año, cumpliré dieciocho. Soy responsable, estoy aquí y hago todo lo que puedo».

«Sí, tienes razón. Pero tienes diecisiete...».

«Sí. Tengo diecisiete. El año que viene cumpliré dieciocho y tendré derecho a votar. Pero aun así Papá cree que no soy capaz de decidir con quién salir».

«Cuando yo cumplí los dieciocho, mi mamá me dijo que tener esa edad no significaba que ella y mi padre dejarían de ser mis padres. Nunca pensé que tendría que decirte esto». Suena cansada y siento ganas de dejar de hablar. No quiero discutir con ella. Me toma y me abraza. «Hablaré con tu padre».

«¿Mamá?».

«¿Sí, amor?».

«Te amo». Se lo digo porque es lo único que le puedo decir ahora. Preguntarle sobre Papá no me parece bien. Tratar de justificarme, de explicar por qué creo que Papá está equivocado, no me parece bien.

«También te amo», responde, pero cuando la miro veo su profunda tristeza detrás de su sonrisa.



EN LA ESCUELA, EVITO a la gente y me dirijo directamente a mi dormitorio. No tengo ganas de conversar ahora. Quiero hablar con Roberto, y quizás llamar a Nick también. Luego quiero dormir. O tratar de dormir. A pesar de haber llamado a la mamá de Natalya varias veces, aún no sé nada de su estado de salud.

Me apresuro a pasar por el pasillo; entro rápidamente a mi habitación dejando el bolso en el lugar habitual, pero ya hay un bolso ahí.

¿Qué diablos?

Me doy vuelta y Jen está sentada en la cama de Nata. Su pelo negro está algo desordenado, lo que es muy inusual en ella. Lleva pantalones de gimnasia y una camiseta ancha que dice *I Love Paris*. Creo haber visto una espinilla en su mejilla. El mundo está a punto de caerse. No sonríe, pero tampoco parece molesta. Nunca la había visto tan neutra.

«¿Qué haces aquí?». Al menos mi tono no expresa maldad, sino sorpresa.

«Tampoco quiero estar aquí, pero ahora que eres mi suplente, aparentemente sería bueno que compartiéramos la habitación». Hace énfasis en la palabra «suplente», pero ni siquiera pienso que lo haga a propósito. Debe ser automático.

«No tiene ningún sentido».

«No me digas». Suspira y se pone de pie. «Primero me dan una habitación con una de penúltimo año; segundo, la de penúltimo año eres tú; y tercero, no quiero dormir en la cama de Natalya».

«¿Dónde están todas sus cosas?». Faltaba todo: el afiche de bailarina mal pegado, sus libros de Tolstoi que le regaló su abuela, sus fotos.

Es como si jamás hubiese estado en la escuela. Es como si jamás hubiese sido mi compañera de habitación. Es como si lo que no logró fuese más importante que lo que sí logró.

«Yo no toqué nada, si a eso te refieres». Jen parece estar haciendo grandes esfuerzos para no enfurecerse. Bienvenida al club.

«Eso no fue lo que dije».

«Su tío vino a buscar todas sus cosas» , responde.

«¿Está consciente? ¿Está bien? ¿Dijo algo?». Los pensamientos pasan a gran velocidad. No he sabido nada de ella y su tío solo me dejó un mensaje de voz para decirme que me mantendría informada, pero no he tenido noticias.

«Está despierta».

Siento que se eleva la presión en mi pecho.

«Ha estado consciente». Hace una pausa. «Su tío dice que siente no habernos contado antes. Parece que quiere volver al escenario tan pronto como sea posible, pero su tío dijo que va a tener que recibir terapia de rehabilitación física por varios meses. Estaba muy triste y me dio el nuevo número de la madre de Natalya». Se mordisquea el pulgar, la única de sus señales que indica que está preocupada o triste. Normalmente, Jen no expresa sus sentimientos. «Dijo que deberíamos llamarla para contactarnos con Natalya». La baja intensidad de su voz me hace dudar si me está hablando a mí o está hablando con ella misma. «No me puedo imaginar lo difícil que va a ser para ella».

«Deberíamos tratar de hacer algo».

«Honestamente, no se me ocurre qué podría hacerla sentirse mejor aparte de volver al ballet». Jen mordisquea la piel de su dedo índice antes de ponerlo en su espalda. «Siento lo de tu abuela».

Miro alrededor. «Mi Nonna me diría que compartir la habitación contigo sería la oportunidad perfecta para que nos diéramos cuenta que, después de todo, tú y yo no somos tan distintas».

«Tu abuela estaría equivocada sobre ese punto». Jen se muerde el labio. «De verdad lo siento. Supe lo apegada que estabas a ella».

Parece sincera; no hay sarcasmo ni ningún ápice de ironía en sus palabras. «Gracias».

Se encoje de hombros y sacude su mano en el aire. «Vamos a tener que poner reglas. Nick no puede venir a quedarse cada vez que quiera. Primero, porque sería raro. Sabes que también nos besamos. Nuestros labios tocaron los labios del mismo chico. Es casi como si tú y yo nos hubiésemos besado».

«Nunca me di cuenta de que hablabas tanto».

«Nunca tuve que hablar contigo». Hace una pausa. «Como sea. Esa es la primera regla. La segunda es que no me atosigues. No necesito largas conversaciones nocturnas y tampoco necesito amigas».

«¿Ah, no?».

«Las amigas sesgan sentimientos. No quiero empezar a encariñarme contigo y sentir pena por ti; eso podría sacarme del juego».

«Tienes el papel. Lo sabes ¿no?».

«¿Ves? Esa carita ya me está comenzando a conmover. Sé que tengo el papel y que me merezco el papel. Tú das el baile por sentado. Yo jamás lo haré». Se voltea hacia su escritorio como que si fuese el fin de la conversación, pero luego, suspira. «Tercera regla: puedes hablar conmigo si te sientes realmente mal. No sé si contestaré, pero puedes hablar conmigo».

Levanto una ceja y se voltea a verme en ese instante. «Bien, eso es raro. Tú y Nick ya tienen los mismos gestos».

Eso me hace sonreír y ella solo levanta un hombro. «Puse una foto tuya con Nata en tu cama. Su tío dijo que podías conservarla». Toma ropa del armario. «Y ya hemos hablado más que suficiente. Me voy a ir a duchar y podemos seguir ignorándonos cuando vuelva. Al menos por un rato».

«Me parece bien», respondo, y aunque fue una de las conversaciones más raras que jamás haya tenido, también me mostró una faceta distinta de Jen.

Quizás, Nonna habría tenido razón después de todo.

Quizás Jen y yo podamos ser amigas.

CAPÍTULO 28 - NICK

"EMILIA, ¡HAZLO DE NUEVO!», dice Svetlana. Em respira con dificultad, pero levanta los brazos sobre su cabeza. «Más gracia, Emilia. Tienes que sentir el movimiento por tus dedos». Em baja el brazo y luego lo vuelve a levantar. Se está concentrando demasiado.

«¡No!», Svetlana chasquea. «Emilia, vuelve a intentarlo desde el principio».

Em aprieta los labios, pero vuelve a la posición de inicio sin protestar.

Jen se despeja la garganta. «Sé que tienes tu propia historia de amor, pero también tenemos que ensayar. Eduardo dijo que nuestro segundo acto era, cito, "el peor que ha visto en toda su carrera"». Hace una pausa. «Y me pareció que lo decía en serio. No puedo permitirme fracasar en esto».

«Yo tampoco». Mis ojos van al rincón de la sala, donde Svetlana le pide a Em que haga un *arabesque*. Una vez que el cuerpo de Emilia se arquea, Svetlana empuja su pie.

«No te tienes que mover. Tu cuerpo está en el movimiento y tu cara no puede estar tan seria. Te estás enamorando, tu historia recién comienza».

Jen chasquea los dedos. «Ven, Nick. Eduardo nos dio treinta minutos para trabajar en la coreografía de la boda. Me dijo que avanzara y que no quería sentir que estaba presenciando nuestro funeral».

Svetlana levanta la voz. «Bien. Suficiente por hoy. Necesitan despejarse y volver mañana con más energía y determinación».

«Debería quedarme para ver a Jen», dice Em.

Svetlana respira hondo. Rara vez se molesta, pero cuando lo hace, da miedo. Claramente se quiere calmar. «Creo que es mejor que revises los videos y vuelvas a intentarlo mañana».

«Está bien». La voz de Em se quiebra. Y pasa a nuestro lado sin mirarnos, cabeza y hombros erguidos, con la barbilla temblando y sus ojos vidriosos con lágrimas.

Doy un paso hacia ella, pero Jen me detiene. «Escucha. Sé que apesta. Y también me siento mal por ella. Pero tenemos que ensayar. Si te parece que Svetlana fue dura con ella, imagina a Svetlana y Eduardo juntos gritándonos que no merecemos tener nuestros nombres impresos en los programas del espectáculo». Me mira fijo. «Esta es nuestra última oportunidad para demostrarle al mundo que valemos la pena antes de la graduación».

Miro hacia la puerta por un segundo más antes de voltearme hacia Jen. «Bien, hagámoslo, pero más vale que pongas todo de ti también».

«Como siempre», responde.

Y saltamos. Y nos deslizamos. Y hacemos una pirueta tras otra.

Cuando Eduardo vuelve, nos observa y sigue molesto. Aparentemente, tenemos que meternos aún más en los personajes. En vez de retirarnos del ensayo a las siete, seguimos hasta las nueve.

Me duele todo el cuerpo. Jen parece exhausta.

«Me voy a quedar un rato más», dice, y Svetlana asiente.

Eduardo sale de la sala sin siquiera voltearse a mirarnos, pero Svetlana inclina su cabeza. «Sé que no es fácil. Pero ustedes dos tienen lo necesario. No lo olviden». Y sale de la sala.

«Voy a ver a Em. ¿Segura que no quieres ir a comer algo?».

«No. No ahora. Tengo que practicar mi *relevé*. Nunca puedo hacerlo perfecto».

No veo ningún problema con su *relevé*, pero conociendo a Jen, sé que no la haré cambiar de opinión.

Salgo de la sala de ensayo y le envío un mensaje de texto a Em.

Nick: ¿Estás bien? ¿Quieres que nos veamos? Me tengo que duchar y tengo que comer.

Em: Estoy bien. Debes estar exhausto. Nos vemos mañana. Te amo ☺ ☺ ☺

Nick: ¿Estás segura?

Em: Sí. Quiero seguir mirando los videos del espectáculo del año pasado y el del ensayo de la semana pasada. Además, deberías dormir. Sé que estás muy cansado.

Casi no puedo caminar, pero no quiero que se vaya triste a la cama.

Mi teléfono vibra otra vez.

Em: Te prometo que estaré bien. Nos vemos mañana. <3

Nick: Está bien. Nos vemos al desayuno. Te amo.

CAPÍTULO 29 - EM

VER LAS PALABRAS «Te amo» de Nick en mi teléfono me produce una ráfaga de emociones. Porque sé que lo dice en serio. Porque también lo amo. Porque a pesar de que tuve un mal día, siempre se las arregla para hacerme sonreír.

Pongo pausa el video del espectáculo del año pasado. Mirarlo definitivamente me enseñó algo: apesto.

Svetlana me presiona para mejorar. La pregunta es, ¿puedo hacerlo? ¿O he alcanzado un punto en el que no hay vuelta atrás?

Me estiro. La habitación está en penumbras y me restriego los ojos. Jen no ha vuelto. Probablemente aún esté practicando. Quizás podría mejorar si pudiese observar la forma en que crea las emociones.

Me pongo las calzas y mi camiseta sin mangas, tomo mi bolso con mis zapatillas de ballet y camino fuera de la habitación. Soy una chica con una misión. La misión de no fracasar miserablemente, especialmente si todos han puesto tantas esperanzas en mí, cuando hay tanto dinero de por medio y la gente cree en mí.

Empujo la puerta del estudio y Jen está en el centro de la sala repitiendo la misma pirueta seguida de un *relevé* una y otra vez. Se detiene y se voltea a mirarme. «¿Qué haces aquí?».

«Pensé en observarte e intentar trabajar en la primera coreografía otra vez».

Jen baja los brazos y me observa mordiendo la piel de su dedo. «¿En serio?».

«Tengo que mejorar».

«Todos debemos hacerlo». Jen suspira. «Pero recuerda que te eligieron como suplente por una razón».

«¿Porque se apiadaron de mí?»

«¿Estás bromeando? Estamos en el mundo de ballet. Esto no es caridad». Da un paso al frente. «Te eligieron porque sobresaliste de los demás. Y si lo hiciste, es porque te las arreglaste para expresar algunas emociones mientras bailabas. En este momento parece que cada vuelta, cada *fouetté*, cada *grand jeté* es el fin del mundo. Se supone que no eres Emilia Moretti cuando bailas».

«Lo sé».

«Ya te dije que no creía que bailaras por los motivos correctos. Pero, honestamente, si estás aquí, ¿por qué no aprovechar al máximo y dar lo mejor de ti?». Se encoje de hombros como si ese fuese el discurso que se da a sí misma todos los días. «Trabajemos en tu coreografía».

«¿Por qué haces esto?».

«Porque en este momento siento que estoy perdiendo terreno y ensayar contigo podría ayudarme. Quizás... y si le dices a alguien lo que te dije lo negaré, pero quizás pueda aprender algo de ti».

Levanto una ceja y se ríe. «Nunca se sabe».

Me pongo las zapatillas de ballet y me pongo de puntillas. «Hagámoslo».

Pasamos las siguientes dos horas ensayando juntas y solo hablando para expresar nuestras opiniones sobre qué es lo que debería mejorar y cómo hacerlo.

Quizás no seamos las mejores amigas, pero cuando dejamos el estudio, siento que desarrollamos una suerte de respeto mutuo.

CAPÍTULO 30 - NICK

LA ÚLTIMA SEMANA ha estado llena de ensayos, y aunque Jen parecía bastante optimista al comienzo, las críticas de Eduardo le han pasado la cuenta. Mientras Emilia ha estado bailando cada vez mejor, Jen comete más errores.

Desde mi perspectiva, parece que Em está haciendo esfuerzos por disfrutar el baile. No sonríe cuando logra hacer una rutina entera sin errores. No sonríe cuando Svetlana la elogia y no sonríe cuando su mamá la llama para saber cómo está. Por momentos, mira al techo como si estuviese teniendo conversaciones silenciosas consigo misma. Y sé que esa es su forma de conectarse con su Nonna, pensando en qué es lo que diría y qué consejo le daría.

Sé que hace al menos una semana y media que no habla con su papá. Ni siquiera fue a casa el fin de semana pasado. Hoy, ensaya con el resto de los integrantes del espectáculo, mientras Jen ensaya sola con Eduardo y Svetlana.

«Una vez más», dice Eduardo. Solo he tenido dos clases con él y me parece que está realmente interesado en los alumnos, pero ahora, se parece más a un sargento instructor.

Jen recupera el aliento. «Está bien».

Hemos estado ensayando por más de dos horas, pero aún no es suficiente. No está perfecto. Falta mucho para eso.

Hacemos la rutina una vez más y Svetlana me mira fijo, sacude la cabeza y aprieta los labios. Ella y Eduardo conversan con susurros. «Suficiente por hoy, ya es tarde. Pero quiero verlos a ambos el domingo en la tarde. La semana está llena de ensayos de grupo, pero ustedes dos aún no están listos para brillar».

Dejan la sala, y aunque no pegan un portazo al salir, no se ven contentos.

«Tienes que mantener tus brazos arriba por un segundo más», le digo a Jen por enésima vez».

«No, estás equivocado», responde.

«Tengo razón. ¿Por qué no me haces caso?». No puedo evitar parecer molesto.

«¿Qué bicho te picó?», pregunta acercándose a mí. «Has estado nervioso toda la semana. Y honestamente, es agotador».

«Si escucharas lo que intento decirte, no estaría con los nervios de punta, como ahora».

«Te escucho». Levanta ambas manos en el aire. «¿Estás prestando atención a lo que dices? Me das una instrucción y luego otra distinta cinco minutos después. Svetlana...».

«Svetlana no es la que estará en el público escribiendo para el *New York Times*».

«Tienes razón. Pero estoy bastante segura de que sabe de lo que habla».

«¿Por qué tienes que discutir?».

«¿Por qué te pones tan mandón? No sé cómo le hace Em para no querer matarte».

«Hagamos la escena completa de nuevo. Una vez más».

«No», contesta y se va.

«¿Cómo que no?».

«¡No!». Suaviza el tono. «Quiero decir, tomemos un descanso. Incluso podrías salir a caminar por cinco minutos».

«Si fracaso, mi papá no me apoyará».

«¡Ya es suficiente!», dice con rabia. «¿Qué quieres?». Me da un codazo. «¿Qué m... quieres?».

«¿Qué quieres? Estás bailando como si no creyeras en ello. ¡Estás bailando como un puto robot sin sentimientos!».

Quisiera no haber dicho esas palabras. Jadea y luego sacude su cabeza.

«Como quieras, Nicholas. Como mierda quieras. ¿Bailo como un robot sin sentimientos? ¡Y tú bailas como si trataras de agradar a todos excepto a ti mismo!».

«Lo mismo digo».

«¡Excelente respuesta!».

Nos miramos fijamente y no seré yo quien dé su brazo a torcer. No voy a desviar la mirada. «¿Por qué decidiste unirte a la escuela?».

«Porque tengo talento. Porque lo disfruto. Porque nací para eso».

«Se supone que tienes que quererlo», respondo cuando Em entra en la sala en ese preciso instante. Nos mira alternadamente y frunce el ceño. Pero está molesta conmigo, no con Jen. Eso me saca del juego. Un poco.

«Quise entrar a la escuela porque no sabía qué otra cosa hacer. No sé qué más hacer aparte de bailar. Bailo para vivir. Vivo para bailar. Bailo para existir. Si no bailo, nadie me ve y a nadie le importo, pero eso no es importante para mí. Bailar me hace feliz y puedo hacer que los demás también se sientan felices. ¿Cuáles son tus motivos? Aparte de meterte en el tutú de Em». Tose. «Sin ofender, Em».

«No me ofendes», responde Em, y me mira apretando los labios y con esa actitud que expresa haber ido demasiado lejos.

Sé que se me pasó la mano y no debería desquitarme con Jen. Ella trabaja duro. Todos trabajamos duro. Doy un paso al frente. «Lo siento. Estoy estresado; es todo».

«Todos estamos estresados y sé que tengo que mejorar mi desempeño; si no lo hago, le dirán a Em que baile en mi lugar y eso sería lo peor que me puede pasar». Vuelve a toser. «Sin ofender, Em».

«Otra vez; no me ofendes. Sé que tienes problemas para expresar tus sentimientos y todo eso». Em sacude la mano frente a ella, como si quisiera desechar lo que dijo Jen.

«¿Por qué no tomas un descanso?», le pegunto a Jen.

Asiente, y noto que su pie sangra tanto que deja sangre en el suelo. «¿Estás bien?».

«Está bien. Los dedos de los pies me están molestando, pero no hay nada de qué preocuparse». Se dirige a la puerta. «Nos vemos mañana en la mañana a primera hora».

«¿Mañana sábado?».

«Dijiste que teníamos que practicar y tienes razón. ¿Y Em? No te olvides de la regla número uno».

«No te preocupes; no la olvidaré. Nos vemos, Jen».

Sale de la sala cojeando y cierra la puerta. Em se voltea a verme con las manos en los labios. «Tienes que calmarte».

«Estoy muy tenso».

«De nuevo: todos lo estamos. Pero esa no es razón para hablarle así a Jen».

«Nunca pensé que la defenderías».

«No me digas», suspira. «Hemos estado hablando. Un poco. Tiene momentos buenos».

Me acerco a ella y beso sus labios. Lleva puesto un jeans con una camiseta con cuello en V que deja ver las tiras de su sostén. Son negras, y de pronto dejo de pensar tanto en Jen. Le doy un beso profundo hasta sentirla derretirse en mis brazos. «Salgamos», murmuro, y me mira sorprendida.

«¿Para ir adónde?».

«A mi casa a jugar video juegos, o a Central Park, o quizás podríamos ir al cine o algo».

«¿No ibas a salir con Rob esta noche?», me pregunta mientras me besa el cuello.

«Cierto. Pero no creo que le moleste que vengas con nosotros», le digo.

«Probablemente tengas razón, pero le prometí a Mamá que iría a cenar esta noche».

«Me encantaría preguntarte si quieres que vaya contigo, pero estoy bastante seguro de que la respuesta es “no”».

«Bueno, es mi primera cena en casa desde el funeral de Nonna y la primera vez que veré a mi padre».

La vuelvo a besar. «Llámanos a mí o a Rob si necesitas algo, ¿lo prometes?».

«Lo prometo», responde mientras tomo su mano. Dejamos la sala juntos y siento que juntos somos más fuertes.

CAPÍTULO 31 - EM

DESPEDIRME de Nick siempre toma una eternidad, pero es una buena eternidad; es una eternidad que nunca quiero que se acabe. Sé que no puedo llegar tarde a cenar. Entro al dormitorio que Jen ya ha comenzado a decorar un poco. Finalmente se siente un poco más cómoda en él, pero no ha puesto ninguna foto. Lo que sí agregó fue uno que otro cojín de su antiguo dormitorio. Puso además dos afiches en su lado de la habitación: uno de París de noche y otro con pies ensangrentados en zapatilla de ballet. Apropiado para su situación de hoy. Seguimos hablando de Natalya y seguimos sin tener novedades directas de ella.

Sé que ha visto los mensajes que le he enviado en Facebook, pero no los ha contestado.

Solo necesito recoger mi bolso y luego salgo de la escuela. Mamá me envió un mensaje de texto recordándome lo de esta noche. Como si fuese la primera vez que voy a casa a verlos. Como si no los hubiese visto en años. Como si fuésemos extraños.

Jen es bastante ordenada y la habitación definitivamente se ve más organizada; por eso noté inmediatamente que había un sobre en mi escritorio.

Nota personal: No te hagas muchas expectativas.

Esto podría ser una carta de una de nuestras tías abuelas del sur, o quizás simplemente publicidad o un folleto. Podría ser para Jen. Podría ser cualquier cosa. O podría ser todo.

Tomo el sobre lentamente, sin reconocer la letra. Mi mano tiembla al abrirlo.

Querida Emilia:

Siento no haber escrito antes. Y siento mucho la forma en la que me comporté en agosto. Recibí las dos cartas tuyas y me tomó un tiempo tener el valor de contestarlas.

Solo quiero decirte que entregarte en adopción no fue una decisión fácil y que fue complicado.

Quizás en el futuro podríamos intercambiar cartas otra vez. Se supone que no tengo que hablarte, visitarte ni nada por el estilo. Pero quiero que sepas que asistí al espectáculo del año pasado y asistiré nuevamente este año. He estado pendiente de tus progresos y aunque es doloroso verte y pensar que me odias, estoy muy feliz de que seas feliz. Lo digo en serio.

Mis mejores deseos para ti y, otra vez, lo siento mucho.

Claire.

Agarro la carta en mi mano; ni siquiera estoy segura de estar respirando. Pareciera que no. Puso un número de teléfono al pie.

¿La llamo? ¿Espero? ¿Qué le digo?

Mi teléfono suena y me distrae de mis pensamientos. «Hola, Mamá», digo.

«¿Vienes en camino? Quería avisarte que hice pastel de chocolate fundido». Hace una pausa. «Bueno; no lo hice yo. Lo compré y el chico que me lo vendió me dijo que era el mejor de todo Brooklyn. Por supuesto, salvo que no quieras comer pastel de chocolate fundido porque estás ensayando».

«Me encantaría comer pastel, Mamá».

«¿Entonces nos vemos en un rato?».

«Por supuesto. Voy en camino».

«Bien, cariño». Y parece aliviada. Pongo la carta cuidadosamente en mi billetera y salgo.

Cenar con mis padres nunca se sintió tan terrible.



LA MESA ESTÁ PUESTA para tres, pero Papá no está ahí. No está cuando entro a la casa, cuando Mamá me abraza ni cuando nos sentamos.

Hay olor a quemado en el pequeño comedor. Mamá nunca ha sido una cocinera profesional y siempre dijo lo feliz que la hacía que Nonna fuese dueña de un restaurante. Tiene ojeras y su vestido negro resalta su pálida piel.

«Tu padre tuvo que trabajar», dice. Pero ella no lo cree. Se ve exactamente igual que cuando Roberto y yo le dijimos que no fuimos nosotros los que tapamos el retrete con envoltorios de dulces cuando teníamos como cinco y siete años.

«Trabaja mucho».

«Casi nunca está en casa. Creo que es su forma de lidiar con la partida de Nonna». Se sienta a la mesa y me pasa la hogaza de pan de ajo. «¿Cómo has estado?».

«Estoy bien. He pasado tiempo con Nick y Jen es bastante agradable después de todo».

«Eso es bueno. Me alegra saber que hay gente acompañándote». Mamá se despeja la garganta y mira la silla vacía de Papá.

Y me siento terrible por no haberla llamado la semana pasada para ver cómo estaba. «Puedo pasar el jueves, si quieres. Los jueves son más relajados».

«Sé que estás ocupada, cariño. No te preocupes. Estoy bien. En serio estoy bien. Extraño a tu Nonna; es todo. Ella era realmente increíble y una inspiración para mí». Mamá muerde su labio superior. Su padres murieron hace mucho tiempo y siempre le dijo a Nonna lo feliz que estaba de haber encontrado otra familia.

«Bueno, cuéntame. ¿Vas a reabrir el restaurante? ¿Qué decidiste?».

«No estoy segura todavía. No está decidido». Intenta sonreír. «Pero, bueno. Cuéntame más de tu escuela y de los preparativos para el espectáculo. Estoy tan orgullosa con tu arduo trabajo».

«Definitivamente no es fácil y no creo que tenga mucho que mostrar este año. Quiero decir, entendería si decidieras no asistir».

«¿Estás bromeando? Por supuesto que quiero ir». Sus ojos expresan sorpresa y me mira atentamente. «Sabes que estoy orgullosa de ti, ¿no es así?».

«Mmm-hmm».

«Nada de “mmmmh”. Estamos orgullosos de ti. Por tu arduo trabajo, por la mujer en la que te estás convirtiendo. Te preocupas por los demás y haces tu mejor intento».

«Pero nunca soy la mejor».

«Sí lo eres. Eres la mejor. Con la gente, y deberías ser la mejor contigo misma». Le da un mordisco a sus macarrones con queso quemado y hace una mueca. «Esto está espantoso. Podría pedir una pizza».

«Estoy segura de que está bien». Y esta vez, cuando sonrío, las cosas se hacen más fáciles. Mamá me ama. Y está orgullosa de mí. Y quizás pueda aprender a sentirme orgullosa de mí misma también. A pesar de no ser la mejor.

CAPÍTULO 32- NICK

ROB LLEGA a la casa de mis padres con diez minutos de atraso, lo que es nada. Normalmente, yo siempre llego con al menos quince minutos de atraso, pero Rob siempre llega antes. Es una de las cosas que me dice que le molestan de Giovanni. Giovanni nunca llega a la hora, incluso si su vida dependiera de ello.

«Hola», dice Rob vuelto mierda. Está demasiado pálido, su pelo está despeinado y camina como si cada paso le doliera.

«¿Estás bien?».

«Bien, totalmente bien». Tiembla. «Aun recuperándome de este estúpido resfrío». Se apoya en la pared. «¿Soy yo o todo se mueve?».

Se empieza a caer y está a punto de desmayarse. Mi corazón se acelera. Me agacho. «Vamos, Rob. ¿Qué te pasa?». No responde. Me pongo de pie. «¿Mamá?», mi voz es más aguda de lo normal. Papá asoma la cabeza desde su oficina que está al fondo del pasillo.

«Fue a ver a Meaghan. ¿Qué pasa?».

Fantástico. Rob está a punto de caer inconsciente y Mamá salió con una amiga. ¿Qué es lo que va a hacer mi papá? Que alguien me diga que, de partida, no debería estar ahí.

«¿Qué está haciendo Rob aquí?», pregunta con más confusión que enojo. Quizás porque Rob está en el suelo.

«Me parece que Rob no se siente bien».

«Estoy bien», dice Rob, pero luego comienza a toser y toser y toser.

Papá camina hacia nosotros. Está trabajando a pesar de que es viernes en la noche. Él y Mamá no han perdido ninguna sesión con el Doctor Grahams, por lo que la terapia debe estar funcionando.

«No estás para nada bien». Papá toca la frente de Rob y los surcos entre sus cejas se hacen más profundos.

Rob se balancea y tiene sudor alrededor de la nariz. Sus manos están temblando.

Papá se voltea a verme. «Llama al 911. Ahora. Llamaré al Dr. Wicks al hospital y le diré que nos reuniremos ahí de inmediato».

«No puedo. Seguro de salud. No», Rob casi no puede hablar y parece empeorar a cada minuto.

Se me sale el corazón y todo mi cuerpo se estremece. Llamo la 911 mientras Papá sostiene a Rob por la cintura hablándole sobre sus clases, sobre Giovanni y sobre Emilia. Rob no contesta. Asiente de vez en cuando, pero no puede enfocar la mirada.

«¿Cuál es su emergencia?».

«Mi amigo ha estado enfermo y no sé, parece que se está desmayando». Papá me hace un gesto para que le pase el teléfono y, por una vez, su actitud proactiva no me molesta. Le paso el teléfono. Y me siento al lado de Rob. Nunca lo había visto así; jamás había visto a alguien en esas condiciones. «Vas a estar bien», susurro, pero una voz en mi interior grita: *¿Qué pasa si no es así?* Decirle que se calle parece hacerla más fuerte, por lo que me concentro en escuchar lo que dice Papá.

«Es un chico joven, de dieciocho años. Parece estar enfermo y pierde la consciencia. Tiene dificultades para respirar».

Papá me mira y me aprieta el hombro. Es un gesto rápido, pero lo hace y me cago de miedo. ¿De qué está hablando Papá? Rob respira perfectamente.

«¿Rob?», lo llamo, pero no contesta. «Rob, contesta. No seas huevón».

Papá sacude su cabeza, susurra. «Está bien, hijo. La ayuda viene en camino».

Y luego habla al teléfono otra vez. «No sé si ha estado tomando algo». Da la dirección a la telefonista, asiente y sigue las instrucciones. «Esperamos, entonces. Sí».

Las sirenas se escuchan unos segundos después y pronto están frente a nuestra puerta. Hombres y mujeres entran, toman control de la situación y ponen una mascarilla de oxígeno en la cara de Rob. «¿Va a estar bien? Va a estar bien, ¿verdad?».

«¿Quiere venir con nosotros al hospital?», le pregunta una mujer a mi padre. Mi padre asiente y me lleva consigo.

«Ambos vamos con ustedes».

El celular de su trabajo suena, pero por primera vez en años, lo ignora totalmente,

Pero toma su iPhone personal. «Hola, estamos llegando al North Hospital en dos minutos. Pusieron a Rob en ventilación y dicen que está entrando en shock. No sé qué tiene o qué le pasa. Sí. El equipo está acá y nos estamos subiendo a la ambulancia. Gracias, David».

Me volteo hacia Rob y está con los ojos cerrados, con cosas en sus brazos, una máscara sobre su rostro y gente a su alrededor. Deberíamos haber ido en el helicóptero; debimos haber hecho otra cosa, debimos haber actuado antes.

«Vas a estar bien, Rob», susurro, y mi padre me vuelve a poner la mano en el hombro.

«Lo van a cuidar bien».

Me quedo mirando el rostro grisáceo de Rob y los sonidos de las máquinas cada vez son más fuertes.

«No se va a morir, ¿verdad?», pregunto sin mirar a mi padre.

«Están haciendo todo lo que pueden. Rob es joven». Mi padre usa su tono sensato, que es el que normalmente usa para habar de hechos; pero su mano está apretando mi hombro. «Hacen lo mejor que pueden», repite.

Junto las manos. No respondió la pregunta.

Rob no se puede morir.

No puede morir.

CAPÍTULO 33 - EM

DESPUÉS DE LA CENA EN LA CASA DE MAMÁ, vuelvo a los dormitorios, casi esperando que Rob y Nick estén esperándome y me pidan que los acompañe, como lo hacían el año pasado. Pero no hay nadie. Jen tampoco está. Saco la carta de Claire de mi billetera y la vuelvo a leer. Otra vez. Quizás debería llamarla. Pero no sin antes contárselo a Mamá y a Papá. No podría hacerlo hoy. Mamá está muy frágil ahora y Papá está muy ausente.

Mi teléfono suena y mis labios dibujan una sonrisa cuando veo el número de Nick. «¿Ya me extrañas?», bromeo.

«Tienes que venir al hospital. Tus padres vienen en camino. Mi papá los llamó».

«¿De qué estás hablando?».

«Se trata de Rob».

Eso no tiene ningún sentido. Mi cerebro no está registrando. Rob está bien. «Rob está bien», repito en voz alta. «Ustedes fueron a jugar juegos de video. Él está bien».

«Vino mi casa y se desmayó; quedó inconsciente. Dijeron que había dejado de respirar».

«¡Oh, Dios mío! ¿Dónde están?», digo más fuerte.

«En el North Hospital», responde, y me quedo con él al teléfono mientras corro hacia afuera. «Mi papá envió a su chofer para recogerte. Está esperando frente a la escuela».

«¿Cómo van a llegar mis padres?».

«Envió otro auto a buscarlos».

«Está bien. Está bien». Veo el Sedan negro que usa el padre de Nick; el mismo que nos pasó a buscar el Cuatro de Julio. El chofer me abre la puerta y no sonríe. ¿Estará al tanto? ¿Será su actitud normal? ¿Por qué no estoy aún en el hospital?

«¿Em?», Nick dice mi nombre como que si ya lo hubiese intentado algunas veces. «¿Estás ahí?».

«Estoy en el auto. ¿Qué dijeron los doctores? ¿Qué pasó?». Sé que expreso pánico, pero no lo puedo evitar. No puedo perder a Rob. No podemos perder a Rob. Rob va a estar bien. Va a curar enfermedades, se va a casar y va a adoptar a un niño o dos. Como dijo que lo haría cuando cumpliera treinta. Este es su plan de diez años, como le dice. Él va a estar bien.

«Mi padre habla con su amigo; aun no sé nada».

«Quédate al teléfono, por favor».

«Por supuesto». Y se queda conmigo hasta que el chofer abre la puerta del auto frente al hospital.



CUANDO BAJO DEL AUTO, me duele el corazón y me cuesta respirar.

Nick está en la entrada y me precipito hacia él. «¿Dónde está? ¿Qué pasa?».

«Está en Cuidados Intensivos», dice. Las palabras salen torpes y me abraza fuerte, como si aferrarse a mí fuese lo único que tiene sentido. «Fue a jugar videojuegos en la noche, pero estaba realmente enfermo cuando llegó».

«Tengo que verlo», susurro. «Tengo que verlo». Nick me suelta, pero sus dedos se unen a los míos mientras corremos hacia adentro.

Me explica que los doctores no dejan que nadie lo vea. Mis padres vienen en camino. Brooklyn está un poco más lejos; es por eso que se demoran más en llegar. El hospital está lleno de gente y las personas que se encuentran en la segunda recepción están más angustiadas. La ansiedad es evidente por la forma en que están sentados en las duras sillas grises y la forma en que se aferran unos en otros.

El padre de Nick habla con un hombre alto y delgado vestido de doctor. Se masajea la nuca. Como su hijo. Y tal como sucede con Nick, intuyo que hay algo que no está bien.

Se me sale el corazón y mis manos se juntan.

«¿Qué está pasando?». Me acerco al papá de Nick, que se voltea hacia mí. Se le cae la mandíbula. Nunca lo vi tan sorprendido; posa su mano sobre mi hombro y me abraza. Un abrazo que se siente como que si nada volverá a ser igual.

Y el pánico se apodera de mi pecho. Una fuerte ráfaga de pánico se apodera de mí. «¿Qué está pasando?», susurro.

«Tenemos que esperar a tus padres», responde soltándome suavemente, manteniendo la mano en mi hombro como para aterrizarme. «Él es el Dr. Wicks», dice para presentarme. «Es un buen amigo mío. Él conoce a tu papá. Está cuidando bien a tu hermano. Lo prometo».

«Quiero verlo».

«Lo siento, pero aún no se puede. Insisto. Hay que esperar que tus padres lleguen».

«¡Yo soy su hermana!». Me miro los pies y luego vuelvo a mirar al doctor, con voz casi inaudible. «Soy su hermana», repito con todas mis fuerzas: *Soy su hermana*. Y nada nunca cambiará eso. Y espero que lo sepa; espero que le haya quedado lo suficientemente claro que no debe pensar que no es lo suficientemente importante para mí.

El padre de Nick me habla con su voz calmada y tranquilizante. «¿Por qué no te sientas con Nick hasta que lleguen tus padres?».

No me quiero sentar, pero luego hay movimiento al otro lado de la habitación. Alguien aparece tras las puertas giratorias y el Dr. Wicks frunce el ceño. «Me tengo que ir, pero volveré. Te prometo que voy a hacer todo lo posible para cuidar bien a tu hermano». Y se aleja de mí.

El padre de Nick me suelta el hombro, pero se inclina hacia mí. Tiene la misma estatura de Nick y tienen los mismos ojos azules como el océano. Pero los de él están llenos de tormentas. «Te prometo, Emilia, que me voy a asegurar que Roberto reciba los mejores cuidados. Te lo prometo».

«¿Por qué hace esto?», pregunto, queriendo morderme la lengua por ser tan ingrata y desconfiada, pero la verdad es que el papá de Nick no ha sido precisamente cálido con nosotros en los últimos meses. «No puedo perderlo también», digo con voz casi inaudible. Ni siquiera estoy segura de que él haya escuchado la segunda parte.

«Lo sé». Vuelve a masajearse la nuca. «Siento haberte puesto... siento haberte metido en nuestro problema. Sé que no tienes la culpa. Es solo que... los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos».

Y yo no soy lo mejor para su hijo.

Me volteo. Esto es demasiado; todo es tan doloroso, tan atemorizante.

Siento las lágrimas caer por mi rostro y quiero reprimirlas y enterrarlas, pero no puedo.

Todo es confuso, pero ya no lo escucho; ni a él, ni a nadie.

Quiero a mi hermano. Quiero a mi abuela. Quiero volver a hablar con ellos. Quiero que mi hermano salga caminando por esa puerta y me diga que todo fue una broma, que nada ha cambiado; quiero que Nonna traiga comida al hospital como lo haría, porque siempre dijo que la comida ayuda.

«Emilia», dice el padre de Nick. Quizás por segunda o tercera vez. «Lo siento. Siento todo lo que pasó».

CAPÍTULO 34 - NICK

EL TELÉFONO DE MI PADRE volvió a sonar y esta vez parece que tiene que contestar. Me toma el hombro una vez antes de salir.

Tomo la mano de Em. La siento fría y no me mira. Solloza y siento ganas de gritar. Quiero que el mundo se detenga por un segundo y volver al punto en que nos dimos cuenta que Rob no estaba bien. Quiero volver a ese momento para llevarlo al médico. Quiero asegurarme de que esté bien.

Rob es mi mejor amigo.

Em me aprieta la mano y yo se la aprieto a ella.

Me trago los sollozos, porque aquí y ahora, me siento indefenso y me siento tan joven y viejo a la vez.

CAPÍTULO 35 - EM

«¿DÓNDE ESTÁ?», Mamá pasa rápido por la puerta, con los ojos hundidos y el pelo despeinado. «¿Dónde está?», repite. Aún lleva puesto el vestido negro de la cena, pero está todo arrugado.

Papá viene detrás de ella. Sus ojos apuntan a todos lados y luego se clavan en Nick.

«¿Qué hiciste?», le grita y todos se voltean a ver. La señora que sollozaba en una de las sillas deja de llorar y se queda mirando a mi papá.

«Dino», le dice Mamá, sin lograr calmarlo.

Se aproxima a Nick. «¿Dónde está mi hijo?».

Nick se pone de pie y le pone la mano en el brazo para calmarlo, pero eso solo lo enfurece más.

«No te atrevas a tocarme. Ensucias todo lo que tocas. Igual que tu padre», grita. Empuña las manos y Mamá me detiene cuando me paro para ponerme al medio.

«Dino, deja a Nick tranquilo», dice nuevamente y dos enfermeras se acercan sacudiendo la cabeza.

Nick abre la boca, pero luego sus ojos se cruzan con los míos y se hace a un lado. Fuera del alcance de mi padre, de la situación y del drama.

«Escúchame cuando te hablo. No seas cobarde. Tu padre me quitó todo. ¡Todo! Mi carrera, mi vida. ¡Todo! ¡No permitiré que me quites a mis hijos!».

¿Quién es este hombre? ¿Quién es el hombre rojo de furia que no se preocupa más que de lo que él siente?

«Va a tener que irse», le dice una de las enfermeras. Es una mujer negra, bajita, pero la forma en que mira a mi papá es bastante intimidante. «No va a molestar a la gente de este piso o a los pacientes. Si quiere pelear, hágalo afuera».

Papá se desinfla y cae sobre uno de los asientos con los hombros encorvados. «¿Cómo está mi hijo? Quiero ver a mi hijo».

Mamá me rodea con su brazo y juntas caminamos hacia él. Se sienta junto a mi padre sin decir una sola palabra.

La enfermera pone una mano compasiva sobre su hombro. «El doctor vendrá enseguida a hablar con ustedes».

Los labios de Mamá tiemblan, pero asiente con la cabeza en alto. Como si nuestra familia no pudiese resistir otro colapso.

Me acerco a Nick y lo abrazo. «Quizás sería mejor que te fueras», le digo. A pesar de que lo necesito. A pesar de que me da fuerzas. A pesar de que su presencia hace que todo sea menos atemorizante. «No quiero que mi papá se la agarre contigo. No quiero eso para ti y no quiero eso para Rob. No quiero que mi papá diga cosas de las que después se pueda arrepentir».

«¿Me llamas apenas sepas algo?», me susurra metiendo su cara en mi pelo. Asiento y estrecha sus brazos en mi cintura. «Rob es un luchador. Va a estar bien».

Y no estoy segura si intenta convencerme a mí o a sí mismo.

CAPÍTULO 36 - NICK

NUNCA EN MI VIDA me sentí tan jodidamente indefenso. Jamás había sentido tanto miedo, tanta rabia y tantas ganas de pegarle a alguien.

Podría irme a casa. Pero también podría intentar hablar con mi padre. De hecho, podría agradecerle que se ocupara de Rob y que se asegurara de que tuviera los mejores cuidados.

Pero, en este momento, no puedo hacer lo que todos esperan que haga. Mis pies me llevan de vuelta a la Escuela de Artes Escénicas. Y voy directo al estudio de arriba. Hay música sonando en el interior y Jen está ensayando. El mismo movimiento. Una y otra vez. Pero con mucha dedicación y pasión.

La observo desde la puerta hasta que la música termina. Voltea a verme con falta de aire. «No creí que había gente tan loca como yo. Son casi las 11 de la noche del viernes ¿No deberías estar haciendo algo con tu novia?». Su curiosidad parece sincera, como si mi presencia no tuviese ningún sentido.

«También solía ensayar todas las noches».

«Sé que lo hacías. Pero eso era cuando querías demostrarle algo a alguien más. Yo solo quiero demostrarme algo a mí misma». Se encoje de hombros. «Natalya era la que mejor me entendía. Nunca hablamos realmente, pero yo sabía exactamente cómo se sentía».

«El baile es mi vida».

«Sí, lo es; pero no es tu única razón de vivir. Es tu pasión. Lo veo; veo cuánto amas bailar y puedo visualizar que tendrás una carrera fabulosa, pero para ti, solo será eso».

Quiero protestar, pero sé que tiene razón. El baile está en mi sangre. Bailar es mi pasión y es gran parte de quien soy, pero no es lo único.

Jen pasa al lado mío. «La sala es toda tuya».

Tomo mi iPod y pongo una de las últimas piezas musicales más modernas. Me saco los zapatos y la camiseta y dejo que la música me guíe.

Bailo.

BAILO POR HORAS HASTA quedar absorto en la música, la historia, los movimientos, las emociones. Hasta que el baile me consume.

Pero en cuanto la música se detiene, en cuanto vuelvo a la realidad, esta me abofetea la cara. Rob está en el hospital. Me seco la frente y respiro hondo.

Corro a revisar mi teléfono. Em no ha llamado, pero sí envió un mensaje.

El Dr. Wicks nos dijo que el apéndice Rob reventó. Casi se muere. Aún está en cirugía.

Contesto:

Estoy pensando en ti. Llámame en cuanto sepas algo.

Después de una ducha corta, vuelvo a revisar. Aún nada. Siento ganas de llamarla, pero no se permiten celulares en la sala de espera.

Le escribo a mi padre y veo que el historial de mensajes dice que el último mensaje que envié fue para su cumpleaños hace cinco meses. Y nunca contestó. *He tratado de contactar a Em. ¿Alguna noticia de Rob?*

Mi celular vibra de inmediato. *Están intentando estabilizarlo y luego tiene que entrar a cirugía. Casi le explota el apéndice. Ahora estoy en la cafetería con el padre de Em*. ¿Por qué están juntos de nuevo? Resulta curioso que ambos crean que todos tenemos que mantenernos alejados, pero ellos pasan más tiempo juntos ahora que cuando trabajaban juntos. Mi teléfono vibra otra vez. *Em aún está con su mamá, en la sala de espera. Te mantendré informado*.

No hay nada que pueda hacer.

Salvo esperar.

CAPÍTULO 37 - EM

LOS MINUTOS SE SIENTEN COMO LAS HORAS antes de una audición. Pasan demasiado lento. Inmediatamente después de que el doctor nos dijo que Roberto tenía envenenamiento de la sangre producto de la explosión de su apéndice, Papá fue con el padre de Nick a la cafetería durante treinta minutos. Cuando volvieron, el papá de Nick estaba con el ceño aún más fruncido y el de papá estaba más marcado aún.

Papá y Mamá no han cruzado ni una sola palabra desde que Papá le gritó a Nick, pero se abrazaron cuando el doctor habló con ellos. Dijo que nos mantendría al tanto de las novedades tanto como fuera posible.

Me muevo en mi asiento y miro hacia la señal del baño, pero no me muevo. Más bien me concentro en la gente en la sala de espera.

Algunos se han ido y han vuelto. La señora que lloraba se fue con una sonrisa, pero la gente que sonreía se fue llorando.

No sé mucho qué pensar, o qué esperar. Temo llamar a la mala suerte. Temo hacer un trato con un Dios sin siquiera estar segura de creer en él. Tengo miedo de ver al doctor volver y miedo de que nunca vuelva.

Las enfermeras hablan de sus hijos en la recepción: la que le clavó la mirada a mi padre para que se calmara tiene un niño pequeño que se quedó al cuidado de su madre. Siguen atendiendo a la gente que llega y siguen averiguando el estado de los pacientes detrás de la puerta cerrada. Me pregunto cómo lo hacen. Cuidar a pacientes en la sala de emergencia, ver la miseria y la tristeza de sus familias, amigos y cercanos, y ser capaces de volver a sus casas para seguir cuidando de otros.

«Tengo que preguntar qué es lo que sucede», dice finalmente Mamá poniéndose de pie. Se hace una cola de caballo en el pelo y, sin voltear a mirar a papá, se acerca a la estación de enfermería. «El doctor dijo que volvería para mantenernos al tanto. Ya ha pasado una hora desde que nos dijo eso. ¿Sabe si nuestro hijo aún está en cirugía?».

«Déjeme averiguar», dice la enfermera, llamada Mandy.

«Gracias, gracias».

Toma el teléfono y luego de unos segundos de asentir y decir «sí, señor», aprieta los labios. «El Dr. Wicks siente haber tardado tanto. ¿Pueden venir conmigo?».

Mamá le hace un gesto a Papá para que se levante y me lleva de la mano. «Por supuesto».

La enfermera abre las puertas con su identificación y nos lleva a una pequeña habitación. Pasamos al lado de pacientes en cama antes de pasar por otra puerta al final del pasillo que parece la entrada a las salas de operación.

El Dr. Wicks entra unos segundos más tarde. Se ve más preocupado que la última vez que lo vi; más perturbado.

«Sr. y Sra. Moretti, como les comentaba. Roberto tuvo sepsis. Si sus amigos no lo hubiesen traído a emergencias, estaría muerto».

Mamá resopla y Papá se apoya en la pared. Siento retorcijones en mi interior, porque por la forma en que el Dr. Wicks se despeja la garganta, parece que no es todo lo que tiene que decir.

«Tiene una infección bacteriana muy grave que no solo afectó sus pulmones, sino también sus riñones. Estamos tratando de salvar los riñones, pero es probable que necesite un trasplante».

Papá se para súbitamente. «Le podemos dar uno, ¿verdad? ¿Siendo sus padres?».

«Si llegamos a esa instancia, sí; definitivamente consideraremos la posibilidad».

Papá respira fuerte y Mamá llora en silencio. La observa por unos segundo antes de preguntar: «Si necesitara un trasplante de riñón y los nuestros no son compatible, ¿qué pasaría?».

«Podría vivir con diálisis por un tiempo. E ingresaría a la lista de espera».

«Planeaba viajar. Va a recibir un premio y va ir a Europa, a Ginebra y a Londres. Iba a estudiar con los mejores del mundo».

«Va a tener que tomarse las cosas con calma por un tiempo y todo va a depender de cómo manejemos la infección y de cómo se recupere del tratamiento que le administramos. Hay daño, pero es probable que no lleguemos a ese punto. Las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales», explica el doctor.

Y los ojos de Papá me evitan para concentrarse en Mamá otra vez. Susurra un «lo siento» y luego dice: «También tienen que hacerle la evaluación a Emilia».

Asiento. Si bien Roberto y yo no tenemos un vínculo de sangre, si lo puedo ayudar, lo haré sin hacer preguntas.

«Tengo entendido que ellos no tienen lazos sanguíneos. Por supuesto que podemos hacerle las pruebas, pero, como es menor de edad, el procedimiento es un poco más complicado y las probabilidades que sean compatibles son muy bajas».

«Usted no entiende. Tiene que hacerle las pruebas. Tiene que asegurarse de que Roberto se recupere. Y no me importa si lo pierdo todo. No me importa si los pierdo a todos. No puedo ser yo el responsable de que Roberto se pierda la vida». Su voz se quiebra con cada palabra. Cierra los ojos. «Emilia también tiene que someterse a las pruebas porque ella también es mi hija. Ella es media hermana de Roberto».

La habitación queda en silencio. No sé si todos dejaron de hablar o si los estoy bloqueando. Me quedo mirando a Papá y luego miro a Mamá, que ahora está con la boca abierta.

No puede ser cierto.

EL ROSTRO DE MAMÁ SE pone aún más pálido y aprieta mis hombros tan fuerte que me duelen. «Roberto es nuestro hijo. Y Emilia fue adoptada. No puede ser su media hermana. Ella es su hermana. Pero no su media hermana». Se voltea hacia Papá. Su mano cae de mi hombro, pero no me suelta. Sostiene mi mano como si temiera que yo desapareciera.

«Ella es su media hermana», repite y fija la mirada al frente sin moverse.

«No entiendo», digo. Me cuesta digerir sus palabras. No las proceso.

«¿Qué es lo que estás diciendo?», dice Mamá bruscamente y sus palabras se enredan con un tono agudo. «No tiene sentido». Se fija en nuestras manos entrelazadas y luego clava su mirada en Papá. «Dino, ¿qué estás diciendo?», repite.

«Fue una noche. Un error. Y cuando me dijo que estaba embarazada...», dice Papá con arrepentimiento. Desvía la mirada hacia el suelo, pero luego mira a Mamá con tanta desesperación en sus ojos que casi siento pena por él.

Mamá suelta un alarido. «Ella es mi hija. No me importa lo que digas. ¿Por qué nos hiciste esto? ¡Nos mentiste! ¡Me mentiste, le mentiste a ella! ¡Les mentiste a todos!». Respira profundo con su mano apretando la mía y luego me toma la cara para mirarme. Hay lágrimas en sus ojos. «Todo va a estar bien. Nada de esto es tu culpa. Yo te amo», me dice con voz levemente temblorosa.

Me siento entumecida y asiento. No quiero que llore. No quiero que se sienta triste y siento un sabor amargo en mi boca.

«Tú... tú eres mi padre». Mi voz suena tan vacía como mi corazón.

El doctor se despeja la garganta. Y hay lástima en sus ojos cuando nos mira. Incluso olvidé que estaba ahí parado. «Les puedo dar unos minutos».

«Usted dijo que no había mucho tiempo», contesto.

«¿Puede hacerle las pruebas a ella también?», le pregunta Papá al doctor. Hay una mezcla de esperanza y de tristeza en su voz.

«Por supuesto que le haremos las pruebas, en caso de que ninguno de ustedes sea compatible. Aún intentamos salvar sus riñones. Aún está en la sala de operaciones. Y pueden esperar aquí si quieren. Hay una máquina expendedora en el pasillo».

«No puedo quedarme en la misma habitación en la que está él», dice Mamá al ponerse de pie. «No puedo estar en la misma habitación. No puedo mirarlo». Su voz tiembla. Sus manos tiemblan. Todo su cuerpo tiembla.

Y yo no sé qué hacer. No sé qué decir. No sé hacia dónde mirar, a quién seguir, si escuché correctamente o no.

No puede ser.

Mi vida no puede ser una mentira. Mi vida entera no puede ser una mentira. Es como si recién ahora las palabras de mi padre estuviesen llegando a mi cerebro. *Soy media hermana de Roberto. Él es mi padre biológico.*

El doctor da un paso al frente y se merece el Oscar o algún premio: está entero y calmado, como si presenciara este tipo de cosas todos los días.

«Puede esperar en la sala contigua. Déjeme mostrarle el camino. Sepan que estoy haciendo todo lo posible por su hijo y tu hermano».

«Emilia, ven conmigo», me dice Mamá apretándome la mano. «Si quieres. Puedes quedarte y hablar con tu padre. Lo entendería». Respira fuerte, como si estuviera contando en su cabeza para tratar de calmarse. Papá se deja caer sobre una silla, con los hombros encorvados.

«¿Papá?», pregunto.

Se tapa la cara con las manos. Como si no creyera lo que pasó.

Tampoco puedo creerlo.

«¿Por qué?». Me sorprende lo clara que suena mi voz. «¿Por qué no nos dijiste? ¿Por qué no dijiste nada el año pasado, el verano pasado?». De hecho, pensé que podía ser una posibilidad, pero luego pensé que mi padre jamás le mentiría a mi madre de esa forma. Nunca nos expondría a una cosa así. Espero una respuesta que no llega. «Ya no sé qué pensar. ¿Sabes qué es gracioso? Que pensé que saber de dónde venía facilitaría mucho las cosas. No es así. En este momento es más difícil de lo que ya era».

«Emilia», susurra mi padre. «Emilia, lo siento».

«Me parece que deberías disculparte con Mamá».

Mamá aún está de pie en la habitación. Pareciera que está lista para saltar al medio y protegerme.

Sus ojos se clavan en ella, pero luego mira al techo. «No tienes idea de la presión que he tenido. La gran cantidad de veces que simplemente quise contarles todo». Sus palabras salen con torpeza. «Me despidieron porque desvié dinero. Me despidieron porque hice lo que se suponía que no debía hacer».

Mamá queda con la boca abierta.

«No he terminado. Tengo algo más que decirles». Se encorva aún más. Perdido en su propio mundo. «Ya que se destapó todo, ya que todo está dicho y hecho. Ahora que perdí todo y a todos».

Suspiro. Siento ganas de tomar la mano de Mamá, pero también de salir corriendo; siento ganas de sentarme al lado de él y pedirle que me diga que no es cierto, o mirarlo y ver si me puedo ver en él. Tenemos el mismo color de piel, aunque el mío es más oscuro, como el de Poppa. No tenemos nada más en común... salvo los ojos. Tenemos los mismos estúpidos ojos café. Susurra otra vez: «Lo perdí todo».

Me agacho a su lado. «Si hay algo que aprendí, es que no pierdes si no luchas. Nonna siempre decía eso también, y tenía razón».

Clava sus ojos en los míos. «Tienes una hermana gemela».

CAPÍTULO 38 - NICK

AUN NO HE SABIDO NADA de Emilia. Y Papá dice que hace algunas horas que no la ve. Aparentemente, hubo una pelea en el hospital, pero no quiso darme más detalles.

Kayode me dio un abrazo cuando volví al dormitorio y ha estado callado toda la noche. Como si supiera que necesito tiempo a solas. Se fue a dormir hace casi una hora.

El cálido clima de primavera de los dos últimos días se fue a la mierda y no ha parado de llover. Si bien el ruido que hace contra la ventana no le permitiría a nadie dormir, Kayode ronca suavemente.

No dejo de dar vueltas en la cama, pero eso no tiene nada que ver con la lluvia.

Estoy preocupado por Rob.

Estoy preocupado por Em.

Y estoy preocupado por mí y mis decisiones y el deseo de siempre estar en conflicto con mi padre. Era casi simple que cuestionara cada decisión que haya tomado, porque sabía cómo contraatacar. No quiero ser abogado, eso está bastante claro; quiero bailar, esto también está bastante claro.

Pero no creo que quiera unirme a una compañía. Al menos, no por ahora. Es posible que prefiera ayudar a otros en vez bailar profesionalmente. Podría tomar uno de los mejores programas de danza y combinarlo con un título de educación. Al menos, podría averiguar más al respecto. Me encantó mostrarle a Em cómo crear emociones. Y no solo porque me permitió acercarme a ella, sino porque la expresión en su rostro cuando lo lograba era muy gratificante.

Me doy vueltas otra vez.

He pasado los últimos quince años trabajando con ese único objetivo que surgió el día que Mamá convenció a Papá que estaba bien llevarme a clases de danza en el estudio local. Desde ese momento, sentí que podía conquistar al mundo con un salto. Desde el momento en que Papá me dijo que solo sería un hobby.

¿Fracasé si no logro el objetivo? ¿O significa algo totalmente distinto?

Todo habría sido más simple si me hubiese enfrentando a Papá.

Alguien toca suavemente a mi puerta. Demasiado despacio para que lo escuchara el ronquido de Kayode.

Tan despacio que casi creo que lo estoy imaginando.

Pero alguien toca otra vez.

«Todos sabemos que es para ti», murmura Kayode. «Entonces, ¿por qué no mueves tu lindo trasero, abres la puerta para que todos nosotros, o sea yo, podamos dormitar por algunas horas antes de mañana?».

«Ya voy, ya voy». Salto de la cama y abro la puerta.

Em se lanza a mis brazos; solloza, pero no llora. No estoy seguro si está agotada de tanto llorar o está tratando de ser fuerte.

La sostengo por un segundo antes que la voz de Kayode exprese los miedos que yo no puedo verbalizar. «Oh, por Dios, Em, ¿es Roberto? ¿Está bien?».

Em asiente en mi hombro antes de separarse un poco de mí. «Está bien. Ya salió de cirugía y está en recuperación. Los doctores creen que sacaron todo, pero no están completamente seguros.

Dicen que dependerá de la forma en que reaccione su cuerpo y de lo que pase en la próximas cuarenta y ocho horas».

Kayode se despeja la garganta. «Cuando se despierte, dile... dile que a veces lo extraño».

«¿Qué?». Siempre supe que Kayode estuvo medio enamorado de Roberto, pero nunca pensé que habían tenido algo.

«Lo haré».

«Dile que también soy feliz y que tenía razón».

«Lo haré, lo prometo». Pasa a mi lado para abrazar a Kayode, como que si fuese él quien necesitara consuelo. No ella.

«Me parece que tengo que salir un rato. Volveré en la mañana», dice Kayode después de darle un beso en la mejilla y mirarme fijo por largo rato. Una mirada que no sé cómo interpretar.

Cuando cierra la puerta al salir, Em respira hondo y se deja caer en la silla junto a nuestro desordenado escritorio. Normalmente lo ordena cada vez que puede; uno de sus tics. Pero esta vez, lo mira sin hacer nada, sin hacer ningún comentario. Levanta la mirada y aunque no hay lágrimas en sus ojos, siento la pena que irradia. «Mi padre es mi verdadero padre». Hace una pausa. «Y siento que estoy en una maldita película de *Star Wars* o algo así. Siento que una voz en off va a aparecer detrás mío para explicarme lo que todo esto significa. Porque no puedo entenderlo. No sé lo que significa. No sé qué hacer o qué decir. Y todo es mentira». Su voz suena más fuerte con cada palabra. Se pone de pie y se pasea por la pequeña habitación, pateando una camiseta tirada en el suelo hacia el otro lado de la habitación. «No sé qué hacer. Nonna sabría. ¿Por qué no dijo nada?».

«Espera... espera. Tu papá es...», sacudo mi cabeza y modulo las palabras lentamente. «¿Es tu verdadero padre?».

«Sí. Es él. Mi papá».

«Entonces... él..», me cuesta pensar racionalmente. «¿De verdad es tu padre?».

«El verdadero y único. ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Acaso no se daba cuenta que no saber me estaba matando? ¿Por qué inventó toda esa mierda?».

«Quizás se asustó».

«Quizás sea un imbécil».

«No sé cómo defender a tu papá, pero estoy bastante seguro de que sus mentiras solo lo superaron y no sabía cómo arreglar todo».

«¿Qué tal decir la verdad? ¿Qué tal tratar de dejar de protegerse a sí mismo?».

«Estoy seguro de que quería hacerlo». Pero no sé por qué lo estoy defendiendo. No sé por qué... pero no creo que Em pueda soportar estar aún más enojada con su papá de lo que ya está.

Y luego deja de pasearse; se mira los zapatos. «Tengo una hermana». Esta vez hay lágrimas en su voz. «Y ni siquiera sé su nombre. Ni si quiera sé por qué no la adoptó. ¿Por qué no le pregunté a mi estúpido padre estas cosas? Dios. Yo solo... yo solo tenía que irme ¿sabes? No estaba pensando... no estaba pensando racionalmente». Su hombros tiemblan y da un paso hacia adelante con el pelo en la cara y los labios temblando. Me rodea con sus brazos y entierra la cara en mi pecho y se aferra a mí como si yo fuese el único que la puede mantener en la tierra.



ENTRE SOLLOZOS, REPITE textualmente las palabras de su padre. Me dice lo mucho que teme decirle a Rob cuando se despierte; lo mucho que teme la forma en que todo esto afectará su recuperación.

«Quiero conocerla», susurra. «Somos gemelas. Debemos ser parecidas. ¿Pero seremos iguales? ¿Y por qué no tuve ese sexto sentido del que la gente siempre habla? No la sentí. No sabía».

«Quizás sí lo hiciste».

«¿Qué?»

«¿Recuerdas hace dos años, cuando te hiciste daño en el pie, o al menos eso pensaste, pero no apareció nada en las radiografías?».

«Sí. Recuerdo a Rob diciéndome que solo estaba tratando de llamar la atención, pero aun así se preocupó».

«Quizás exista una conexión».

Mi mira fijo apretando los labios. «Bueno, no exactamente. Probablemente estaba tratando de llamar tu atención».

«¿En serio?».

«Por supuesto. Tú me estabas ayudando a caminar, lo que significaba que estabas cerca de mí y no quería que te fueras. Entonces aunque ya no me doliera, es posible que haya hecho como que sí».

«Eso lo sé», le digo sorprendiéndola. Incluso se sonroja un poco. Y siento ganas de darle un beso para que olvide todo, pero simplemente la aparto un poco para sentarla junto a mí. Nuestros cuerpos están alineados y pareciera que nos hemos fusionado en uno sin besarnos, sin tocarnos. Respiro profundo para augurarme de que mi cabeza se mantenga en su lugar y no se ponga a seguir a todas esas imágenes que tengo en mi mente: la piel de Em, mi boca sobre su piel, su piel desnuda.

Despejo mi garganta. «Como sea; incluso si lo fingiste por algunos días, fue real al principio. En cuanto a tu padre, no estoy seguro de qué fue lo que pasó. No estoy seguro cómo fue que siguió escondiendo todo, pero yo también lo hice. No te conté de las citas con las otras chicas para poder quedarme en la escuela, para que mi padre siguiera pagando la cuenta».

«No es lo mismo».

«No estoy seguro». Y de verdad, no estoy seguro. ¿Es una mentira menos mala que otra? ¿Cuál es el criterio que uno aplica para decidir eso? ¿Quién decide eso?

Sacude su cabeza. «Aunque tu papá solo trataba de protegerte. No lo hizo bien, pero él solo trataba de protegerte. Mi padre engañó a mi mamá, nos engañó a todos; engañó a tu papá en el negocio. Es un completo fraude. Y no sé por qué».

«Quizás solo estaba tratando de ser alguien que no era».

«Quizás. Pero no sé qué es lo que pasará de ahora en adelante. Ni siquiera estoy segura de que Mamá le vuelva a hablar. Ella me dijo que todo estaría bien. Pero no puedo ni imaginar cómo se siente».

Acaricio su pelo. Es tan suave. Acerca su cara. Siento su respiración en mi cuello y siento calor... en todas partes.

«Lo vas a resolver. Confío en tu mamá; ella se asegurará de que lo resuelvas».

Se contorsiona para acercar su cara a la mía. Suavemente, me besa la mejilla, y luego los labios. «Gracias. Por apoyarme».

«No podría estar en ninguna otra parte».

CAPÍTULO 39 - EM

SIENTO CALIDEZ y tranquilidad al despertar en los brazos de Nick. Se mueve y abre los ojos. Sonríe y me abraza, besando mi cuello tímidamente y luego con tanta pasión que me hace arder.

«Esto es algo a lo que me podría acostumbrar», susurra, y siento que mi voz y mi sentido común desaparecen. Aún estoy asustada y triste, pero cuando estoy con Nick, siento que todo estará bien. Siento que él despierta la fuerza que yo no sabía que tenía. Y me permite ser frágil cuando lo necesito.

Su respiración se hace más intensa y sus ojos buscan los míos. Intento sonreír, pero sus manos ya no acarician mi espalda; se detienen y exhala con fuerza. «Buenos días», dice besándome suavemente.

«¿Por qué te detuviste?».

«Porque no quiero ver tristeza en tus ojos cuando hagamos el amor por primera vez».

Me río. No puedo evitarlo. «¿Dijiste hacer el amor?».

«Pensé en decir “hacerlo”, pero no me pareció adecuado. No contigo». Se ríe. «Puede haber sonado como diálogo de película, pero lo digo en serio».

«Sé que es en serio». Lo beso. Mi corazón está pesado y liviano a la vez, lleno de amor y de tristeza. Mi corazón late a mil por segundo, como cuando estoy a punto de entrar a escena, justo antes de saltar en el aire, justo antes de nuestro primer beso. «Te amo», susurro, y esta vez, se toma tiempo para besarme.

«Yo también te amo», dice mientras sus labios bajan por mi cuello. Me mira a los ojos otra vez y trato de borrar toda mi tristeza, porque lo que me hace sentir no tiene nada que ver con mis lágrimas.

Sus tibias manos exploran mi piel bajo mi camisa.

La puerta se abre. «Sabía que tendría que haber tocado antes». Kayode se ríe. «No estoy mirando; lo juro. Pero tenemos clase en cuarenta minutos y al menos me tengo que cambiar». Pone su mano sobre sus ojos.

Le doy un beso a Nick en la mejilla y me siento. Casi golpeo mi cabeza con la base de la cama de arriba. «Quiero volver al hospital», digo.

«Déjame pedirle a mi papá que llame al doctor».

«¡Vaya! Ustedes sí que saben cómo terminar los momentos sensuales». Guiña un ojo. «Veo que te sientes mejor, Em. Aunque los chupones dejaron de estar de moda».

Toco mi cuello, con la boca medio abierta. Recordando la sensación de los labios de Nick en mi piel. Recordando la sensación de la manos de Nick en mi piel. Recordando la sensación de su cuerpo contra el mío.

Siento que mi cara hierve.

Kayode se ríe. «Aunque, por la cara de Em, ese chupón valió la pena». Saca ropa del armario y la tira sobre la cama.

Nick me aprieta el hombro y susurra. «Definitivamente valió la pena».

Y siento cómo mi cara se sonroja.

Nick me da un beso en la mejilla y se pone de pie para tomar tu teléfono. Marca un número y en pocos segundos apenas escuchamos la voz de su padre al otro lado de la línea. Le pide si

puede averiguar novedades o si supo algo. Y luego, Nick hace algo que no ha hecho en mucho tiempo cuando habla con su papá. No puedo evitar preguntarme si alguna vez lograré tener ese tipo de relación con mi papá. Sonríe y dice. «Gracias. Muchas gracias... Papá», agrega.

Y esa simple palabra significa tanto para ellos.

Y esa simple palabra, me mata por dentro.

CAPÍTULO 40 - NICK

PAPÁ ESTUVO DE ACUERDO en que podía faltar a la escuela este fin de semana, a pesar de los ensayos. Aunque no se lo pedí directamente, fue agradable tener su autorización. Volví al hospital con Em, pero aún no pudo ver a Rob. Sus padres no aparecieron por ninguna parte. Quizás estaban hablando, quizás estaban peleando. Em no necesita más presión.

«¿Estás segura de que quieres quedarte acá sola?», le pregunto por enésima vez.

«Pienso que tienes que hablar con tu papá. Es el momento de hacerlo. Todo está saliendo a la luz; creo que es el momento de que lo enfrentes» dice. «Y quiero apoyar a Rob cuando se despierte; quiero apoyar a Mamá cuando llegue. Debe estar tomando café».

Justo entra la mamá de Em a la sala de espera. No trae café, sino una botella de agua y algunos bocadillos, incluyendo Twizzlers. Los caramelos favoritos de Em. «Buenos días», dice pasándole los Twizzlers a Em. Em los toma y se abalanza sobre su mamá. Su mamá abre los brazos y la abraza. «Ya te dije que todo se va a arreglar, cariño. Todo va a estar bien».

«Lo siento tanto», dice Em con una voz que me rompe el corazón. Pareciera que cree ser responsable de lo que sucedió; pero no tiene culpa alguna. No fue ella quien tomó esas decisiones.

Su mamá le da un beso en la cabeza. «No tienes que disculparte por nada. No eres responsable de ninguna de las acciones de tu padre. Lo resolveremos. Juntos». Ella me sonríe. «Siento que hayas tenido que pasar por todo esto, Nick. Pero gracias por tu apoyo».

«No tienes nada que agradecerme», respondo moviendo los pies.

«Pero quiero hacerlo. Sé que estás ocupado y que tienes ensayos y todo eso. Y sé que también fue difícil para tus padres». Hace una pausa. «Hablé con tu mamá anoche. Ambas estuvimos de acuerdo en que nada de esto tiene que afectarlos a ustedes dos». Nos mira a mí y a Em, que parece estar buscando a alguien. Sus ojos siguen clavándose en la puerta. «Me pareció que ella lo está manejando bien. Me dijo que iba a ser voluntaria en un albergue para indigentes. Dijo algo sobre devolver la mano».

«Está haciendo un esfuerzo».

Em se despeja la garganta. «¿Está Papá aquí?».

«Tu papá se mudó anoche...», dice con mucha tristeza. «Pero va a seguir formando parte de tu vida, lo prometo. Haremos que funcione. También tenemos cosas que solucionar como pareja. Pero no sé si podré perdonarlo».

«¿Por mí?», pregunta.

«Por lo que hizo. No por ti. Nunca por ti, lo prometo».

Casi me siento como un intruso. Muevo los pies, despejo la garganta y me masajeo el cuello. «Voy a casa a ver a mi padre y vuelvo luego».

Em suelta la mano de su madre y se lanza sobre mí para abrazarme. La sostengo por algunos segundos. «Llámame si necesitas cualquier cosa ¿sí?».

«Lo prometo», contesta y le doy un beso en la mejilla.

Espero que sepa que soy lo suficientemente fuerte para ayudarla y que no está sola.

CAPÍTULO 41 - EM

MIRO A MAMÁ; miro las oscuras ojeras en su rostro buscando las palabras correctas, pero no las encuentro. «¿Qué está pasando con Papá?».

Mamá acaricia mi pelo. «Es complicado, cariño». Ella suspira. «No creo que pueda perdonar a tu padre y volver a dejarlo entrar en mi vida».

«Es por mí, ¿no?».

«No. No es así. Él me engañó, me mintió. Te mintió a ti. Hace un año que miente diciéndome que se va a trabajar cuando en realidad renunció a su trabajo como asesor financiero en esa pequeña empresa. Ni siquiera sé qué es lo que ha estado haciendo. Nunca me dice la verdad; dice mentiras pequeñas y mentiras grandes. Tu padre tiene problemas... y yo tengo que protegerme».

Se ve tan triste, pero tan decidida a la vez.

«Además, tengo que protegerte a ti y a Rob; al restaurante de tu abuela».

«¿Qué?».

«Tu abuela me dejó el restaurante. Casi pareciera que ella sabía más de su hijo de lo que aparentaba».

«¿Lo vas a conservar?».

«Quiero hacerlo. Y quiero que pienses en algo».

«¿Qué?».

«Piensa en lo que quieres. Piensa en lo que te hace feliz. Porque, cariño, aprendí que ninguna relación te llenará por completo. Tienes que asegurarte de tener algo para ti».

«Sí. Por eso bailo».

«¿Pero es eso lo que realmente quieres? La última vez que te vi feliz, realmente feliz, fue cuando estabas en la cocina con Nonna. Piénsalo».

Me da un beso en la mejilla y se retira del hospital con la cabeza en alto.

CAPÍTULO 42 - NICK

NO ME DEMORO mucho en llegar a casa. Mamá ya volvió de su voluntariado. Ella y Papá están en la sala, hablando. Puedo oír sus voces, pero entonces escucho a alguien más. Dino. El padre de Em está en la casa también.

Entro a la sala. «Papá, ¿puedo hablar contigo?».

Dino se pone de pie y huele a alcohol y pareciera que no se ha duchado en varios días. «¿La has visto? ¿Has visto a Em?».

«Está en el hospital con su mamá».

«Lo eché todo a perder. Todo», dice, y Mamá sacude la cabeza.

«Vamos, Dino. Toma algo de agua, come algo y luego hablaremos», le dice con voz cálida, como si no fuese la primera vez que hubiese tenido que pronunciar esas palabras en su vida.

«¿Papá?», pregunto.

«Vamos a la oficina», dice. Sigo ensayando lo que voy a decir en mi cabeza. Papá se sienta en la silla detrás del escritorio, erguido, tal como lo hace cuando negocia un acuerdo. Esta vez, no quiero ser uno de sus acuerdos.

Saco la silla frente al escritorio y me hundo en el forro de cuero. Paso mi dedo por la vieja madera de roble y despejo la garganta. Espera que comience a hablar; esa es su estrategia. Pero esta vez, estoy preparado. Esta vez, no intento enfrentarme a él. Esta vez, hablo por lo que quiero.

«¿Por qué me pediste que saliera con esas chicas?».

«No pensé que te molestaría».

«¿Por qué?».

«Porque pensé que te crie para que dijeras no si no querías hacerlo. Me desafiaste en todo lo demás: la escuela, los Moretti».

«Te gustaban los Moretti».

«Así es. Y siguen gustándome».

«Tú sabías que yo no quería salir con esas chicas. ¿Por qué me chantajeaste para que lo hiciera?».

«Primero, te pedí que salieras con ellas; nunca te pedí que tuvieras algo con ellas».

«¡Por favor, Papá!». Ahora usa su técnica distractiva. «No estoy gritando. No estoy discutiendo. Quiero entender».

«Te pedí que salieras con esas chicas cuando se hizo evidente que Dino tenía problemas. Tiene problemas con las apuestas. Sabía que esto de la adopción le explotaría en la cara. Le mintió a su esposa, le mintió a su hija y me mintió a mí. La pérdida de los fondos de esos jubilados no fue mi culpa. Fue culpa de él».

«¿Por qué no me dijiste?».

«Porque yo no soy ningún santo». Mira a su alrededor. «Todo lo que ves no es el resultado de haber hecho siempre las cosas bien. Aprendí a manipular el sistema». Su mirada se concentra en mí. «Aprendí a manipularte a ti».

«¿Qué hay con el ballet?».

«Aún no creo que puedas vivir de eso. Aún no creo que sea una buena carrera para ti. Y no te voy a apoyar si sigues esa dirección sin ganar dinero solo». Parece hablar en serio y tengo la

sensación de que es algo sobre lo que ha estado reflexionando hace tiempo.

«¿Qué pasa si hago otra cosa? ¿Qué pasa si doy clases, y quizás siga bailando, pero no en una de las mejores compañías?».

«¿Me estás preguntando si lo apruebo?».

«No lo sé. Puede ser». No estoy seguro de qué es lo que quiero escuchar; no sé qué es lo que quiero que conteste.

Toma la placa sobre su escritorio que dice «Gracias Grawski & Son por su donación» del North Hospital. Se la regalaron hace unas semanas. Es una más de las muchas placas que tiene por donaciones de caridad.

«Quería mantener vivo el negocio. Sigo queriéndolo. Aún puedes cambiar tu camino. No tienes malas notas y, con tu apellido, podría meterte en una buena universidad».

Lo miro. Lo miro directo a los ojos. Las arrugas alrededor de sus ojos, la forma en que junta las manos y posa su barbilla en ellas, mirándome fijo, contemplándome; pero no esta vez. Esta vez, no me retractaré.

«No es lo que quiero. No creo que sea justo que me pidas algo que no es necesario. Porque no siento la necesidad de seguir tus pasos». Además, no puedo evitarlo. Y porque esta tregua es algo nuevo. «De todas formas, tus pasos no son los más espectaculares».

Se ríe. «Me preguntaba si en algún momento atacarías durante la conversación».

«No voy a volver a tener una relación con alguien o salir con alguien solo porque tú me lo pides. Porque me chantajeas. Y voy a seguir viendo a Em. Pelearé por ella. Y lucharé por lo que quiero».

«¿Qué quieres?». Su voz se hace más intensa con esa calma de hierro que solía aterrorizarme cuando era niño y que me molestaba tanto hasta hace poco. Pero no ahora.

«Quiero bailar. Quiero enseñar. Quiero estar con Em».

Exhala fuerte y se recuesta en el respaldo de su asiento. Esa es una nueva estrategia. «No te voy a ayudar con la parte del baile. Me rehúso a hacerlo. Mi padre no me ayudó».

«Y mira lo fantástico que resultó», murmuro. Mi padre levanta una ceja. Mierda. ¿Saque eso de él?

Esta vez se ríe naturalmente, como que si se le hubiese escapado. «No te voy a ayudar. Quiero que te las arregles solo. Porque, seamos honestos, tienes que reconocer que también saliste con esas chicas por temor a que dejara de pagar la escuela. No hiciste ningún esfuerzo para convencerme de otra forma que no fuera demostrándome lo bueno que eres. No intentaste encontrar otra forma de pagar la colegiatura o de conseguir una beca. Creíste que me estabas desafiando, pero en realidad no fue así». Pone el premio de vuelta en su lugar, detrás de su teléfono. «Hoy es el primer día en que no solo te enfrentaste a mí, sino que además hablaste conmigo».

Quiero protestar y decirle que está equivocado, gritarle y estallar. Pero no está equivocado del todo. Sus métodos apestan. Casi siempre. Pero nunca había intentado encontrar otra forma de obtener lo que quería hasta ahora.

Su sonrisa se hace más grande. «El Dr. Grahams estaría tan orgulloso de nosotros».

Ahora sonrío yo también, no con la intención de perdonarlo, sino más bien de solucionarlo.

Pero luego frunce el ceño y baja la barbilla. «No he sido un gran padre. No he sido un gran esposo. Francamente, tampoco he sido un gran ser humano. Pero estoy tratando de cambiar para ser mejor. Por tu mamá, por ti y por mí».

«Lo sé. También pongo atención en la terapia». Hago una pausa. «¿Qué hay del padre de Em?».

«Dino y yo nos conocemos hace mucho. Antes de que llegaran ustedes, antes de que nos casáramos, antes de tener éxito. No le voy a dar la espalda. No voy a dejar que se te acerque y sigo pensando que no es buena influencia y que necesita solucionar sus problemas. Pero no le voy a dar la espalda».

Eso explica por qué Dino siempre acudía a mi padre a pesar de haber peleado. Eso explica por qué mi padre paga la colegiatura de Em. Eso explica por qué, algunas veces, puedo mirar a mi padre con orgullo.

«Vamos a ver a tu madre antes de que piense que nos asesinamos uno al otro». Gira la barbilla hacia el retrato de su padre en la pared. «Mi padre murió triste y solo. No quiero ser como él. Y no quiero que tú seas como él».

Me quedo mirando el retrato del abuelo. Observo la forma en que aprieta los labios, la forma en que sus ojos miran al frente sin pasión, como si el mundo le debiera y no que fuese dueño del mundo.

Y, por tercera vez esta semana, estoy de acuerdo con mi padre.

CAPÍTULO 43 - EM

PAPÁ ESTA A UN COSTADO de la sala de espera. Mamá y yo estamos en el otro extremo. El aroma a hospital ya no me atemoriza; más bien me tranquiliza. Roberto está a salvo. Ya superó la crisis y lograron salvar sus riñones. Deberá seguir un régimen estricto y permanecerá en el hospital por al menos dos semanas más, pero ya está fuera de peligro.

«Sr. y Sra. Moretti, Roberto está listo para recibir visitas. Pero solo por cinco minutos».

Todos saltamos y seguimos a la enfermera. Nos da instrucciones e información. Mamá y Papá caminan juntos. Mamá me pidió que no le dijera nada a Roberto todavía, hasta que haya salido del hospital, para no poner en riesgo su recuperación.

Estoy de acuerdo, pero también creo que no quieren decir nada porque no saben qué hacer. No saben qué hacer.

Mis padres se rozan al entrar a la habitación y se miran por tres segundos antes de separarse. Se expresaron tantas cosas en esos tres segundos: dolor, traición, pero aun así, algo de ternura. Lo que resulta raro. Porque sé que Mamá vomitó tres veces anoche y lloró hasta más no poder. «Hola», dice Roberto. Y debo mirar dos veces. Se ve tan pequeño en esa bata de hospital, en la cama de hospital con tubos que le salen de la nariz y de los brazos. Se ve tan pálido y frágil que me recuerda que casi lo perdemos. Casi lo perdemos.

Nota personal: no des a nadie por sentado.

Nota mental: no llores.

Corrección: no llores demasiado.

«Parece que vieron un fantasma», dice Roberto con voz ronca, pero sonriendo. «Las enfermeras me dijeron que la bata me sienta bien. ¿Qué creen ustedes?».

«No te queda tan mal». Estiro las sábanas de la cama. «No vuelvas a asustarme así».

«No lo haré».

Mamá y Papá tienen lágrimas en los ojos. Papá saca un mechón de pelo de la cara de Rob. «Vas a tener que tornarte las cosas con calma».

«Lo haré. Lo prometo. Pero ustedes tienen que dejar de estar tan tristes. Estoy aquí. Y no voy a ir a ninguna parte». Cierra los ojos por algunos segundos. «Pero aún estoy cansado. Por más que duermo, despierto cansado».

«Quizás deberías descansar», dice Mamá. «Pero estamos acá. El médico me dejó quedarme en la habitación». Acaricia su frente.

«Y yo volveré más tarde». Papá le da un beso en la mejilla a Roberto.

«Yo también». Aprieto su mano.

Normalmente, ese es el momento en que Roberto haría una broma para tratar de calmar la situación, pero cierra los ojos de nuevo. «Los amo», susurra.

PAPÁ PASA AL LADO MÍO sin siquiera notar mi presencia. No me ha hablado. Tampoco esperaba que lo hiciera. No tengo idea de dónde se está alojando o lo que está haciendo. Tengo que hablar con él. Necesito saber. «Papá». Mi mano toca su brazo. Brevemente. «¿Podemos hablar?».

Se voltea a verme. «¿De qué hay que hablar?».

«Quiero saber qué fue lo que pasó. Necesito saberlo. No puedes lanzar una bomba así y esperar que no haga ninguna pregunta».

«No quería que esto sucediera. Realmente creí que me llevaría el secreto a la tumba». Me hace un gesto para que lo siga a la cafetería del hospital.

Ya no camina con la cabeza en alto. Ya no camina como si fuese dueño del mundo. Ya no camina como mi padre.

La cafetería está casi vacía y encontramos un rincón más o menos privado cerca de la ventana que da al estacionamiento.

«Realmente quisiera que todo fuese distinto».

«Eso no fue lo que pregunté. Quiero saber qué fue lo que pasó. Quiero saber de mi hermana. Quiero saber por qué no la quisiste a ella».

«No sabía que tenías una hermana sino hasta hace algunos años. Claire y yo... Claire y yo no tuvimos un desliz; teníamos una relación. Tu mamá y yo pasábamos tiempos difíciles cuando intentábamos tener un bebé. Fui un imbécil y Claire estaba ahí para consolarme».

«Le volviste a mentir a Mamá. No puedo creer que volvieras a mentir. Nos dijiste que fue un desliz».

«Ya hablé con tu mamá. Ella sabe. Claire descubrió que estaba embarazada después de que terminamos y ella pensó que con eso volveríamos a estar juntos. Yo no quería. Yo no quería perder a tu mamá y Claire se volvió loca».

«¿Qué quieres decir?».

«Estaba llena de ira. Llena de rabia. Dijo que le diría a todo el mundo sobre nuestra relación y que se lo contaría a tu mamá. Le pagué para que guardara silencio».

«¿El dinero le hizo cambiar de parecer?».

«Era algo importante en ese momento. Fui convincente. Era su jefe. Y prometí que la destruiría si hacía algo en mi contra. Que la destruiría».

Lo miro fijo. No me puedo unir la imagen de mi padre, el hombre que jugaba con nosotros, que nos mimaba, que se disfrazaba de Papá Noel todos los años, con la del hombre sentado frente a mí.

Sacude su cabeza. «Al final, ella me destruyó. Trabajamos codo a codo por casi ocho años después de nuestro amorío».

«¿Ocho años?» Mis ojos expresan sorpresa; parece muchísimo tiempo de trabajo juntos después de todo lo que pasó.

«Sí. Ella necesitaba el trabajo y yo tenía que mantener las apariencias. Fue una tortura. Luego, renunció. Hace cuatro años me llamó. Aparentemente, había empezado a trabajar de forma independiente. Dijo que su marido quería que dijera toda la verdad». Sus manos tiemblan un poco. «Me dijo que tenías una hermana gemela, que la mantuvo alejada de mí porque me quería castigar y conservar una parte de mí. Me preguntó si la quería conocer. Si quería saber su nombre. Si quería saber algo de ella». Se moja los labios y evita hacer contacto visual conmigo.

Se me hace un agujero en el estómago del tamaño del cráter que Roberto construyó para la feria de ciencias cuando tenía siete años. «¿Y qué dijiste? ¿Cómo se llama?».

«Le dije que no quería saber. Le dije que esa parte de mí había terminado. Le dije que no me volviera a llamar nunca más». Su voz tiembla. «Me asusté».

«¡Te asustaste!». Me levanto tan rápido que la silla se cae. La levanto y lo enfrento. El permanece sentado, sin moverse y sin mirarme. «Ella es mi hermana. Ella es tu hija. Nos mentiste durante tantos años».

«Pensé que podía dejar todo atrás. Amo a tu mamá. La amo tanto. Y también los amo a ustedes. Tienen que darse cuenta de eso. Solo trataba de hacer lo mejor. Y lo perdí todo. Mi familia, mi trabajo, a mi madre».

Las lágrimas me nublan la vista y parpadeo rápidamente. «No sé qué decir. ¿Por qué no dijiste la verdad el verano pasado? ¿Por qué? Viste lo devastada que estaba y no dijiste nada».

«No sabía cómo. Mentí por tantos años, que casi creí que era verdad». Hace una pausa. «Tienes que ayudarme. Habla con tu mamá. Dile que me dé otra oportunidad».

Me congelo. «No puedo meterme. Ni siquiera te puedo mirar y darme cuenta de que eres mi padre. Todos esos años en los que me pregunté quién era mi padre y estabas justo ahí».

«Me tengo que ir». Se pone de pie. Sus manos tiemblan con mayor intensidad. «Ya sabes la verdad. ¿Y viste? Destruyó todo». Se aleja de mí. «Lo destruyó todo», dice más fuerte y pareciera que enloqueció.

No parece mi padre.

Me demoro casi quince minutos en recuperar fuerzas para salir de la cafetería. No sé si sentir furia o pena; no sé si llorar o gritar a más no poder.

Salgo. Una chica con tutú corre frente a mí. El pelo liso negro, el bolso grande con el logo de la Escuela de Artes Escénicas... ¿Qué hace Jen aquí?

«¡Jen!», la llamo y se voltea hacia mí. Tiene una sonrisa muy triste. «¿Qué haces aquí?».

Se despeja la garganta, mueve los pies... nada que ver con su comportamiento habitual.

«Nada».

«Sucede que viniste al hospital con tu tutú puesto».

«Mi hermana está en el hospital. Y tiene cinco años. Y está muy enferma. Y una vez a la semana vengo a bailar para los niños del hospital».

Pareciera que está a punto de ponerse a llorar, sin su intensa actitud, gran boca y soberbia usual.

«Lo siento. No sabía».

«No se lo he dicho a nadie». Se encoje de hombros. «Tengo que mantener mi imagen». Se ríe con amargura. «Y no quiero hablar, porque cada vez que pienso en ello, quiero llorar y quiero gritar y me quiero esconder. La danza es lo único que realmente me ayuda a soportar todo esto».

«Oh».

Sacude su cabeza. «Sí, ¡oh! Sé que soy una perra a veces. Y en algunas ocasiones sé que no debería serlo y quisiera disculparme, pero otras veces, creo que ser una perra no es tan malo. Ser una perra simplemente significa decir la verdad a aquellos que no quieren escucharla». Hace una pausa. «Como ahora; estoy a punto de ser una perra contigo».

«Está bien».

Exhala ruidosamente. «Tienes que sacarte la cabeza del culo y darte cuenta de lo que realmente quieres hacer. Porque hay gente que ni siquiera tienen la oportunidad de surgir. Mi hermana se va a morir. Y tú desperdicias tu oportunidad porque crees que tienes que hacer feliz a todo el mundo menos a ti misma. Y eso me está enfureciendo». Se pone a llorar y la abrazo. Resopla. «Te gusta abrazar. Por supuesto que te gusta». Y llora en mis brazos.

Sé que tiene razón.

CAPÍTULO 44 - NICK

REDOBLO MIS ESFUERZOS al día siguiente en la escuela: me enfoco en el momento, me concentro. Incluso si en mi mente veo la imagen de Em llorando, la imagen de Rob en la ambulancia antes que se lo llevaran.

Me obligo a seguir.

«¿Svetlana?», la llamo al final de la última clase. Ella está tomando nota en su cuaderno y muerde un lápiz cuando me acerco.

«¿Está todo bien». Nunca la había visto tan cansada.

«Bien. Te quería preguntar si existe algún programa para profesores o si la escuela toma voluntarios. Quisiera tomar un año sabático después de graduarme».

«¿Un año sabático? Pero podrías tener el mundo del ballet a tus pies después del espectáculo». Muerde el lápiz otra vez y luego lo pone en la silla detrás de ella. «Lo siento. Es una mal costumbre que tengo. Antes me comía las uñas, pero ahora uso un esmalte que sabe muy mal y dejé de hacerlo». Sacude su cabeza. «En fin. ¿Por qué quieres tomar un año sabático?».

«Amo la danza».

«Sé que sí. Eres increíble. Eres uno de los bailarines más talentosos que hemos tenido en muchos años, y no lo digo por adularte».

«Gracias», respondo masajeándome la nuca. «Sí amo la danza, pero no estoy seguro si quiero estar en una compañía de ballet y bailar las coreografías de otras personas y viajar y olvidar todo lo que no sea danza».

«Nadie dice que tengas que hacerlo».

«Es que... trabajé tan duro para demostrarle a mi padre que quería ser bailarín, que era lo suficientemente bueno para convertirme en bailarín, que olvidé la razón por la que lo estaba haciendo. Siento que necesito volver a encontrar el camino hacia lo que quiero».

«¿Entonces quieres ser voluntario?».

«No sé si... quisiera tener la posibilitad de vivir en los dormitorios y ayudarte a enseñar».

«¿A mí?». Se rasca la piel y luego se muerde una uña. «Olvidé el estúpido esmalte». Hace una mueca. «Déjame hablar con el director de la escuela y después te cuento». Hace una pausa. «Pero, Nick, considero que es muy maduro de tu parte pensarlo más y no precipitarte. Tus padres deben estar orgullosos».

«Quizás. Supongo que veremos qué pasa», respondo. «¿Te importaría que me quedara un rato más ensayando?».

«Por supuesto que no».

Esta vez, cuando bailo y repito el mismo movimiento cientos de veces, disfruto el momento, aunque me esté matando.

ANTES DE LO DE ROB, la última vez que fui al hospital fue cuando murió mi abuelo. Aún recuerdo su último respiro. Tenía dieciséis y no quería estar ahí. El olor nauseabundo del cloro me revolvió el estómago y la apariencia de mi abuelo, pequeño y gris, me atormentó por semanas. Mi abuelo y yo no teníamos una relación cercana: era el papá de mi padre y claramente

no pensaba que mi padre fuera lo suficientemente bueno. Esa visita al hospital fue la única vez en que vi a mi padre retorcerse en su silla y esforzarse.

Paso por la estación de enfermería y entrego mi identificación. Tengo dieciocho, por lo que tengo derecho a entrar solo. Doblo en el segundo pasillo a la derecha y la puerta de Rob está abierta. Se está riendo. Nunca pensé que escucharlo reír me haría sonreír así.

Está hablando por teléfono y me siento en la silla junto a su cama. «¿Que le dijiste qué?», pregunta y se ríe de nuevo. «¡Te vas a meter en muchos problemas!». Me hace señas para saludarme. «Giovanni, te llamo luego». Asiente, se ríe y murmura algo que suena a un «te amo» en italiano.

Luego me mira. «Supe que me salvaste la vida. Supongo que tuviste la reacción correcta gracias a todos los videojuegos que jugamos».

«Seguro que sí. Pero se supone que eres un prodigio. ¿No se supone que deberías saber cuándo dejarte de joder e ir a ver a un médico?».

«¿Joder? ¿En qué sentido? Porque soy monógamo». Hace una pausa. «Y tú también. ¿Cierto? Es decir, estás saliendo con mi hermana». Los dos nos miramos y no sé quién comienza a reír primero; pronto aparece una enfermera.

«Por favor, guarden silencio. Algunos de los pacientes necesitan descansar».

«Perdón», digo, y Roberto cierra los ojos. Quizás reírse así lo cansó. Quizás no se esté sintiendo bien.

Obre sus ojos de nuevo. «Giovanni estaba muy preocupado. Me envió varios mensajes, pero como no me pudo encontrar, llamó a Emilia».

«Ella le escribió, ¿no?».

«Así es. Pero lo hizo después de veinticuatro horas. Estaba desesperado». Hace una pausa. «Ese chico de verdad me gusta».

«Lo sé».

«¿Pero qué pasa si nunca le cuenta a su familia? ¿Por qué tiene que ser tan difícil?».

«No tengo idea». Rob me contó que era gay en el ciclo intermedio de secundaria. Justo después de que me defendió de unos matones que me sacaron la mierda solo porque soy bailarín y, según sus palabras, «seguro que era maricón». Poco después, les contó a sus padres y nada pareció cambiar entre ellos. Solo quieren que él sea feliz.

Rob se despeja la garganta. «Mi Nonna también lo quería mucho. La extraño. Gracias por asistir al funeral».

«Ya me lo dijiste, y no tienes que agradecérmelo».

«¿Puedes agradecerle a tu padre? No ha venido a visitarme, pero sé que hizo mucho por mí».

«Lo haré». Ambos miramos la tele al mismo tiempo: están pasando un documental sobre Comic-Con. Nos miramos y subimos el volumen.

Algunas veces, todo parece tan sencillo... pero no es fácil.

Rob aún se ve enfermo y tiene un largo camino por delante; aún no sabe nada de lo que Em y su padre y no me corresponde a mí decírselo.

CAPÍTULO 45 - EM

EL SÁBADO, el viento no está tan fuerte como antes y el sol comienza a asomarse entre las nubes. Reviso mi teléfono antes de salir, pero Natalya aún no me responde. Tengo que preguntarle a su mamá la dirección del centro para ir a verla. Enviar tarjetas y flores no es suficiente. Sé que necesita tiempo, pero quizás también necesite saber que la apoyamos.

Tomo la pequeña planta de albahaca que Nonna tenía puesta en una de las ventanas del restaurante y cierro la puerta con la cadera.

El Sr. Edwards no vive lejos, por lo que solo me toma diez minutos llegar a su puerta. Pongo la albahaca entre mis brazos y mi cintura y toco el timbre.

Un ladrido fuerte suena detrás de la puerta. «¡Friday, ya basta!». Y luego hay ruido. «¡Ya voy!». Abre la puerta y su rostro se ilumina. «Emilia, ¡qué agradable verte aquí!».

«Lo siento. No quiero interrumpir. Intenté llamarlo».

«Estuve ocupado con el monstruo de allá». Señala al labrador amarillo que mueve la cola detrás de la reja. «Lo adopté la semana pasada. Pensé...», su sonrisa se borra y sus hombros caen. «Pensé que me haría bien cuidar a un perro. Aún puedo caminar. Él es viejo como yo. Los rescatistas dijeron que nadie lo quería por su edad. Lo entiendo perfectamente». Se ríe y me invita a pasar. «No te quedes afuera».

«Tengo algo para usted». Le paso la albahaca. «La albahaca era la hierba favorita de Nonna y adoraba esta planta. Dijo que la plantó cuando ustedes dos se conocieron y pensé... pensé que quizás le gustaría conservarla».

Se pone la mano en el corazón. «Es tan amable de tu parte». El perro vuelve a ladrar, por lo que habla más fuerte. «Tan dulce de tu parte». Toma la planta de albahaca de mis manos y la huele por varios segundos. «Tu Nonna es...», se despeja la garganta. «Ella era una mujer asombrosa».

Muevo los pies. «Ella lo quería mucho». Imagino a Nonna pegándome un pequeño codazo y continúo diciendo: «Todos lo queremos. A mi mamá y a mí nos encantaría que viniera a cenar la próxima semana».

«Me encantaría. ¿Quieres tomar algo?».

«Sí, por favor».

«Puedo preparar algo de té. Friday nos acompañará. Es un buen perro. Ladrador, pero buen perro».

«Me encantaría una taza de té». Y lo sigo a una pequeña sala. Está llena de cuadros y de fotografías. Friday lame mi mano, pasa a mi lado y se echa en la alfombra rojo oscuro bajo la mesa. «¿Usted sacó esas fotos?», le digo, señalando la Torre Eiffel.

«Sí, lo hice. Después de la guerra. No quiero aburrirte».

«Usted no me aburre. Cuénteme».

Y hay algo que sus ojos que se conmueve. «Tu abuela tenía razón. Eres una jovencita muy espacial, Emilia».

Se me seca la garganta al escuchar esas palabras. Las emociones me invaden y no sé qué hacer con ellas. Entonces, le doy un rápido abrazo antes de sentarme a la mesa. «¿Qué tipo de té tiene?».

Se ríe. «Veamos. Ya voy». El perro lo sigue a la cocina.

Cada fotografía en la pared capta un sentimiento; es casi como bailar. Luego, diviso una de Nonna en la parte izquierda, justo al lado de la lámpara. Aparece riéndose. Me paro y lentamente me acerco a la foto, como si fuera a volver a la vida o Nonna fuese a hablarme.

No lo hace, pero la fotografía captó su espíritu. Aparece en la cocina del restaurante y se voltea a ver hacia la cámara.

Friday, el perro, se acerca a mí y me vuelve a lamer la mano. Se siente como si supiera que lo necesito. El Sr. Edwards está justo detrás de mí. «Te puedo hacer una copia, si quieres». Pone cajas de té sobre la mesa. «Ella era tan bella».

«Lo era. Por dentro y por fuera». Pongo el marco de vuelta en su lugar. «Pero odiaba que le sacaran fotos. Estoy segura de que hay una historia detrás de eso». Me vuelvo a sentar a la mesa y sonrío.

Algo que aprendí en el último año, algo que aprendí del amor que recibí de una madre que me eligió y de una familia que ni siquiera sabía que yo sí era parte de ellos, fue que las personas pueden pasar a ser parte de la familia. Y el Sr. Edwards, definitivamente, forma parte de la nuestra. No debería estar solo.

DESPUÉS DE MI VISITA al Sr Edwards, el resto de la semana transcurre en una rutina. Después de la escuela visito a Roberto en el hospital. Algunas veces, Nick me acompaña. Algunas veces Mamá está ahí. Algunas veces, está Papá.

Hoy, estamos todos en la pequeña habitación, menos Nick. El aire de la habitación está sofocante. Y pesado. Y totalmente mal.

«Bien, ¿qué está pasando?».

«¿Qué quieres decir?», pregunta Mamá, mirando la novela que siempre lleva con ella al hospital. Supongo que es una forma más de evitar a mi Papá.

«Puede que me haya operado, pero no soy estúpido».

«Hablaremos cuando salgas del hospital».

«¿Qué hizo Papá?», pregunta otra vez, mirándome fijo como si supiera que soy la única que le va a decir la verdad.

Papá se pone de pie. «Lo siento, hijo. Siento todo lo que pasó».

«Acordamos que esperaríamos», sisea Mamá.

«Esto claramente no está funcionando, Amanda. Claramente, nada está funcionando». Levanta la voz y sus hombros tiemblan. Inhala y exhala con fuerza. «Lo siento». Se voltea a verme. «Te amo, Emilia. Lo sabes».

Eso lo sé, a pesar de todo lo que ha sucedido. A pesar de que se ha comportado como un idiota durante el último año y que me haya mentido por diecisiete años, sé que me ama.

«¿Me podría decir alguien qué es lo que está pasando?». El tono de voz de Roberto es más fuerte que la semana pasada. «Juro que si no me dicen me voy a poner a gritar».

«Qué infantil», le digo, recordando que eso es lo que hacía cuando no obtenía lo que quería.

«Ja, ja. No trates de cambiar de tema. Mamá y Papá se comunican con monosílabos. Siempre hay una pared entre ellos. Y nunca miras a Papá cuando intenta iniciar una conversación. Entonces, claro. Siento que hay algo que está muy mal». Se queda sin aire al final de su pequeño discurso. Y luego agrega: «Emilia, ¿por qué no me cuentas?».

«No creo...» comienzo, pero luego me hace callar con una mirada fulminante.

«Ahora estoy en el hospital, restringido y con cuidado médico. ¿Realmente creen que esperar para contarme lo que sea que tenga que saber hasta que salga es la mejor opción?». Sacude su

cabeza. «Supongo que Papá echó todo a perder. Lo que significa que se trata de la adopción de Em».

«Él es mi padre», digo apresuradamente y Mamá se pone las manos en la cara, mientras que Papá se queda ahí parado, evaluando la reacción de Rob, evaluándome a mí.

«Mierda», dice Rob. «Espera, ¿qué?».

Papá le da la versión corta de la historia y la cara de Rob se tensa. «Sal de aquí. Sal de aquí ahora mismo».

«Déjame explicarte», dice Papá, pero la cara de Roberto se desfigura del dolor y Papá hace una mueca como si también lo hubiese sentido. «Lo siento tanto», dice al salir. Y creo que está llorando. Y eso aún me duele.

«No lo puedo creer», dice Roberto. «No lo puedo creer».

«No eres el único». Trato de reírme, pero sale falso. Roberto da golpecitos en un espacio de la cama y me subo para recostarme al su lado. Mamá se para y nos da un beso a los dos.

«Los amo a ambos», dice. «Los amo a ambos por igual».

Roberto mira el techo, pero luego me mira a mí. «Siempre fuiste mi hermana, entonces eso no cambia. La única diferencia es que si alguna vez necesitaras un riñón, definitivamente ofrecería el mío».

Lo abrazo tan fuerte que las máquinas comienzan a sonar.

CAPÍTULO 46 - NICK

LOS ENSAYOS salieron mejor que ayer. Ayer hubo gritos y casi lágrimas. Hoy, puras sonrisas y aplausos. Logramos avanzar al siguiente nivel. Y parece que todos lo notaron, porque todo el equipo estaba más relajado. Emilia vino a los ensayos, pero claramente su corazón no estaba puesto en ello. Ahora está hablando con Jen, quien sonríe y le da pequeños codazos una y otra vez. Verlas hablar tan amigablemente aún me resulta extraño.

Si se abrazan, voy a pensar que todo es falso. Jen no es una persona a la que le gusten los abrazos. A Emilia sí, sin embargo, así que quizás podría hacer que le gustaran.

«¿Quién hubiese creído que Jen podría ser agradable?», me dice Kayode escabulléndose por atrás, lo que me hace pegar un salto.

«Yo sabía que lo era», respondo.

«Por supuesto que lo sabías. De primera mano y en forma personal». Kayode se ríe y luego rodea mis hombros con su brazo. «Solo bromeaba. Bueno, solo bromeaba un poco. Porque finalmente saliste con Jen y le rompiste el corazón y casi se vuelve loca. Pero ahora, todo está bien».

«¿Por qué crees que sabes todo lo que hay que saber?».

«Porque siempre lo sé todo». Sonríe. «¡Jen!», la llama y ella se voltea a verlo. Frunce el ceño por solo un segundo.

«¿Qué?».

«¿Vas a ir al recital esta noche en el Met?».

«Sí. Mamá me compró entradas. Tengo la leve sospecha de que quieres venir conmigo».

«Eso sería fantástico. Gracias por invitarme», responde Kayode y Jen se despide de Emilia antes de irse con él. Salen juntos de la sala de ensayos y Em y yo nos quedamos a solas.

Se estira una vez más y luego se voltea hacia mí. «Voy a llamar a Claire Carter. Quiero conocer a mi hermana. Y honestamente, bailar ya no me hace feliz. Te veo a ti y veo a Jen y ambos sonríen con sentimiento. Tengo ganas de gritar y decirle a todo el mundo que pongan música de Madonna».

«Te dije que deberíamos montar un espectáculo con la música de los ochenta que le gusta a tu mamá». Me acerco a ella y ambos nos sentamos en el suelo de madera. Nuestros cuerpos están alineados entre sí; tomo su mano, viendo lo pequeña que se ve comparada con la mía, viendo que la pulsera que le regalé aún está en su muñeca y posa su cabeza en mi hombro. Respiro. No quisiera estar en ninguna otra parte que no sea aquí con ella.

«¿Crees que sea una etapa?», pregunto.

«¿Hablas de nosotros?».

«No, no de nosotros. No creo que lo nuestro sea una etapa. Creo que estamos aquí para quedarnos. Hablo de la danza, ¿Será algo que pasará, una etapa en la que estás demasiado estresada con lo de tu mamá, tu papá y tu hermano y todo lo demás?».

«No lo creo. Hace mucho que no lo siento. Quería demostrar algo. Quería ser la primera, pero no haber obtenido el papel principal en el espectáculo puede haber sido lo mejor que me ha pasado». Me da un codazo. «Bueno, tú también, por supuesto. Eres increíble».

Suelto un risotada. «Ah, bueno. Eso lo sé. El increíble Nick. Ese es mi apodo de superhéroe». Beso la parte superior de su cabeza.

Se acurruca conmigo. «Papá no ha ido a casa. Y tampoco me ha llamado... no sé».

«Si quieres, le puedo pedir a mi padre que lo llame».

Se mueve un poco para mirarme. «Por favor».

«Por supuesto». Me inclino sobre ella para darle un beso, que no es un beso lento o uno apasionado; es un beso que estamos aprendiendo a dar. Un beso casual. «Pero aún no me cuentas. ¿Qué vas a hacer si no bailas?».

«No tengo malas notas. Anoche estuve investigando sobre escuelas culinarias en línea. Pensé que quizás... Quizás podría probar y ver si me gusta».

«Escuela culinaria». Mis labios dibujan una sonrisa alentadora, una sonrisa que expresa que creo en ella. «Creo que lo puedes lograr».

«Yo también. Me encantaba pasar tiempo en el restaurante con Nonna. ¿Qué hay de ti? La última vez que hablamos sobre el futuro y la carrera y lo que vendría después de la graduación, estabas más concentrado en encontrar una compañía de ballet». Mira hacia adelante y su cuerpo se tensa contra el mío.

«He estado pensándolo... Le pregunté a Svetlana si me podía quedar un año más. Como voluntario. Para enseñar. Para tomar un año sabático. Y pensar. No quiero ser abogado o trabajar con Papá en Grawski & Son; quiero bailar. Y puedo hacer una carrera de eso, pero tengo muchas ideas en la cabeza... con alternativas; quisiera tomarme un año para pensarlo».

Su cuerpo se vuelve a relajar. «Eso significa que el increíble Nick se va a quedar».

«Quedarme, pero incluso si termino decidiendo ir a una compañía de ballet, aún seguiría siendo el increíble Nick».

Asiente y espero que haya entendido lo que quise decir. Por lo que agrego un «te amo», para asegurarme. Nunca pensé que podría sentir tanta felicidad.

NO DIRIGIMOS A NUESTRO lugar en Central Park. Cada vez hay más gente en el lugar y hay un cambio de aire. Como si el mundo estuviese a punto de volver a despertar.

Y claramente paso mucho tiempo representando el papel del Príncipe Encantador, porque empiezo a hablar como él.

Em aprieta la carta de Claire en su mano. «Si puso su número de teléfono, significa que puedo llamarla, ¿cierto?».

«Estoy bastante seguro de que por eso lo puso. Puedes hacerlo. Ya sabes la verdad. Lo único que falta es que conozcas a tu hermana».

«¿Qué pasa si me odia?».

«¿Qué pasa si no?».

«Mmmh. ¿Qué le voy a decir?», pregunta mirando el teléfono.

«Lograste hacer las paces con Jen. Jen, a la que solías odiar; entonces, eres perfectamente capaz de hacer lo mismo con tu propia hermana».

«¿Crees que se parezca a mí?».

«No lo sé. Probablemente. Después de todo, son gemelas», respondo, y luego toco su labio. «Vamos. Quieres llamar. Puedes hacerlo».

Respira profundo y marca el número.

CAPÍTULO 47- EM

EL TELÉFONO SUENA UNA VEZ, dos veces. Cambio de mano para secar la otra porque comenzó a sudar mucho.

«¿Aló?». La voz de Claire suena confiada.

«Hola, soy Emilia. Me dejaste tu número de teléfono. Y pensé que quizás estaba bien si te llamaba». Balbuceo y vuelvo a secarme la mano, sosteniendo el teléfono con mi hombro y mi barbilla. Nick masajea suavemente mi nuca, logrando tranquilizarme, y susurra: «Estás bien».

«Estaba esperando tu llamada», responde. «Estoy segura de que tienes muchas preguntas. Y sé que llamar no ha sido fácil. Tu padre me dijo que te había dicho que tienes una hermana gemela».

Se me corta la respiración. «¿Aún hablas con mi padre?». Eso no fue lo que él dijo. Pero no me sorprendería que hubiese vuelto a mentir.

«No. No realmente. Trabajé con él por casi ocho años después de que ustedes nacieron». La escucho exhalar, como si el recuerdo de esa época fuese casi demasiado doloroso. «Ocho años. Pareció como si fuesen ocho millones de años en ese entonces. Ocho años mintiéndole, odiándolo, detestándolo. Cuando renuncié, corté toda comunicación con él, hasta que mi marido me convenció de decir finalmente la verdad. He hablado con él dos veces después de renunciar. Una vez, cuando le conté de tu hermana gemela, y la segunda cuando internaron a tu hermano en el hospital. Después de que se negó a verme, me amenazó con hundirme, por lo que pensé que lo mejor era evitar cualquier contacto».

«Aunque tú conservaste a una bebé, que también era su bebé. Mi hermana».

«Cuando entré a la sala de maternidad, me dije a mí misma que le contaría. Que las entregaría a las dos. Al principio, pensé que era una alternativa para volver con él. Una alternativa para tener alguna oportunidad».

«¿Oportunidad?». Mi voz suena demasiado fuerte. Respiro hondo. «¿De qué estás hablando? ¡No puedes obligar a alguien a mantener una relación contigo!».

«Pero eso fue lo que pensé en ese momento. Pensé que un vez que me viera con tu hermana, sabría que teníamos que estar juntos como familia». Su risa es áspera y siento escalofríos en la espalda. «Fue estúpido. Claramente tenía problemas. Mi pasado no es el mejor. Eso no es una excusa, pero quería quedarme con tu papá».

«Okeeeeeeeey», digo lentamente. No sé por qué tenía tantas ganas de quedarse con él: engañó a Mamá con ella, la amenazó y la trató muy mal cuando se embarazó.

«Pero luego, durante mi embarazo, solo me llamó para hablar sobre los controles y me pidió ver videos tuyos y le pasé uno de una amiga, por lo que no supo que eran dos. Yo no le importaba. Solo le importaba su bebé. En ese momento pensé en que él podría tenerlas a las dos. Pero...», se despeja la garganta. «Pero cuando tú y Hannah nacieron...».

«¿Hannah? ¿Es ese el nombre de mi hermana?».

«Sí, Hannah. Así se llamaba mi madre».

Hannah. Susurro su nombre. Hannah. Emilia y Hannah.

«Decía que cuando tú y Hannah nacieron, la tomé a ella en mis brazos. Me la trajeron a ella primero. Estaba gritando y era tan perfecta. Y se acurrucaba conmigo y me miraba como si me

conociera». Su voz se quiebra. «Les dije a los doctores que no quería tomarte en brazos, porque sabía que si lo hacía, no podría dejarte ir».

Las lágrimas caen de mis ojos y Nick me abraza. «¿Por qué no intentaste verme? ¿Por qué no intentaste contactarme? ¿Por qué la alejaste de mí también?».

«Sí lo hice. Fui a casi todos tus recitales. Me paraba atrás y me iba antes del final».

Se me seca la garganta. Vino a verme. Estuvo ahí. Quizás, sí le importaba. No lo entiendo.

Rompe el silencio como si supiera que necesito tiempo para procesar lo que acaba de decir. «Intenté tantas veces tener el valor de decirle a tu padre sobre tu hermana. Tantas veces. Cuando terminó conmigo, antes de que supiera que estaba embarazada, él lloró. Dijo que amaba a tu madre y que jamás querría herirla. Yo no le importaba. No lo suficiente. Eso generó una mala época en mi vida». Se escucha a alguien llamándola. «Dame un segundo».

«Está bien».

Nick me da un beso en la mano. «¿Necesitas algo?».

«Una nueva historia de vida».

«Mucha gente te ama. Yo te amo». Me da un empujoncito en el hombro. «Sé que es difícil, pero hacía mucho que esperabas saber la verdad. Y tienes una hermana».

«Nada parece ser fácil. Quiero odiar a mi padre. Pero no puedo. Quiero odiar a Claire, pero debiste haber escuchado la desesperanza en su voz».

«¿Estás ahí?», pregunta Claire, y pongo mi índice en mis labios.

«Estoy aquí».

«Como te decía, finalmente tuve el valor de decirle a tu padre que Hannah tenía síndrome de Down; su reacción fue un recordatorio de lo bueno que fue para mí seguir con mi vida».

Frunzo el ceño y achico los ojos. «¿Qué dijiste? Creo que no te escuché bien».

«Tu hermana tiene síndrome de Down».

Quedo con la boca abierta, luego la cierro y la vuelvo a abrir. Nick tiene que haber sentido mi tensión porque se pone en cuclillas frente a mí. «¿Estás bien?».

Sacudo mi cabeza, confundida.

«¿Cómo es eso posible?».

«Es raro, pero sucede. Créeme, lo busqué muchas veces en Google para tratar de entender». Despeja su garganta. «Y no lo sabía cuando estaba embarazada. No tenía que someterme a una amniocentesis en ese entonces; mi embarazo no fue demasiado complicado, a pesar de tener gemelas. Ni siquiera se dieron cuenta de que Hannah tenía síndrome de Down sino hasta varias horas después del parto». Hace una pausa. «Cuando le conté a tu papá, no estaba precisamente feliz. Dijo que no quería tener nada que ver con ella, pero no es verdad. Lo vi en uno de sus partidos de fútbol».

«Eso no me lo contó».

«Tu padre es complicado».

«Complicado no es la palabra que habría usado».

«Quizás no. Como te decía, le di la manta de bailarina a la enfermera para que te la pusiera. Hannah tiene la misma».

Me cuesta tragar saliva. Es como si quedara estancada en mi garganta y trago varias veces. «¿Pero ella está bien?».

«Es feliz, brillante y maravillosa. Todos la quieren».

«¿Sabe ella de mí?».

«Mi marido y yo le contamos de ti cuando tenía ocho años. Te hace una tarjeta de cumpleaños todos los años. En cuanto a mis hijos más pequeños, pues... es complicado».

«Entiendo lo de complicado», le respondí rápidamente. Porque si alguien puede entender cuán complicada puede ser la vida, esa soy yo.

Claire se aclara la garganta. «Mi hermano y su esposa murieron en un accidente de tránsito hace años y nosotros adoptamos a sus hijos», dice con la voz un poco entrecortada. Hace una pausa antes de seguir. «Necesitan un poco de tiempo. Ellos saben sobre ti. Hablamos con una consejera y nos dijo que les diéramos un poco de espacio".

«Lamento mucho lo de tu hermano», le digo, sintiéndome triste por alguien a quien nunca conocí, sintiéndome triste porque nunca lo voy a conocer, sintiendo esa presión en mi pecho al pensar que pude haber perdido a Roberto. Siento que el mundo me da vueltas y no sé cómo me siento. Cierro los ojos. «¿Cuándo la puedo conocer?».

«¿Qué te parece este fin de semana? Podemos ir a Nueva York. A Hannah le encanta Central Park. Tiene un lugar favorito cerca de la fuente grande». Y mientras sigue explicándome cuál es lugar favorito de Hannah, una sonrisa se dibuja en mis labios.

«Este también es mi lugar favorito», le digo mientras mi mano busca la de Nick. La aprieta. «Te veo el próximo sábado. ¿A la dos de la tarde?».

«Está bien», responde.

Y cuando cuelgo, lanzo mis brazos alrededor del cuello de Nick y simplemente me abraza si decir nada, sin hacer preguntas.

Hasta que estoy lista para hablar.

Hasta que estoy lista para explicar lo que pasó.

Hasta que mis lágrimas retroceden y dejan entrar la emoción y la alegría. Porque este fin de semana voy a conocer a mi hermana.

LA SEMANA PASA. DEMASIADO lento. Demasiado rápido. Otra semana llena de cosas buenas y cosas malas, pero principalmente buenas. Porque Roberto se está recuperando. Porque Mamá lucha por lo que quiere. Porque finalmente me estoy dando cuenta de quién soy y de cuáles son mis prioridades.

Ser la mejor no siempre significa estar en el lugar número uno de podio. Ser la mejor debería consistir en descubrir lo que te hace feliz y buscar concretar ese sueño sin rendirte y manteniéndote fiel a tu propia esencia. Ser la mejor debería ser sobre el viaje.

Estudio sobre el síndrome de Down tanto como puedo. Veo videos e intento aprender por mí misma. Y lloro. Mucho. Pero no todas mis lágrimas son de tristeza.

Y mi mano sostiene la de Nick.

Mi uñas se entierran en su piel, pero estoy tan nerviosa que no puedo evitarlo.

Mamá me preguntó si quería que me acompañara, pero pude ver en sus ojos que hacerlo sería demasiado duro y doloroso para ella.

Y Nick simplemente me dijo que estaría ahí por si lo necesitaba. ¡Ay, cómo lo necesito! Claire está esperando en Central Park con mi hermana, Hannah. Ella me dijo que a Hannah le encantaba ir a ese lugar y que me había hecho algo especial.

Tengo tres cosas para ella en mi bolso: un afiche de bailarina que me firmó Misty Copeland cuando fui a verla hace tres años y me dije que lo conservaría hasta que tuviese mi propio apartamento, galletas de coco que preparé porque Claire me dijo que eran las favoritas de Hannah y un marco para foto que dice «Hermanas». Espero que tengamos la oportunidad de llenarlo de nuestros propios recuerdos. No sé cómo reaccionar. No sé qué le diré.

Claire y Hannah están sentadas bajo un árbol. Reconozco el cabello de Claire y Hannah parece ser de su misma estatura.

Nick me da un golpecito en el hombro con el suyo. «¿Estás segura de que quieres hacer esto?»

«Sí. Claire dijo que Hannah esperaba conocerme. Y Hannah es mi hermana ¿sabes? ¿Por qué Papá la abandonó? ¿Por qué acordaron él y Claire que esa sería la mejor solución para todos? Nunca lo entenderé». Respiro en forma vacilante. «Cuando Claire le dijo a Hannah que yo soy bailarina, dijo que las bailarinas son mágicas».

«Tiene razón, pero no porque bailas ballet. Eres mágica».

«Hace tres días, dijiste que era un dolor en el culo por insistirte en que hicieras tus tareas».

«Eres un dolor de culo mágico. ¿De verdad que quieres tener una conversación sobre nalgas otra vez?».

Le pego con la mano en el hombro y lo miro con una sonrisa que espero no sea demasiado torpe. «¿Qué le digo?».

«¿Por qué primero no escuchas? Claire le contó que venías».

Respiro hondo y el aire tiene aroma a mezcla de primavera con pasteles que la gente disfruta en el prado. La suave brisa es la misma que a uno le gustaría tener en el verano; todo se ve tan tranquilo. Pero yo no.

Las emociones fluyen como un torbellino incesante, como un huracán que no sabe dónde aterrizar excepto en mi corazón.

Nos acercamos a ellas y despejo mi garganta. «Hola...», digo sin estar segura de que mi voz suene claramente o si estoy hablando lo suficientemente fuerte, pero luego Hannah se voltea hacia mí y una sonrisa irrumpe en su rostro. La miro, y sí, veo sus diferencias, pero más que cualquier otra cosa, la veo llorar sin estar segura si fueron sus lágrimas las que provocaron las mías o al revés, pero estoy sollozando. Fuerte.

«Emilia», dice despacio. Y luego se pone de pie y abre los brazos. Me volteo a ver a Nick, que me sonríe y me aprieta la mano una última vez antes de soltarla. Me abalanzo sobre mi hermana.

Ella no tiene la culpa de nada. Tampoco yo. Nuestros padres lo echaron a perder. Considerablemente. Pero nosotras no tenemos por qué sufrir las consecuencias de sus decisiones. Y mientras me abraza fuerte, ciertamente no siento que sea un error. Y tampoco creo que ella lo sea.

«Te hice algo», dice mientras me toca la cara. «Eres tan bonita».

«No. Tú eres bonita», respondo mientras Claire resopla al lado mío.

Hannah saca algo de su bolso y me pasa una pulsera con corazoncitos. «Los corazoncitos son porque te amo». Vuelve a sonreír. «¿Quieres helado también?». Mira a Nick. «¿Es tu novio?». Se sonroja y habla despacio.

Asiento y se ríe.

«Yo también tengo novio. Se llama Erik. Y me ama».

«Estoy segura de que sí».

Luego nos sentamos las dos a hablar como si nada.

Como si nada, comenzamos a conocernos.

Como si nada, tengo una hermana.

CAPÍTULO 48 - EM

OTRA SOLICITUD ENVIADA. Hecho. Logré hacer bien la declaración sobre las razones por las que me quiero convertir en chef. O al menos darle una probadita al mundo culinario.

«¿Vas a salir?», me pregunta Mamá desde el primer piso.

«¡En un momento! Voy a pasar la tarde en la casa de Nick», respondo.

«Tengo que quedarme en el restaurante hasta tarde. No me esperes».

«¡No lo haré!», le digo. Abre la puerta de mi habitación y me da un beso en la frente.

«Te ves linda», dice mirando mi atuendo. Me preocupé especialmente de lo que me iba a poner: no es demasiado producido, pero es una de mis camisetas más bonitas, esa que hace que parezca que tengo senos con unos jeans que sé que me quedan bien. Me siento bien.

«Gracias», respondo.

«No te acuestes muy tarde y no olvides que tu papá te va a llamar mañana».

Suspiro. «Lo sé». Vamos despacio. Pero al menos, avanzamos. Creo que progresamos. Le envío un correo confirmando. Aparentemente, creyó que iba a cancelar nuestro encuentro otra vez. Y no está del todo equivocado. Quería cancelar, pero me crio por tantos años y lo hizo bien hasta el año pasado. No he perdonado completamente a mi padre o a Claire por lo que hicieron. A mí. A Mamá. A Hannah.

Le envío una respuesta rápida a Giovanni, que trata de planear una sorpresa para Roberto: le gustaría que todos los amigos de Roberto, incluyendo los que estudian afuera o todos los que están en California, filmen un pequeño mensaje de buenos deseos para que se recupere. Ayudo tanto como puedo.

Pero sigo mirando la tarjeta que Nonna me escribió hace cuatro años cuando yo estaba en los Hamptons. Escribió noticias alegres sobre ella y Poppa y el restaurante, y la comida que debíamos probar cuando llegáramos. Termina la carta diciendo: *Los débiles nunca pueden perdonar. El perdón es una cualidad de los fuertes*. Esa era una cita de Gandhi. En ese momento, pensé que se refería a perdonar a Roberto por sacarle la cabeza a una de mis muñecas y los brazos a otras para hacer un experimento. Incluso de niño creía en la ciencia. Releo las palabras, pasando el dedo por las letras. Una sensación de calidez se expande en mi interior. Quizás ese era un mensaje sobre mi padre. Quizás, ella sabía. Quizás quiere que lo perdone.

Sacudo mi cabeza. He visto demasiadas películas en el Lifetime últimamente.

Tomo mi abrigo y me apresuro para salir de la casa.

Evito el gran charco de agua sobre la acera e inclino mi cara bajo la lluvia. Sintiéndome viva. Sintiendo que todo es posible. Sintiendo que puedo saborear mi futuro. Un futuro que puedo construir para mí.

El portero me deja entrar en la casa y Nick me abraza tan pronto como cruzo la puerta. «¿Estás lista para el torneo de *Doom*?», se ríe.

«¿Quieres decir que si estoy lista para patearte el trasero?».

«¡Ah! Em siempre hablando de traseros».

Le doy un codazo y paso mi mano por su hombro lentamente. Lleva una camisa oscura con botones y unos jeans y su suave olor a colonia, su pelo mojado y su sonrisa me derriten entera.

«Vamos», dice.

«¿Dónde están tus padres?».

«Se fueron por el fin de semana».

«Entonces, ¿estamos solos?».

«Solos con la maratón de videojuegos de zombis», responde besando mis labios. «Te ves preocupada».

«No... preocupada, no». Trago saliva. «Preocupada no es la palabra».

«Está bien».

Lo sigo arriba, a su habitación. Nos sentamos en el suelo y encendemos la PS4. «¿Estás lista?».

«Creo que sí», contesto sin que parezca que entiende a lo que me refiero. Y no sé qué hacer para demostrárselo. Entonces, me siento más cerca de él y tomo uno de los controles.

Nuestros brazos se tocan, nuestras rodillas se tocan, y juraría que la electricidad entre nosotros se propaga. Surge y aumenta, es como estar en escena bajo los reflectores, pero multiplicado por mil; es como nuestro primer beso, pero multiplicado por un millón. Lo sorprendo mirándome y luego desviando la mirada. Por la forma en que juega, que no es la mejor, me doy cuenta de que está nervioso. Por la forma en que sonríe, sé que está feliz; es una sonrisa real.

Un zombi nos ataca y nos devora. Estamos a punto de perder la partida y el universo estará infestado con zombis, pero a nosotros, eso no nos importa. Hay algo en el aire, un momento antes de un beso. Un instante. Y cuando nuestras manos se encuentran otra vez, sus dedos se entrelazan con los míos. Me da un beso en la palma de la mano y luego susurra mi nombre mientras me besa. Sus labios se acoplan a los míos. No quiero parar.

CAPÍTULO 49 - NICK

CREO QUE JAMÁS me cansaré de ella. Del sabor de sus labios, de la suavidad de su piel bajo mis dedos, de la forma en que se derrite en mis brazos.

«Em», susurro. Mi voz está ronca. Mis manos se enredan en su cabello y la acerco, y la acerco más, cada vez más cerca.

Una parte de mi cabeza me dice que vaya más lento y respire profundo, pero sus labios rozan mi cuello con su cálido aliento. La otra parte de mi cabeza me dice que siga con la corriente.

De alguna forma, terminamos acostados en el suelo. Ella está sobre mí y tiene que sentir cómo esto me estimula. Pero en vez de detenerse, me desabotona la camisa lentamente. Sus manos tiemblan.

«No tenemos que hacerlo», digo mientras mi cabeza y mi cuerpo entero gritan: *Por favor, por favor, no te detengas.*

«Sé que no tenemos que hacerlo», dice con un brillo en los ojos. Pero no de tristeza. Es algo totalmente distinto que me llena el pecho de felicidad. «Sé que quiero».

«¿Estás segura?». Mi garganta está seca y mis manos hurgan bajo su camisa.

«Estoy segura. Quiero que seas mi primer hombre. Te deseo».

Y sus palabras son tan tentadoras y sensuales como la forma en que me mira en este momento, mojando su labio inferior, insegura, pero tan atrevida. Me quita la camisa, se quita la suya y se recuesta sobre mí: sentir su piel en la mía es casi demasiado intenso. Respiro profundo.

Me besa. Rodamos y ahora soy yo quien está sobre ella. Mis dedos recorren su estómago, bajando, bajando, bajando. Se pone tensa y tomo las cosas con más calma.

«¿Tienes?... ya sabes», me pregunta despejándose la garganta otra vez. «Un condón. ¿Tienes condón?».

Asiento y tomo mi billetera. Siempre llevo uno.

«La próxima vez, yo me encargo. No estaba segura. Y luego sí lo estuve. Y luego no sabía». Balbucea y me parece adorable y sensual e inteligente y graciosa; y es Em. No puedo creer que la tenga en mis brazos.

Voy tan despacio como puedo y sus ojos se abren más. Su respiración se acelera y dice mi nombre con un gemido. Estoy a punto de explotar.

«¿Estás segura?», le pregunto otra vez, porque no quiero que se arrepienta de absolutamente nada de lo que está a punto de pasar.

«Estoy segura», responde. Y luego levanta su cabeza y yo bajo la mía y nos pegamos un cabezazo. Mierda. Pero se ríe con una risa feliz que me produce una risotada.

«Dejamos que los zombis nos comieran», susurra.

«Valió la pena», respondo y me sonríe.

Y sus manos recorren mi espalda y me toca el trasero. Se vuelve a reír. «¿Te estás riendo de mi trasero?», pregunto guiñando un ojo. «Porque sé lo interesante que te resultan los traseros y todo eso». Se sonroja y la beso. «Me puedes tocar lo que quieras», le digo, y esta vez los besos no tienen nada de incómodo; no hay cabezazos, es todo muy sensual y ardiente, y es todo.

Y cuando nos fusionamos, sigo mirando sus ojos, acariciando su cara con una de mis manos, levantándome para no aplastarla y cuando hace una mueca, la beso, y cuando cierra los ojos y se mueve conmigo, susurro «te amo».

Y luego me olvido de todo que no sea ella.

CAPÍTULO 50 - EM

LA TARDE CON NICK fue... increíble. Fue extraña por momentos, cuando nos pegamos un cabezazo, o cuando no supe dónde poner mi mano al comienzo, o cuando me preguntó si lo que hacía estaba bien. Pero cuando pasamos esa etapa, fue algo importante. Y la forma en que se preocupó de mí antes, durante y después, acariciándome y riendo conmigo mientras hablábamos de nada y de todo, fue todo para mí.

Ahora, cuando mis brazos rodean mi cintura, mi rostro se sonroja al recordar su cuerpo desnudo, al recordar lo que hicimos y nuestros planes de hacerlo otra vez.

«Planeta Tierra a Emilia», dice Nick mientras me besa la mejilla. «Vamos a llegar tarde a la fiesta de bienvenida de Roberto». Sonríe con mi sonrisa favorita. «Conozco esa mirada. No podemos ir a matar zombis en este momento».

Me río. Porque ese se ha convertido en nuestro código para el sexo. Sus dedos recorren mi cintura y, aunque quisiera dejarme llevar, tomo el regalo que elegimos para Roberto. Como pareja.

«¿Crees que le guste?».

«Se va arrodillar a nuestros pies».

Cruzo los dedos para que tenga razón. «Vamos».

LA FIESTA ES EN EL restaurante de Nonna. Hannah asistirá para conocer a Roberto. Claire estuvo de acuerdo en que pasáramos más tiempo juntas. Ni siquiera sé si Papá aparecerá. Pero no creo que lo haga. Especialmente después de que le dije que Hannah iría. El que nace cobarde, muere cobarde.

Y claramente, ya superé la etapa de amargura. Sí, claro.

Ayudé a Mamá con la decoración de todo el lugar con cosas relacionadas con ciencias, como platos de papel de científico loco, un volcán en erupción y banderines con $E=MC^2$. Y el antiguo equipo de cocineros de Nonna me ayudó con la comida. Lasaña. La receta de Nonna.

Me pican los ojos y respiro profundo recordando lo mucho que le gustaban las fiestas familiares a Nonna. El Sr. Edwards también está con nosotros. Y voy a darle un abrazo.

«Gracias por invitarme».

Mamá se acerca a nosotros. «Usted es parte de la familia», dice. «Siempre será bienvenido».

Y mi corazón estalla de orgullo. Si bien Mamá está pasando por uno de los momentos más duros de su vida, tiene toda la ayuda que necesita y es honesta con ella misma.

Hannah llega poco después. Está sola, aunque le dije que podía venir con Erik; pero aparentemente hoy tenía que trabajar y no quiso faltar porque trabaja duro. Esa fue la explicación que me dio.

«¡Emilia!», dice con una bella sonrisa en su rostro. Lanza sus brazos para abrazarme y yo respondo su abrazo. Mamá se despeja la garganta y se excusa inmediatamente después de decir: «Hola». Sé que no es fácil para ella. Pero insistió en que Roberto tenía que conocer a Hannah.

«Hola, Nicholas», dice Hannah sonrojándose un poco.

Nick le da un beso en la mejilla. «Hola, hermosa Hannah. ¿Tuviste una buena semana?».

«La mejor. Mamá y Papá me llevaron de nuevo a Central Park, pude dibujar y estoy postulando a trabajos», dice sacando el pecho.

«Aquí vienen», grita alguien.

Se escuchan fuertes voces afuera. Un amigo de la escuela de Roberto lo pasó a buscar. Roberto se quejó de que ya lo habíamos olvidado. Para remediarlo, le dijimos que nos encontraríamos aquí para cenar. Sé que sospecha algo; como sea.

Cuando la puerta se abre, todos saltamos. «¡Sorpresa!».

Roberto se ríe y hace una reverencia. «Lo sabía. ¡Ustedes son los mejores!». Se pasea abrazando gente y dándoles besos, asegurando que lo que tenía ya no es contagioso.

Se detiene frente a Hannah. Sus ojos nos miran a ambas alternadamente. «Hola», dice.

Se abrazan mientras Roberto, muy emocionado, le dice: «¡Bienvenida a la familia, Hannah!».

«¡Bienvenido a la familia, Rob!», contesta ella y ambos se ríen.

Luego, aprieto el botón para dar inicio al video que Giovanni preparó.

Roberto se conmueve hasta las lágrimas. Me aprieta la mano durante toda la película. Nick despeja su garganta cuando termina. «Nos diste un gran susto. Y como mi padre diría, no queremos recompensar el mal comportamiento, pero significas todo para nosotros; queremos asegurarnos que tomes un tiempo para ti. Entonces...», dice pasándole un sobre.

Roberto saca el papel del interior: un pasaje a Italia. «Es un pasaje flexible, por lo que tú decides cuándo viajar. Es un pasaje de ida y vuelta, por lo que tendrás que volver; en todo caso, es para que vayas a ver a Giovanni un poco antes de lo planeado».

Roberto grita y salta y se detiene agarrándose el costado. «Me dijeron que me lo tomara con calma». Me abraza fuerte. «Gracias, gracias, gracias».

La fiesta continúa y, a pesar de lo que dije antes, me desilusiona que Papá no haya venido.

CAPÍTULO 51 - NICK

DOS SEMANAS DESPUÉS, el show está listo para estrenarse. Todos están hablando, pensando o visualizando los movimientos. Llevo mi traje puesto y siento tanta tensión y emoción que quiero pegar un puto grito. Pero no lo hago.

Miro a mi alrededor y sonrío cuando diviso a Em. Está hablando con Jen. Otra vez. Ver a esas dos convertirse en amigas ha sido interesante, y ver a Em encontrar su pasión ha sido increíble. Terminó ayudando con la decoración, pero cedió su lugar en el espectáculo, con la antelación suficiente para encontrar a alguien que la reemplazara y que trabajara durísimo para ser la mejor suplente de la historia. Jen no soporta a la nueva suplente, pero intenta ser profesional. Jen definitivamente me dejó tranquilo. Me disculpé con ella, pero ella insistió en que tuvo parte de la responsabilidad.

Em se acerca a mí. Lleva puesta una solera y no quiero nada más que sacar las tiras de los costados para besar su cuello y su hombro. Pero no lo hago.

«Te ves nervioso. Muy nervioso», bromea poniendo sus manos detrás de mi cuello con el cuidado necesario como para no tocar el maquillaje. Ya no asistirá a la Escuela de Artes Escénicas el próximo semestre. Hace tiempo que no la veía tan feliz, tan despreocupada, tan lista para explorar el mundo.

«¿Yo, nervioso? Nah. Me dicen que visualice al público completamente desnudo, pero será difícil con las luces. Y si lo hago, los visualizaré como zombis comiéndose unos a otros».

«Eso me parece sano». Se ríe y luego me aprieta el brazo. «Vas a estar increíble. Lo sé». Hace una pausa. «Tengo que volver. En todo caso, *merde*». Su sonrisa se hace más amplia. «Y te amo».

Aunque ahora lo dice con más naturalidad, significa tanto para mí escuchar esas palabras que no me importa que Roberto diga que su hermana me tiene sometido, porque así es. Y por mí, está bien.

Svetlana entra a la sala y se despeja la garganta: «Este es su oportunidad de brillar. La oportunidad para demostrarles a sus padres y a todos los que los vean que son lo mejor de los mejores, que son talentosos y que aman lo que hacen». Traga saliva. «Algunos de ustedes van a iniciar una maravillosa carrera como bailarines. Algunos de ustedes quizás decidan bailar y luego enseñar. Algunos de ustedes querrán seguir con su entrenamiento y otros cambiarán de parecer». Mira hacia afuera y le hace un guiño a Em, que está escondida detrás de la puerta. «Pero hoy, esta noche, sientan todo. Estamos orgullosos de ustedes».

Y con ese discurso motivador, la energía se intensifica. El director de la escuela está dando un discurso en el escenario y, con una ovación de aplausos, entro a escena. Estoy en escena. Soy el Príncipe Encantador por esta tarde.

CAPÍTULO 52 - EM

ESTOY SENTADA en primera fila al lado de la mamá y el papá de Nick, al lado de mi familia y al lado de mi hermana. Le echo una mirada al programa: el nombre de Natalya debería haber estado ahí. Pero Natalya aún está en terapia física; aún está luchando para recuperar el nivel que le permitirá bailar profesionalmente. Hay rumores que dicen que no podrá volver a bailar. Se me cierra la garganta cuando pienso en lo triste que se oía su voz la única ve que logré hablar con ella por teléfono.

«Es todo tan lindo», dice Hannah con gran impresión mientras me aprieta la mano. «¿Te conté que Erik quiere ir a tomar helado conmigo?», me pregunta con una sonrisa contagiosa. La semana pasada conocí a su novio Erik en la biblioteca en la que trabaja y me dijo que estaba enamorado de Hannah. Algunas personas los miraban con recelo cuando se tomaron de la mano, pero el amor que se tienen es uno de los más honestos que he visto en mucho tiempo. Luego, Hannah se voltea a ver a Mamá para hablarle sobre las mágicas bailarinas y el mágico Príncipe Encantador.

Mamá ha sido increíble con Hannah: cálida y amorosa. Papá no vino hoy. Dijo que no quería entrometerse y creo que le está dando a Mamá el espacio que necesita. No sé si volverán a estar juntos. No sé si ella algún día pueda perdonarlo por mentirle durante tanto tiempo; por mentirme a mí durante tanto tiempo.

Pero a pesar de la ausencia de mi papá, pareciera que, por una vez, estamos todos juntos para apoyar algo superior. Y Nick en el escenario está en un plano superior. Muy superior al nuestro.

Gira y salta y les demuestra a todos lo talentoso que es. Desde el rabillo de ojo veo al papá de Nick tomando la mano de su esposa. «Es bueno, ¿no es así?», susurra mirándome.

Asiento. «Es increíble».

Todos están de acuerdo. Los críticos. La escuela. Las compañías de ballet. Todos consideran que es el mejor.

Miro el techo pensando en lo que Nonna me dijo. *Nicholas es un buen chico; tiene un buen corazón. Escucha al tuyo, bellissima. Escucha al tuyo.*

Se me cierra la garganta y parpadeo rápido para no largarme a llorar.

Porque aunque Nonna se fue hace ya varios meses, siento que está aquí ahora. Siempre está conmigo.

AL DÍA SIGUIENTE, ME apresuro a salir de casa y casi voy trotando a la estación de metro. Nick me pidió que nos encontráramos en nuestro lugar en Central Park.

Cuando llego, lo veo apoyado contra un árbol. Sonríe. Lleva puestos unos jeans y la camiseta que le regalé con la leyenda *Mario Bros Rocks*.

«Hola. ¿Eres la nueva contratación de la American Ballet Company?». Lanzo mis brazos alrededor de su cuello. Ha estado meditando la posibilidad de unirse a una compañía o cambiar de rumbo como lo hice yo.

Me besa los labios y luego el cuello para volver a los labios otra vez. Puedo sentir su alegría. Se separa un poco. «De hecho, soy el nuevo asistente docente de la Escuela de Artes Escénicas».

«¿En serio?».

«Svetlana habló con el director y estuvo de acuerdo en probar por seis meses, con la posibilidad de extensión por seis meses más. Podré quedarme en los dormitorios y tengo derecho a comidas y a un pago muy pero muy pequeño. Pero no necesito la ayuda de mis padres. De hecho, creo que mi papá está orgulloso».

Lo observo con mirada inquisitiva. «Creí que querías bailar. ¿Es realmente lo que quieres hacer?».

«Sí. Sí lo es. Ayudaré a enseñar a los de primer año». Hace una pausa. «Tengo un año más para decidir lo que quiero hacer. Amo bailar. Pero ha sido algo con lo que desafiaba a mi padre por demasiado tiempo. Algo para validarme ante él. Quiero asegurarme de que también lo estoy haciendo por mí».

Me da un beso en la punta de la nariz. «Alguien muy inteligente me dijo una vez que debería pensar en lo que quiero. Que debería luchar por lo que quiero». Toma mi rostro con la mano derecha y con la otra, recorre mi espalda. Y me estremezco. «Alguien muy inteligente me dijo una vez que era capaz de hacer lo que quisiera, pero que tenía que encontrar algo que me hiciera feliz». Sus labios se posan sobre ese punto de mi cuello que me vuelve loca. «Alguien muy inteligente una vez me dijo que tenía que madurar» Su boca está en la mía. Un beso rápido. «Alguien muy inteligente una vez me dijo...».

«Que te callaras y que me besaras», respondo y lo acerco a mí. Esta vez, su boca no duda, sino que pide, y cuando abre la mía, me aferro aún más en un profundo beso y una profunda conexión. Mi cuerpo entero está en llamas y mi mente y mi corazón también. Solía pensar que sentir con mucha intensidad era peligroso. Solía creer que los sentimientos intensos eran la mejor forma de salir herida.

Pero, algunas veces, sentir intensamente no necesariamente significa salir herida; algunas veces, significa salir y encontrar a alguien que me ayude a alcanzar mis objetivos y sueños. Y, a veces, ese alguien es el mejor amigo de tu hermano.

FIN

Un pequeño mensaje para mis lectores

Queridos lectores:

MUCHAS gracias por leer *UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD*. Sé que tienen muchas, pero muuuuuuuuuuuuuuuuuchas opciones y agradezco que le hayan dado la oportunidad a mi libro.

¡Espero que hayan disfrutado haber pasado tiempo con Em y Nick!

Si tienen tiempo, no duden darme su opinión. ¡Eso sería de gran, gran ayuda!

Gracias <3

AGRADECIMIENTOS

Este es mi cuarto libro. Mi... cuarto... libro. Me parece... increíble.

No habría publicado mi cuarto libro sin la ayuda de mi esposo, sin su apoyo y su amor por la albahaca. Quizás algún día abramos un restaurante con menú a base de albahaca. Muchas gracias por tu apoyo y confianza en mi habilidad para hacer de la escritura una profesión. Te amo más que al helado con galletas, más que a HTGTV, más que a Mike de *Desperate Housewives* y a Debra de *Dexter* juntos, más que a la comida de Favorite y que los lomos de Delmonico's. Sabes de lo que hablo. ¡¡¡ Te amo tanto, tanto!!!

Este libro está en tus manos gracias a mucha gente: Riley Edgewood, que no solo hace los mejores paninis y brie horneado (mmmmmmmmh, queso), sino que además hace una excelente crítica. ¿Recuerdan la escena de la sala de baile con los espejo? Se la pueden agradecer a ella ☺. Katy Upperman y Alison Miller, que contestaron y me ofrecieron su opinión con tan poca antelación. Además, sus opiniones fueron de gran ayuda para darle forma al comienzo de este libro. ¡Gracias, gracias, gracias! Agradezco además a Stephanie Parent por revisarlo. Es tan fácil trabajar contigo y siento gran confianza al publicarlo luego de que trabajaste para que mis palabras sonaran bellas.

Este libro también se publicó gracias a todos los que dijeron lo mucho que habían disfrutado de mi estilo y de Em y Nick, especialmente en *Un verano como ningún otro.*

Gracias a los miembros de mi Cozy Nook por sus palabras de aliento y por las conversaciones. Me encanta saber de ustedes y espero que nuestro grupo de Facebook sea un agradable lugar para compartir.

Cuando me concentro en escribir o revisar, algunas veces echo una mirada a lo que pasa afuera. Aunque trato de no hacerlo, algunas veces pasa. Por eso agradezco a mis amigos cercanos y lejanos que entienden y que me apoyan.

Cada vez que escribo un libro me dijo a mí misma que escribiré una nota sobre todos aquellos que tuvieron un rol en el proceso, pero luego olvido hacerlo. Uff. Debería incluirlo en mi planificación.

Este libro es sobre la familia y quisiera agradecer nuevamente a la mía. Porque sé lo afortunada que soy. Los extraño.

¡Ah!, y gracias a la tía de mi marido por su nombre: Svetlana. Espero haberlo usado bien ☺.

Y, por último, pero no por ello menos importante: gracias a USTEDES. Sí, los veo (bueno, en sentido figurado, sino sería raro). Gracias por elegir este librito, por darme una oportunidad y por darles una oportunidad a Em y a Nick. Cruzo los dedos porque les haya gustado. Saber que lo leyeron me produce una sensación tan increíble e irreal. Espero nunca perder la capacidad de asombro.

<3 <3 <3

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales



LOS COMENTARIOS Y RECOMENDACIONES son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor, deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.



¡MUCHAS GRACIAS POR tu apoyo!